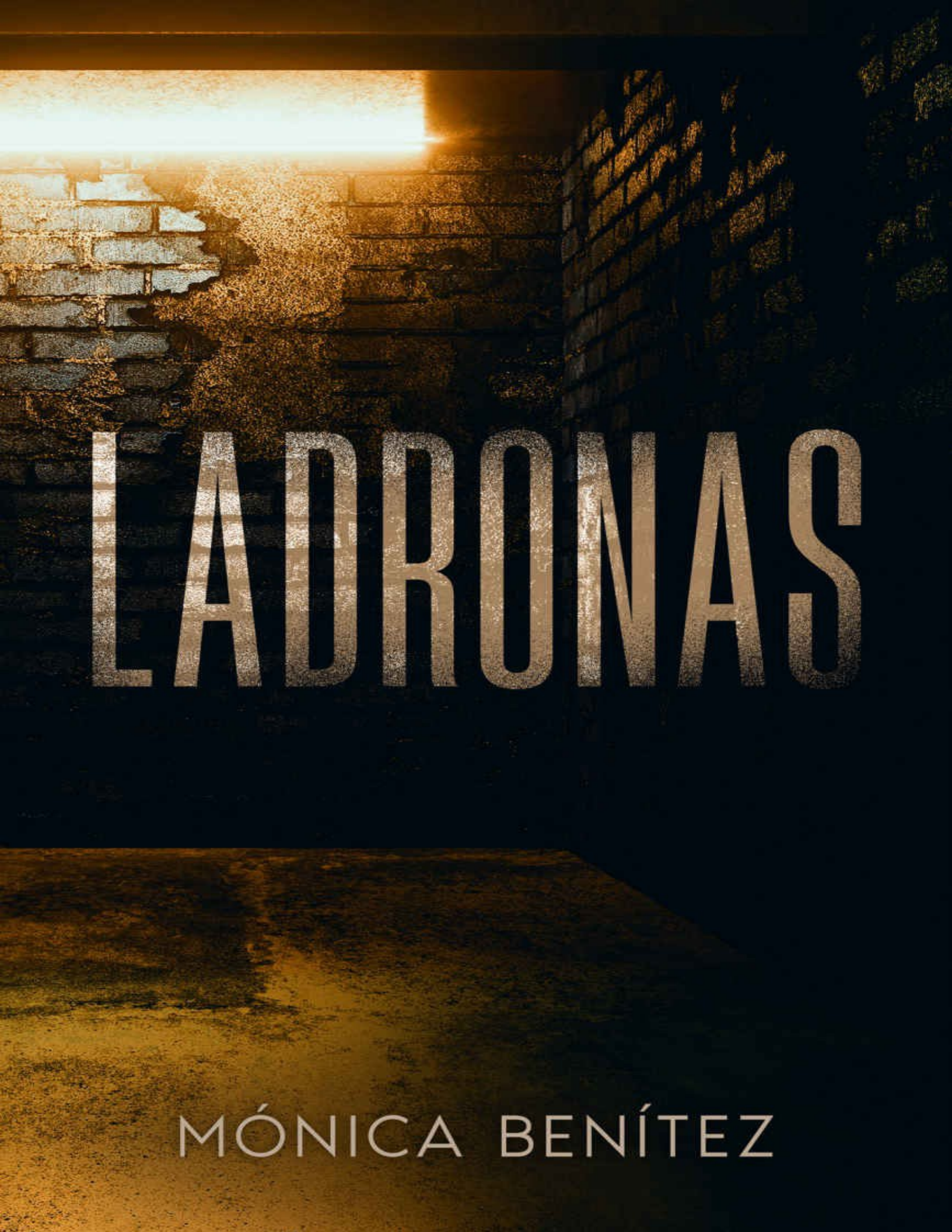




LADRONAS

MÓNICA BENÍTEZ

Contents

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)
[Capítulo 32](#)
[Capítulo 33](#)
[Epílogo](#)

LADRONAS
MÓNICA BENÍTEZ

Copyright © 2024 Mónica Benítez
Todos los derechos reservados

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.

Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

Safe creative: 2401196706796

<https://monicabenitez.es>

Twitter: @monicabntz

Instagram: mbenitezlibros

Tik Tok: @mbenitez_escritora

Capítulo 1

A Carla Loza el corazón le late muy deprisa, ha desactivado todas las cámaras y los sensores de movimiento de la precámara donde se guardan los dos jarrones que mañana deben ser trasladados al museo para su exposición dentro de dos semanas. Iñaki Taverno y ella han sido pacientes y esperado el momento en el que los jarrones de origen chino —o eso dicen— porque Carla recuerda que su madre tenía unos muy parecidos y los compró en Granada, fueran más vulnerables.

—Los tengo delante —dice Carla sonriendo, sintiendo la adrenalina brotando por todo su cuerpo como un torrente desbocado.

Por tamaño, después de acceder al edificio con relativa facilidad, Carla es la que se ha colado por los conductos de ventilación pasando de una sala a otra para evitar tener que abrir puertas. Según Iñaki, el experto en planificación, esa es la manera más rápida de conseguir los jarrones. No disponen de mucho tiempo, fuera hay un guardia que hace ronda y pasa cada nueve minutos exactos por la única puerta de acceso al edificio, la misma que ellos han utilizado para entrar.

El asalto hubiese sido pan comido de no ser por la dichosa puerta, diseñada para poder abrirse solo desde fuera como medida de seguridad contra ladrones como ellos. Por suerte, ni Iñaki ni Carla son unos novatos y han estudiado el golpe como es debido, pero el poco tiempo del que disponían para hacerlo antes de que los jarrones sean trasladados, ha provocado que no hayan podido planear nada mejor con respecto a esa puerta, por lo que han tenido que dejarla abierta para poder salir.

—Cuatro minutos, vamos bien —susurra Iñaki al auricular desde el otro lado de la pared, él también sonríe, aunque de un modo más amargo.

Carla abre la mochila que ha arrastrado con ella por el conducto y extrae la caja que un tío, al que Iñaki ha pagado diez mil euros, ha hecho a medida en una impresora 3D con la forma exacta de los jarrones en el interior para que no sufran ningún daño cuando los extraigan de ahí. Los coloca con sumo cuidado y observa con asombro que encajan a la perfección.

—Joder, que diez mil pavos más bien invertidos —comenta en voz alta.

En un principio le pareció una barbaridad, pero como dijo Iñaki, no solo compraban una garantía de que los jarrones saldrían íntegros de allí, también compraban su silencio.

—Ya te lo dije —celebra Iñaki—. Venga, Carla, quedan cinco minutos, has de salir ya.

—Voy —dice ella introduciéndose de nuevo por el conducto con la mochila por delante.

A sus treinta años recién cumplidos, Carla se arrastra por el conducto con la misma agilidad que lo haría si tuviera quince. Sigue manteniendo su figura esbelta porque entrena a diario para estar en forma y que nada pueda ser un impedimento, al menos, no un impedimento físico para ese trabajo de dudosa ética al que se dedica.

Mientras termina de recorrer los cuatro metros del conducto, viendo a través de la luz de su frontal el polvo en suspensión que hay en el interior y que se mueve por delante de las telas de araña que decoran las esquinas, piensa en el medio millón de euros que se llevará tras este golpe. En realidad, ciento cincuenta mil, otra cantidad igual se la llevará Iñaki y lo demás es para repartir entre el resto del equipo y los gastos que ha conllevado preparar el golpe, del que lo más caro han sido los cincuenta mil que tuvieron que pagar a un trabajador del centro por los planos y

por darles los horarios de los guardias y la fecha del traslado. La gente se piensa que robar es fácil y que solo consiste en ir y coger algo que no es tuyo, pero antes hay que planificarlo y también invertir una buena cantidad que a lo mejor acabas perdiendo si la cosa se tuerce.

Carla Loza lleva mucho tiempo esperando una oportunidad como esta, una entrada fuerte de dinero que le permita parar una buena temporada, necesita un descanso, un par de años sabáticos sin tener que preocuparse por nada. Tal vez incluso acabe la carrera de arqueología que dejó a medias, y quizá... Carla piensa en Virginia Madrazo y la corriente le recorre el espinazo dejándola paralizada un segundo. Por mucho que lo ha intentado, no ha habido un solo día en el que no haya pensado en ella desde que Virginia abandonó la banda hace ocho años y ella se sintió incapaz de seguirla. La ha odiado desde entonces, pero también la sigue queriendo y eso la tortura cada día, siendo su primer pensamiento cuando se levanta y el último cuando se acuesta.

—Put a Virginia —masculla más alto de lo que debe cuando llega al final del conducto.

—¿Qué has dicho? —pregunta Iñaki extendiendo los brazos para ayudarla a salir.

—Nada, cosas mías.

Carla le entrega primero la mochila, que él se cuelga a la espalda con cuidado para después coger a su amiga por debajo de los hombros y tirar de ella hasta que logra ponerse en pie.

—Joder, das asco —dice mirándola de arriba abajo a través de su pasamontañas.

Los ojos oscuros de Iñaki se han entornado y los de ella también, pero por la risa que le ha producido su forma de decirlo.

—Tres minutos —dice él y cabecea porque van sobrados.

Ahora solo les queda ir a la puerta por la que han entrado, salir sin que el guardia los vea y correr hasta el murete por el que han saltado después de congelar las imágenes de todas las cámaras. Una vez fuera, solo tendrán que subirse a la furgoneta en la que los espera un tipo que conoce Iñaki y que les hará de chófer. Carla no puede evitar recordar aquellos tiempos en los que el conductor sería Ángel, y controlando todas las cámaras y la radio, estaría Virginia mientras ella e Iñaki hacían lo que mejor saben hacer; él planificar y ella abrir cualquier puerta que les bloquee el paso hasta su objetivo. Los tiempos han cambiado, después de la marcha de Virginia ellos siguieron juntos otros dos años, hasta que un susto los obligó a separarse por un tiempo y después simplemente cada uno fue a lo suyo.

Carla piensa en todo eso mientras avanzan por el pasillo en silencio. Su otro compañero, el que hace de halcón en el exterior, les ha dicho que el guardia ahora mismo está en el extremo opuesto del edificio y que tienen vía libre para salir. Llegan a la puerta que antes han dejado entornada y, cuando Iñaki estira el brazo para abrirla, de repente se gira hacia ella y la golpea en la cabeza con una barra de hierro que ha llevado encima todo el tiempo.

El impacto la alcanza por encima de la oreja izquierda y le da de lleno. Carla ni siquiera tiene tiempo de defenderse, sobre todo porque lo último que hubiera esperado es que alguien a quien considera un amigo, casi un hermano, la traicione de ese modo. Cae al suelo como un fardo mientras Iñaki, angustiado y muy nervioso, observa con el aire congelado en los pulmones como un hilo de sangre comienza a asomar justo por donde termina el pasamontañas. No sabe si está muerta o solo inconsciente, pero tampoco se atreve a agacharse para comprobarlo. Para él no ha sido nada personal, solo son negocios y lo único que quiere son los jarrones. Hacerle daño a Carla es algo que se ha visto obligado a hacer para deshacerse de ella, entre ladrones no hay honor, ya lo dicen, y quizá sea cierto aunque hasta ahora él no había traicionado a nadie y le hubiera gustado que no fuese ella. Turbado, Iñaki se da la vuelta y sale corriendo hasta que llega a la furgoneta.

Carla nota como si tuviera un martillo dentro de la cabeza, el dolor va y viene en pequeñas

explosiones que no la dejan pensar. Está tan mareada y aturdida que todavía no es consciente de lo que le ha pasado. Con esfuerzo, logra sentarse en el suelo y de manera inconsciente, se quita el pasamontañas y se pasa una mano por la cabeza en la zona del golpe. Al hacerlo es como si cientos de alfileres se le clavarán en el cerebro y rápidamente la aparta comprobando que tiene sangre.

Alza la mirada mientras parpadea varias veces tratando de serenarse cuando un destello llama la atención por encima de su cabeza. Carla mira de reojo y comprueba que está al lado de una cámara y que tiene una luz led de color rojo parpadeando en la parte inferior, eso indica que está grabando. Vuelve a la realidad como si le hubieran dado una bofetada comprendiendo dónde está y lo que ha sucedido, no sabe si han pasado minutos o segundos, supone que lo último porque todavía no la han descubierto. Iñaki no solo la ha golpeado, ha descongelado las imágenes dejándola expuesta.

Se pone el pasamontañas y se muerde los labios para contener el grito de dolor que quiere escapar de su garganta cuando nota la presión de la tela sobre su cabeza. Carla se pone en pie tambaleante y tiene que aguantarse unos segundos en la pared hasta que logra enfocar sin ver doble. La puerta sigue abierta, Iñaki ha dado por hecho que no se levantaría y no se ha molestado en cerrarla. Carla no piensa, solo actúa porque sabe que no tiene tiempo. Asoma la cabeza y mira a un lado y a otro, no cree ver a nadie y sale, pero no ha dado ni tres pasos cuando alguien le grita que se detenga. Se gira y ve al guardia corriendo desde el otro extremo mientras da el aviso por la radio. Carla corre hacia el murete lo más rápido que puede, pero antes de llegar tropieza con algo y rueda por el césped mareándose más de lo que ya estaba. Su única ventaja es la distancia que había entre ella y el guardia, que aunque la ha recortado, no ha logrado llegar a ella todavía.

Carla reanuda la marcha y llega al murete. Lo que antes le ha costado apoyar una mano e impulsarse para saltarlo, ahora la obliga a extender los dos brazos por encima y raspar con las puntas de los pies por la pared como una gata en busca de un poco de agarre hasta que logra impulsarse para llegar arriba y se tira hacia el otro lado como un saco de patatas. Cae de lado, pero en esta ocasión no nota el dolor, solo la desolación de ver que la furgoneta no está y que todo es real, Iñaki la ha traicionado. Con los ojos encharcados de frustración y dolor, Carla Loza empieza a correr hacia el parque que sabe que hay a unos cien metros, desde allí puede meterse en la parte boscosa y cruzar al otro lado para salir de la zona y mezclarse entre la gente.

Capítulo 2

Virginia Madrazo no soporta los cotilleos, pero los soporta mucho menos si el centro de ellos es precisamente ella. Acaba de entrar en la tienda de comestibles del barrio y en cuanto la dueña, doña Paula, la ha visto, ha agachado la cabeza asintiendo al comentario que otra clienta que está al otro lado del mostrador ha hecho.

La sangre comienza a hervirle por las venas de inmediato, pero Virginia se hace la tonta y coge el bote de detergente que necesita lamentando no haberse ido a la otra tienda del barrio para comprarlo. La clienta que cotilleaba se marcha y ella deja el detergente sobre el mostrador de cristal.

—¿Me cobra, doña Paula?

—Claro, hija, pero déjame que te diga una cosa antes, entre tú y yo —dice bajando la voz en confidencia.

Virginia la mira de reojo mientras se caga en los muertos de su marido Eloy.

—Dígame —dice ella educada, acercando la oreja como si le interesase o no supiera lo que le va a contar.

—Yo sé que no es asunto mío, pero si quieres un consejo, ata en corto a ese marido tuyo, que dicen que ahora anda con la médica esa.

Virginia se pasea la lengua por la parte exterior de las muelas mientras piensa qué decir.

—¿No tendrá usted una correa para venderme? —pregunta de repente y doña Paula la mira con el rostro desencajado.

—Mira, hija, que yo te lo digo de buena fe —dice ofendida.

—Ya lo sé, doña Paula —la apacigua Virginia suspirando—. Y se lo agradezco, lo voy a poner fino en cuanto llegue a casa, no se preocupe.

Virginia paga el dichoso detergente y se monta en su Toyota Corolla de color gris immaculado para volver a su casa. Cuando llega, ya sabe que no va a encontrar a Eloy, él está en la tienda de informática que los dos tienen en el centro de la ciudad de Barcelona, negocio que les sirve de tapadera para su verdadera actividad, la venta de identidades y documentos falsos. Juntos forman un tándem muy bueno, ella es muy hábil con las falsificaciones, una de las mejores, y él es un genio haciendo contactos y cerrando tratos. La tienda y su matrimonio aparentemente envidiable les brindan por conveniencia a medias —porque hubo un tiempo en el que sí que se quisieron y se respetaron— la imagen perfecta si no fuera porque él es un faldero y no sabe mantener la bragueta cerrada.

Después de tender la ropa, se pasa el resto de la tarde en el sótano preparando un encargo en el que lleva trabajando más de una semana. Tres cartas de recomendación escritas a mano por el decano de una de las mejores universidades del país, tres cartas que valdrán un contrato directo en alguna empresa de investigación y desarrollo tecnológicos a los tres afortunados que se hagan con ellas. Tres cartas valoradas en cuarenta mil euros cada una.

Virginia, con el pulso digno de una cirujana, trabaja sobre la última de ellas. Frente a ella hay dos pantallas inclinadas levemente sobre la mesa, en la de la derecha, se expone una muestra manuscrita del decano, en la de la izquierda, lo que el cliente ha solicitado que ponga en la carta. Está terminando un párrafo cuando escucha la puerta de su casa, en cualquier otra ocasión, ella

seguiría su trabajo sin inmutarse ante la llegada de su marido. Él se asomaría a la entrada del sótano como acaba de hacer.

—Estoy en casa, Vir —dice anunciando su presencia—. Voy preparando la cena.

Y por último le diría eso, que prepara la cena mientras ella termina lo que esté haciendo. Pero Virginia está cabreada y ahora que sabe que él está ahí, ya no puede concentrarse, así que antes de cagarla y echar por la borda el trabajo de muchas horas invertido en esa carta, decide dejarla y dar por concluida su sesión por ese día.

—¿Ya estás? —pregunta Eloy sorprendido cuando la ve entrar en la cocina.

Se dirige hacia ella y le da un beso en la mejilla como tiene por costumbre. A ella le viene un bofetón del perfume de la doctora Lasera, su médico de cabecera en el ambulatorio y también amiga de ambos.

—Al menos podrías darte una ducha, joder —le reprocha Virginia.

Eloy la mira y suelta un suspiro cansado que prolonga hasta quedarse sin aire.

—Creía que esto ya estaba hablado y aclarado, Virginia —dice muy serio.

—Y lo está, pero quedamos en que seríamos discretos y tú me estás dejando como la jodida cornuda del barrio.

Su marido pone cara de sorpresa y se rasca la barba de tres días mientras piensa que ya toca afeitarse.

—¿Qué te han dicho?

—¿Qué más da lo que me han dicho, Eloy? La cuestión es que la gente habla, y si ha llegado a doña Paula, ya lo sabe todo el barrio. ¿Es que no puedes guardarte la polla en los pantalones?

—Tú también tienes tus cosas por ahí y yo no digo nada.

—Pero yo soy discreta, coño. ¿Alguna vez has tenido que pasar la vergüenza de que tengan que venir a decirte que tu mujer te la pega con otro? Porque ya es la segunda vez y como haya una tercera, a la mierda el trato, Eloy, nos divorciamos.

—Vale, está bien, perdona —se disculpa con una sonrisa macarra que crispa los nervios de Virginia.

Eloy se acerca y, aunque ella protesta, la coge por la cintura y la pega a su cuerpo como si quisiera bailar con ella.

—Perdona, en serio —le susurra al oído y los dos se mueven entre risas al compás de una música que solo suena en sus cabezas.

Virginia lo perdona como hace muchas veces y se dan un beso en los labios. No hay nada romántico en ello porque lo suyo se acabó hace tiempo, pero se llevan bien y de vez en cuando tienen calentones que solventan entre ellos rememorando los buenos tiempos.

—Tendré más cuidado, lo prometo, ahora no nos conviene llamar la atención. Tenemos demasiados frentes abiertos.

—A mí no me metas —dice clavándole un dedo en el pecho—, la atención la llamas tú que eres un cerdo.

—Vale, pero no se lo digas a Amparo, anda —suplica Eloy con una mueca—, si se entera de que se rumorea que ella y yo estamos liados, me mandará a tomar por culo y tú lo sabes.

Virginia suelta una carcajada y lo aparta de ella entre risas.

—Voy a la ducha mientras terminas de preparar la cena.

—¿Cómo van las cartas? —pregunta él vociferando por el pasillo.

—Me queda una, no me distraigas y la termino mañana.

—¿Puedo concertar la entrega para dentro de un par de días entonces?

Virginia no lo ve, pero sabe que Eloy ya se está frotando las manos. Poco más de una semana

de trabajo y tendrán ciento veinte mil euros más repartidos entre sus cuentas imposibles de rastrear. Podrían estar viviendo en una mansión cerca de la costa de cualquier gran ciudad, pero no quieren llamar la atención, así que viven en un pueblo de la periferia de Barcelona. Una casa adosada con un pequeño porche de poco más de diez metros cuadrados. La típica que puede tener una pareja que regenta un negocio. Coches al alcance de cualquiera y aficiones normales. Eso es en su día a día, después están sus vacaciones, esas que pasan en alguna de las distintas villas que tienen repartidas en más de seis ciudades españolas.

Virginia muchas veces piensa en dejarlo todo y retirarse, los dos han generado lo suficiente como para parar y vivir a cuerpo de rey lo que les queda de vida, y todavía le queda mucha porque no ha cumplido todavía los treinta y cinco. El problema es que tanto a Eloy como a Virginia les gusta lo que hacen y se les da bien, y ella ya intentó dejarlo una vez y para lo único que le sirvió fue para perder a Carla.

Capítulo 3

A Carla se le seca la boca y se le tensan todos los músculos cuando abre la puerta de su apartamento y, antes de que pueda encender la luz, recibe un empujón que la lanza de cara a los pies del sofá. La puerta se cierra en seco y la luz se enciende. Ella se gira intentando levantarse rápido, pero el pisotón de un gorila asiático de ciento veinte kilos, la mantiene pegada al suelo.

Ha pasado justo una semana desde que Iñaki la traicionó y huyó con los jarrones. Carla tuvo que presentarse ante la persona que la había contratado y explicar lo sucedido. Dudó entre hacerlo y salir huyendo, que hubiera sido lo más inteligente, pero ahora ya es tarde.

El chino que la contrató para robar los jarrones le adelantó ciento cincuenta mil euros para los preparativos después de que ella le asegurase que los conseguiría sin problema. Ahora no tiene los jarrones ni el dinero, y él le dio una semana para recuperar ambas cosas.

—Necesito más tiempo —dice sin aliento, mientras el gorila le aplasta el pecho cada vez más fuerte.

—Ya te dimos tiempo, ¿te ríes de Yin? —pregunta el que lo acompaña, más menudo y esmirriado, aunque su expresión le da más miedo a Carla que la del gorila.

—No, he conseguido veinticinco.

Carla señala un cajón del mueble y el esmirriado lo abre hasta que encuentra el fajo de billetes.

—Dame dos semanas y consigo el resto —balbucea Carla temiendo que le parta el esternón.

—Una semana —zanja el que tiene el dinero y hace un gesto al gorila.

Por un momento Carla siente alivio cuando retira el pie que la aprisiona, pero ese mismo pie comienza a patearla como si fuera una pelota de trapo. Recibe tantos golpes que lo único que puede hacer es hacerse un ovillo esperando a que pare sin matarla. El último le da tan fuerte en la cadera, que la arrastra un par de metros por el comedor hasta dejarla tendida bocarriba al lado de una silla.

El esmirriado se agacha junto a ella y le da un bofetón en la cara para espabilarla y que lo mire.

—Una semana, ni un día más o estás muerta.

Los dos se marchan y ella se queda mirando al techo sin moverse. Le duele todo el cuerpo y la sangre le resbala desde la nariz hasta la oreja goteando sobre el suelo. Sus ojos se encharcan y su cuerpo se sacude entre espasmos violentos provocados por un llanto desesperado y rabioso que le provoca estallidos de dolor en cada parte golpeada. Carla sabe que está muy jodida, que en una semana no puede conseguir ese dinero, y menos en el estado que se encuentra ahora.

Su única opción es marcharse de Tarragona, huir muy lejos y rezar para que no la encuentren, pero sin dinero no tiene muchas opciones y tampoco sabe a dónde ir. Se levanta con la ansiedad consumiéndola por dentro y se aguanta en una silla para no caerse de nuevo. Sabe que haga lo que haga, lo tiene que hacer antes de que su cuerpo se enfríe, porque después sentirá tanto dolor que no podrá moverse. Llega hasta su habitación y coge una gorra y una sudadera negra con capucha. Después busca en el cajón de su ropa interior, donde muchas veces deja billetes pequeños, y los coge todos mientras la sangre sigue brotando de su nariz. Se limpia con la manga y se pasa los dedos por los ojos para secarse las lágrimas que todavía están encharcadas en sus

párpados.

Entre tanto miedo y confusión, a Carla solo hay una imagen que se le reproduce en la cabeza y hace que sienta calma, la de Virginia Madrazo. Se cala la gorra sintiendo un aguijonazo sobre la oreja izquierda donde Iñaki la golpeó y todavía tiene cinco puntos. Se cubre con la capucha de la sudadera y sale a la calle caminando sorprendida de no haberse desmayado cuando logra llegar a la estación de tren y se va directa a coger un taxi de los que están esperando fuera.

Carla da una dirección al taxista y le ofrece todo lo que lleva. El hombre coge los billetes y los cuenta, después mira a su extraña pasajera y decide no hacer preguntas, con lo que le ha dado, es más que suficiente para cubrir el trayecto de ida y vuelta.

Cuando el coche se pone en marcha, ella se acomoda contra la puerta y mete las manos en los bolsillos para entrar en calor mientras se esfuerza para no cerrar los ojos, sabe que si lo hace, a lo mejor no los abre y en lugar de llegar a donde quiere, se despierta en un hospital donde le harán muchas preguntas que no puede responder.

—¿Puede contarme algo? —le pide al taxista con la voz tan apagada que al hombre le ha costado escucharla.

Capítulo 4

Virginia y Eloy están sentados en el sofá discutiendo sobre los últimos encargos. A él todavía le hacen chiribitas los ojos después del último cobro. Ella se divierte mirándolo, a pesar de ser casi diez años mayor que ella, a veces se comporta como un crío.

—Como sigamos así, tendremos que contratar a alguien para que te ayude —opina Eloy y ella se pone seria de golpe.

—Eso ya se verá, por ahora me apaño.

A Virginia no le gusta la idea de abrir las puertas de su negocio a nadie más, no por tener que repartir ganancias, es por desconfianza. A ellos les va bien, lo tienen bien montado y no llaman la atención, pero cuantos más sean, más riesgo hay de que algún policía se presente haciendo preguntas incómodas.

Eloy siempre le dice que no se preocupe por eso, que tiene contentos a unos cuantos y con eso basta, pero ella prefiere pecar de precavida que de prepotente.

—¿Esperas a alguna visita? —pregunta Eloy cuando alguien llama a su puerta con los nudillos.

Virginia niega categóricamente con la cabeza y los dos fruncen el ceño extrañados. Son casi las once de la noche y a esas horas no tienen por costumbre recibir a nadie.

—¿Será alguna de tus amantes despechadas? —ironiza Virginia poniéndose en pie.

—Qué graciosa eres —dice Eloy.

Le hace una señal para que no se mueva y él abre el cajón del recibidor y coge el arma que siempre tienen ahí, cargada y a punto para disparar.

—Eloy... —dice Virginia nerviosa.

—No pasa nada, tú quédate ahí. Seguro que ha sido algún crío del barrio que quiere tocarme las pelotas.

Virginia se queda rezagada junto al sofá sin apartar los ojos de la puerta.

—¿Quién es? —pregunta Eloy con la mano en el pomo.

Los dos se quedan en silencio esperando una respuesta del otro lado, pero esta no llega, quienquiera que fuera, ya debe haberse ido.

—¿Lo ves? —le dice Eloy a su mujer—. Lo que yo te digo, los niñatos del barrio que cada vez son más gilipollas.

Ella se ríe, él se pega el arma a la pierna derecha y abre la puerta con la mano izquierda para asegurarse de que no hay nadie. Al principio le parece corroborarlo, pero cuando abre un poco más la puerta, el cuerpo de una mujer que estaba sentada en el escalón, se desploma hacia dentro cayendo junto a los pies de Eloy, que se aparta cagado del susto.

—¡Joder! —exclama y apunta con la pistola hasta que se da cuenta de que la mujer tiene la cara llena de sangre y apenas puede abrir los ojos.

—¿Quién es? —pregunta Virginia paralizada desde su sitio al lado del sofá.

—No lo sé, pero deberíamos sacarla de aquí y llamar a una ambulancia.

Eloy no está muy orgulloso de lo que ha dicho, pero si la dejan en su casa la visita de la policía será inevitable, y en la parte baja está ese sótano donde Virginia trabaja y no puede permitir que lo descubran.

Decidido a hacer lo que debe para proteger el negocio, coge a la mujer por debajo de los brazos y trata de arrastrarla fuera de su casa cuando esta suelta un quejido que paraliza los sentidos de Virginia.

—Espera, Eloy —dice y se acerca hacia ellos notando como se le eriza el vello de la nuca en un extraño presentimiento.

Virginia se agacha junto a la mujer y sin pensárselo dos veces le aparta la capucha de la sudadera y le quita la gorra. No necesita verle bien la cara para confirmar que es Carla Loza, lo sabe por sus mechones cobrizos y las cuatro pecas que salpican sus mejillas donde la sangre no ha llegado.

—No me jodas —balbucea con el corazón desbocado.

Virginia se coloca frente a ella y trata de conseguir que Carla la mire, pero está muy aturdida y apenas logra conectar su mirada verdosa un instante con ella.

—¿La conoces? —pregunta Eloy ceñudo.

—Sí, ayúdame a llevarla a la ducha, hay que limpiarle toda esta sangre y ver qué heridas tiene.

—No me jodas, Vir —protesta él—. Podrían haberle descerrajado un disparo. Necesita un médico.

—Pues llamas a Amparo —gruñe ella—. Y ahora ayúdame de una puta vez y deja de llamar la atención.

—Joder —bufa Eloy cogiendo a Carla en volandas—. Cierra la puerta, anda —le pide a su mujer.

Entre los dos la dejan sentada en el suelo de la ducha y Virginia se mete con ella. Carla es como una muñeca de trapo en ese momento, tan dolorida y débil, que no opone resistencia a nada de lo que decidan hacer con ella. Solo quiere dormir.

—Ayúdame a quitarle la ropa —le pide Virginia a su marido cada vez más nerviosa.

Eloy no deja de protestar y de decir que tenerla allí solo les puede causar problemas, pero Virginia no lo escucha porque todos sus sentidos están centrados en Carla. En que la tiene allí de nuevo, junto a ella después de ocho años. El corazón de Virginia late desbocado entre el cosquilleo que sacude su pecho desde que la ha visto. De repente siente que el tiempo no ha pasado para ellas, que todos sus sentimientos hacia Carla están ahí, intactos, guardados en algún lugar seguro dentro de ella a la espera de volver a ser liberados de nuevo, y acaban de salir con más fuerza que nunca.

Suspira aliviada al no encontrar ningún orificio de bala por su cuerpo desnudo. Virginia la mueve con cuidado y busca incluso en sus axilas hasta que confirma que lo que le pasa es que le han dado una paliza de las buenas.

—Carla, mírame —le pide mientras abre el agua del grifo y espera a que se temple.

Eloy mira pasmado cómo los pantalones de su mujer se mojan sin que ella parezca notarlo.

—No se puede quedar aquí, Virginia, nos traerá problemas —insiste él de pie, incómodo.

—Me da igual —contesta ella sin apartar la mirada de Carla, que la mira cansada a través de la rendija que forman sus párpados.

—¡Quedamos en que tu vida anterior no cruzaría estas puertas! —grita Eloy desesperado.

Virginia alza la mirada y lo fulmina. Sabe que Eloy tiene razón, él conoce su pasado, sabe a qué se dedicaba antes de la falsificación y quedaron en que no permitirían que nada de aquello les salpicase. Su negocio, aunque es ilegal, es mucho más seguro y menos arriesgado. Solo aceptan aquello que pueden hacer y cobran por ello y por la discreción que ofrecen. Verse envueltos en líos de bandas de ladrones, que con toda seguridad es lo que Carla arrastra consigo,

es lo que menos les conviene.

—Sé lo que dijimos, pero es Carla, y no la voy a dejar tirada. Otra vez no.

Eloy deja en el aire lo que iba a contestar cuando escucha el nombre de Carla. Virginia le ha hablado de ella muchas veces y sabe lo que esa mujer significa para la suya.

—Un día, Vir —dice Eloy agachándose a su lado con tono amenazador—. Me voy a pasar la noche a la trastienda, cuando vuelva mañana de trabajar, no la quiero aquí, sino, yo mismo me ocuparé de que se la lleven. ¿Entendido?

Virginia sabe que habla en serio. Eloy es muy bueno por las buenas, y muy hijo de puta por las malas. Nada se interpondrá entre su negocio y él, y mucho menos una exnovia de su mujer. Él no se ensuciará las manos, pero no le temblará el pulso para pagar a alguien que le resuelva el problema.

—Sí —contesta y se vuelve hacia Carla ignorando por completo a su marido.

Eloy se marcha ofuscado y cierra la puerta de un portazo que hace botar el cuerpo de Carla y tratar de encogerse.

—Tranquila —dice Virginia mientras le va pasando el agua por el cuerpo para lavarla.

—No quiero causar problemas —habla por primera vez la ladrona con la voz templada y débil.

—No te preocupes por él, sé cómo manejarlo.

Carla se deja hacer por la mujer a la que más ha querido nunca. El agua caliente ayuda a que los músculos se le relajen un poco y que se sienta mejor al no notar la piel tersa por la sangre seca. Virginia la envuelve en una toalla gigante y coge otra más pequeña para secarle el pelo. Carla alza una mano temblorosa y se señala la herida con los puntos para que Virginia tenga cuidado.

—Lo sé, nena —susurra ella sin pensarlo, la ha visto cuando le estaba mojando el pelo.

Después de ayudarla a vestirse con ropa limpia y cómoda que ha sacado de su armario, Carla logra ponerse en pie y camina apoyada en Virginia hasta que llegan al sofá, donde se sienta entre quejidos hasta que logra una posición en la que puede respirar sin que el pecho le duela.

Virginia abre el mueble bar y saca dos vasos donde sirve una buena porción de Whisky y le entrega uno a Carla junto con un analgésico.

—No es una buena combinación, pero lo necesitas, esto te aliviará el dolor.

Carla solo puede utilizar una mano, la otra la tiene inflamada porque ha servido de escudo para algunas de las patadas. Virginia le introduce la pastilla en la boca y ella se bebe todo el contenido del vaso notando como le arde el esófago hasta que tose y hace una mueca de dolor. Después se deja caer y apoya la cabeza sobre el cojín mullido que su exnovia ha colocado para que esté más cómoda.

—No sabía a dónde ir —susurra Carla antes de que se le cierren los ojos.

—Tranquila, aquí estás a salvo —responde Virginia.

Se ha quedado de pie a un lado del sofá, con el vaso de Whisky en la mano mientras bebe sin apartar la mirada de Carla. A ella también le va bien ese trago, no para calmar el dolor, sino para calmar el torbellino de emociones que se ha desatado en su cuerpo y que no sabe cómo manejar.

Suspira y se sienta a los pies de Carla después de taparla con una manta. Virginia se saca el móvil del bolsillo y marca un número. No sabe qué le ha pasado a Carla, lo que sí sabe es que va a ayudarla, pero antes tiene que sacarla de ahí para no tener problemas con Eloy.

Capítulo 5

Cuando Carla abre los ojos no sabe exactamente dónde está. Apenas puede abrir el ojo izquierdo y comienza a sentir pinchazos que se le clavan como agujas por el cuerpo cuando intenta moverse.

Mira a un lado y a otro sin reconocer el lugar donde se encuentra. Recuerda vagamente la voz suave y cálida de Virginia. También recuerda sus manos calmándola y cuidando de su cuerpo magullado como si fuese una muñeca, y después le viene un recuerdo de ella muy fugaz, Virginia de pie al lado del sofá en el que se encuentra; mirándola pasmada mientras un líquido ambarino bailaba en el vaso que sostenía en la mano.

Carla exhala una bocanada de aire sorda cuando se da cuenta de lo que ha hecho. Ni siquiera recuerda haber llegado allí, pero está claro que fue en busca de Virginia, y ahora, que tiene la mente ligeramente despejada después de no sabe cuántas horas de sueño, se arrepiente, se arrepiente mucho. Se juró que no sería ella la que la buscara de nuevo, que jamás se arrastraría por mucho que la echa de menos, y ahora está ahí, demacrada y tirada en su sofá como un despojo.

Aparta la manta y, cuando se incorpora hasta sentarse, no solo siente como si le hubieran dado un mazazo en el centro del pecho, también nota un calambrazo atravesarle las cervicales, dejándola completamente rígida hasta que se le pasa. Para cuando vuelve a abrir los ojos, Virginia está delante de ella observándola con gesto de desaprobación mientras deja una bandeja con el desayuno sobre la mesa que hay delante del sofá.

—¿Cómo estás? —pregunta Virginia incorporándose.

Carla la mira escudriñándola sin reparo. Virginia Madrazo ha cambiado mucho y no ha cambiado nada. Carla no sabe ni explicárselo a sí misma. En su rostro se notan los ocho años que han pasado, es más serena, más madura, más mujer. Su belleza sigue resultando exultante. Virginia nunca ha sido una mujer guapa, es algo peor que eso, posee un atractivo natural difícil de ignorar para cualquiera que tenga ojos en la cara, y con el paso de los años se ha doblado.

—¿Cómo llegué aquí? —pregunta Carla nerviosa.

Ahora es Virginia la que se permite mirarla a ella, ni siquiera los moratones que le decoran el rostro le roban esos rasgos afilados como los de una india. Carla siempre fue una chica muy llamativa, no solo por su pelo cobrizo, brillante y tan lacio que es imposible de domar en una simple coleta, sino por sus ojos verdes contrastando con su tez pálida y esa expresión entre risueña y traviesa que trastornó por completo a Virginia el primer día que la vio.

—¿No te acuerdas?

Carla se lleva una mano temblorosa a la cabeza buscando los golpes que puedan explicar su falta de memoria. Conforme pasan los minutos, vienen algunas ráfagas de imágenes, recuerda al gorila pateándola y al esmirriado amenazándola de muerte. Recuerda el taxi y recuerda sus nudillos golpeando la puerta. Después de eso, todo se le mezcla entre las ganas de dormir, la visión de Virginia y las protestas de su marido.

—Lo tengo todo muy confuso.

—No me extraña —opina Virginia observándola con una mueca.

Tiene ganas de besarla y de abrazarla, de rodearla con los brazos y no soltarla, de volver a

despertarse desnuda a su lado, de sentir su piel resbalar sobre la suya y sus jadeos entrecortados y tímidos recorriendo la habitación. A Virginia la situación la pone muy nerviosa, porque es evidente que Carla tiene problemas serios y ella solo puede pensar en eso, en lo mucho que la ha echado de menos y en las ganas que tiene de decírselo.

—Siento haber venido, no sé por qué lo hice —dice intentando levantarse.

—¿Qué se supone que haces? —la detiene Virginia.

Tampoco le cuesta hacerlo, porque a Carla le duele tanto el pecho, que cuando se intenta impulsar para levantarse, se queda clavada en el sitio.

—Marcharme —dice casi sin voz, disimulando una mueca de dolor mientras exhala el aire contenido en los pulmones.

—¿Cómo te vas a ir, Carla? ¿Tú te has visto, nena?

—No me llames así —exige con una rabia repentina que le hace levantar la voz más de lo que debe.

Virginia alza las manos y se pasa la lengua por el exterior de las muelas como hace siempre que piensa.

—Perdona, es la costumbre —se disculpa.

—Pues deberías haberla perdido, porque ya han pasado ocho años —escupe Carla incapaz de controlarse.

—Ya te he dicho que lo siento... —se muerde la lengua, porque sin quererlo está a punto de soltarlo de nuevo—. Come algo, te sentará bien —le pide señalando la bandeja para desviar el tema y calmar las aguas.

Carla mira el contenido y la boca se le hace agua. No ha comido nada desde ayer al mediodía y su estómago está tan vacío que no le extraña que tenga parte de culpa en esa falta de memoria. Cuando estira la mano para coger uno de los cruasanes recién hechos que hay en la bandeja, tiene que cerrar los ojos y centrarse para contener esos agujonazos que le atraviesan el cuerpo cada vez que se mueve.

Virginia se adelanta y le entrega uno mientras coge la taza de café y le señala la leche.

—¿Te echo?

—Una poca.

Carla no tiene que decirle cuánta, Virginia se acuerda perfectamente de la cantidad de leche que le gusta con el café y de los dos azucarillos con los que lo endulzaba siempre. Se lo vierte todo y lo remueve antes de acercar la mesa para que Carla no tenga que estirarse mucho.

—Me como esto y me marchó —dice mientras mastica, y Virginia resopla a su lado.

—Si no piensas contarme nada, ¿para qué has venido aquí, Carla?

La mirada verde de Carla se vuelve oscura como la de un campo de fútbol mojado. Se encuentra tan mal —tanto física como emocionalmente— que lo único que desea es echarse a los brazos de Virginia y dejar que la consuele. Sabe que no hay nadie en el mundo que pueda entender mejor que ella lo que duele la traición de Iñaki, y también lo que supone. Pero a Carla le puede el resentimiento y la rabia acumulada contra Virginia durante todos estos años. La culpa de cada una de sus desgracias, porque a su entender, si ella no se hubiera marchado abandonándola como lo hizo, Carla no se hubiera hundido ni hubiera tomado una serie de decisiones que le fueron marcando el camino hacia el desastre en el que se encuentra ahora.

—Supongo que no sabía a dónde ir —admite sin mirarla.

—¿Cómo sabes dónde vivo?

Carla la mira de reojo y encoge ligeramente los hombros.

—Hace mucho que lo sé.

Virginia abre los ojos sorprendida y como Carla no la mira, le pone una mano sobre el brazo con suavidad para llamar su atención. La corriente recorre a Carla como si hubiera metido los dedos en el enchufe. Le da rabia seguir enamorada de Virginia después de tanto tiempo, pero es algo que nunca ha controlado por muchos escauceos que ha tenido en estos años. Nadie es ella, ni lo será nunca.

—Te he buscado algunas veces —reconoce roja de vergüenza y humillación—. Cuando sentía que no podía más, me acercaba por aquí y esperaba a que llegases para verte bajar del coche. Eso me calmaba.

Virginia tiene ganas de llorar y le cuesta mucho controlar la angustia que le sube por el pecho quemándola lentamente, como la llama de una vela. Se ve a ella misma bajar de su coche frente a su casa y se imagina a Carla al fondo de la calle, observándola escondida bajo esa gorra que llevaba anoche. La idea de haberla tenido tan cerca sin saberlo la sobrecoge de un modo que le corta la respiración.

—¿Por qué no te acercaste nunca? —pregunta con la voz estrangulada.

—Porque tú tienes tu vida y no quiero ser un estorbo, a mí me bastaba con verte.

La frialdad y el tono mecánico con el que contesta dejan a Virginia descolocada y por un momento no sabe qué decir.

—Por Eloy no te preocupes, lo importante es que ahora estás aquí.

Carla la mira exigiendo que se explique, pero el timbre de la puerta suena con estridencia y Virginia se levanta para abrir.

—Hola, Amparo —saluda a la doctora y se dan dos besos efusivos en las mejillas.

—Siento no haber venido ayer, tenía guardia —se disculpa su amiga.

—¿Guardia o te tenías que follar a mi marido? —suelta Virginia mirándola con severidad.

—No me jodas, Vir —protesta la doctora ofendida, dándole un empujón que Virginia recibe con una sonrisa socarrona—. ¿Dónde está la enferma?

Virginia se hace a un lado y señala hacia el sofá, desde donde Carla las observa tratando de entender la relación extraña entre las dos mujeres.

Capítulo 6

—Carla, ella es Amparo, es doctora y amiga de confianza. Deja que te eche un vistazo —dice Virginia cuando llega a su lado.

—Hola, Carla —la saluda Amparo escaneándola con la mirada.

Lleva un maletín negro que deja sobre la mesa al lado de la bandeja con el desayuno de Carla. Mientras lo abre, ella sigue muda alternando miradas entre la doctora y Virginia. Su orgullo le pide levantarse y marcharse, pero su cuerpo demacrado necesita otra cosa, y que alguien que sepa del asunto le eche un vistazo, no le vendrá mal teniendo en cuenta la paliza que le dieron.

—¿Te importa quitarte la ropa para que pueda examinarte bien? —pide Amparo mientras se pone unos guantes de látex.

Carla cruza una mirada con Virginia como si no se sintiese segura si ella no está cerca.

—Te ayudo —dice Virginia acercándose a ella.

La doctora Amparo Lasera examina cada golpe con detenimiento, asegurándose en la medida de sus posibilidades de que no son lesiones graves.

—¿Esto duele?

Apenas ha presionado un poco sobre su esternón, donde tiene la huella completa de la bota con la que la pisaron marcada en la piel. Carla palidece en el acto y el aire se le escapa de los pulmones dejándola con la boca abierta.

—¿Es necesario que hagas eso? —se queja Virginia poniendo la mano sobre la frente de Carla.

Puro instinto protector, el que ha sentido siempre con ella.

—Yo no te digo cómo hacer tu trabajo —espeta Amparo—, así que te quiero callada.

Virginia se muerde ambos labios y vuelve a pasarse la lengua por las muelas, eso la deja con un gesto que a Carla siempre le ha parecido tan seductor como macarra. Sonríe a pesar de que le duele y Virginia le guiña un ojo como respuesta inmediata. Como antes.

—Yo juraría que no hay nada roto, pero una visita al hospital para que le hagan placas no estaría de más. Incluso un TAC en la cabeza, le han dado por todos lados —dice Amparo examinado su cabeza a través del pelo.

—Aquí tiene puntos —señala Virginia.

Amparo enfoca la herida con la linterna y frunce el ceño.

—Esto es anterior, Carla, ¿de hace una semana tal vez? —teoriza Amparo.

Carla no responde ni a la doctora ni a la cara de circunstancias de Virginia, que ya llegó ella sola a esa conclusión anoche y se pregunta en qué demonios está metida Carla.

—Está muy bien cicatrizado. Podrías llevarlos un par de días más, pero dada tu situación y que probablemente no veas a un médico cuando toque, te los voy a quitar ahora. ¿Te parece bien?

Carla asiente.

—¿Es seguro? —pregunta Virginia.

—Eres más pesada que una madre, Vir —resopla Amparo—. Si se los quito es porque no pasa nada, relájate —le pide aguantándose la risa.

—Estoy relajada —responde Virginia, aunque no se lo cree ni ella.

Su cabeza es un hervidero de pensamientos que se cruzan sin que logre poner orden. Le preocupa mucho la situación de Carla y el desconocimiento que tiene sobre ella. No sabe a qué se enfrenta, si la están buscando unos matones o si huye de la policía. Después tiene el inconveniente de Eloy, que no la quiere allí cuando vuelva, aunque eso es lo que menos le preocupa de todo. La otra cosa que la atormenta es lo que siente por Carla, que todos esos sentimientos dormidos o anestesiados hayan aflorado como un tsunami arrasándolo todo no es algo con lo que ella contase.

—Dame luz con la linterna, anda, así haces algo útil y dejas de dar el coñazo —dice Amparo sacándola de sus pensamientos.

Virginia le quita la linterna de un manotazo y enfoca sobre la herida de Carla. Observa los puntos que Amparo va cortando uno por uno y retirando con una pinza sin que Carla proteste.

—Con lo demás no puedo hacer nada, necesita reposo absoluto, sobre todo por el pisotón del pecho —señala Amparo—. Si te mueves con normalidad, aparte de morirte de dolor, te va a costar más que se te cure. Deberías guardar cama al menos un par de días enteros —señala mirando a Virginia.

—¿Y para el dolor? —pregunta sabiendo que Carla no abrirá la boca.

—Te dejo esto, solo me queda una caja, pero lo puedes comprar en la farmacia sin receta. Una cada seis horas durante tres días, después cada ocho durante una semana.

—Vale —acepta Virginia.

—Y ahora te puedo pinchar algo un poco más fuerte para que te haga efecto rápido.

Carla asiente, cualquier cosa con tal de que deje de dolerle.

—¿Y los calambres que le entran, son por los golpes? —pregunta Virginia mientras prepara la dosis.

—No, eso es tensional. Tiene las cervicales como una piedra, igual que tú —añade la doctora señalando a Virginia—, unas visitas al fisio cuando soluciones lo que sea que te pasa no te irían mal —responde mirando esta vez a Carla.

—Tengo que sacarla de aquí, Amparo, necesita descansar y no quiero líos con Eloy —dice Virginia mirando a su amiga, la amante actual de su marido.

—Me voy ahora mismo —dice Carla tumbada bocabajo para que la pinche.

—Tú no vas a ningún sitio —se enfada Virginia.

—No tengas miedo de que se te escape —suelta Amparo mientras la pincha—, tal y como está ahora mismo, te aseguro que no llegará muy lejos.

Carla hunde la cara en el cojín con frustración cuando la escucha. No necesita que la doctora se lo diga, ella ya lo sabe, está tan débil y dolorida, que no tiene muy claro que logre mantenerse en pie más de un par de minutos sin desplomarse de nuevo.

—Toma —dice Amparo sacando unas llaves.

De la anilla extrae un par de llaves que deja sobre la mesa delante de Virginia.

—Llévala a mi apartamento de la playa. Allí podrá descansar hasta que se recupere. Yo me pasaré mañana a echarle un vistazo.

—Gracias —dice Virginia más calmada.

—¿Te vas con ella? —pregunta como si Carla no estuviera presente.

Amparo, en realidad, no quiere estar mucho tiempo ahí. Ella ayuda a Virginia porque se lo debe, pero cuanto menos sepa sobre los problemas de Carla, mucho mejor para ella.

—Sí, después hablaré con Eloy.

—Me lo vas a dejar hecho un basilisco —reniega Amparo.

—Estoy segura de que algo se te ocurrirá para calmarlo —suelta Virginia acompañándola a la puerta.

Capítulo 7

Virginia cierra la puerta y regresa con una determinación desconocida que Carla observa mientras vuelve a sentarse para seguir comiendo cruasanes. Todavía tiene hambre.

—Vale —dice Virginia cogiendo una silla que coloca frente a ella para sentarse.

Cruza una pierna sobre otra con una elegancia que turba la mente de Carla por un instante, dejándola con la boca abierta, lista para morder.

—Ahora vas a contarme con pelos y señales quién te abrió la cabeza hace días y quién te pateó el cuerpo ayer.

—No voy a contarte nada, Virginia, lo tengo controlado, desayuno y me marcho —zanja Carla, que ahora que le duele menos, parece haber recuperado parte de su seguridad.

Virginia descruza las piernas y apoya los codos sobre las rodillas, quedando su rostro tan cerca del de Carla, que esta deja de masticar para coger aire y no sentirse mareada por su cercanía.

—Te presentaste anoche en mi casa medio muerta, a deshoras y dándome un susto de muerte. Lo mínimo que me debes es una explicación, Carla, y me la vas a dar.

—Yo no te pedí que me ayudaras —titubea sabiendo lo absurdo que es lo que acaba de decir.

—No, no lo hiciste —responde Virginia sin perder la compostura, a pesar de que tiene ganas de abofetearla para que espabile y aparque su orgullo a un lado—, pero te ayudé, así que me lo debes. Habla, nena, no me hagas enfadar.

Su exigencia y ese aire dominante de Virginia no son nuevos para Carla, pero sí que nota que se han intensificado con el paso de los años, y si ese ya fue uno de los rasgos del carácter de Virginia que cautivó a Carla, ahora se da cuenta de que por mucho que quiera negarlo, lo que siente por ella no va a desaparecer, y mucho menos si la Virginia de ahora es una versión mejorada de la de antes.

—Te he dicho que no me llames así —protesta Carla y da un mordisco grande a su cruasán.

—Te llamo como me sale de dentro, Carla. Puede que llevemos años sin vernos, pero ahora que te tengo aquí es como si el puto tiempo no hubiera pasado, así que deja de pedirme gilipolleces y de protestar, y cuéntame de una vez qué coño te ha pasado.

Carla se rinde, no tiene sentido seguir con ese tira y afloja tan absurdo. Sabe que Virginia no parará hasta conseguir lo que quiere, y ella necesita desahogarse.

—Me lo ha hecho Iñaki —suelta de sopetón y los ojos oscuros de Virginia se agrandan por la sorpresa.

—¿Iñaki? ¿Nuestro Iñaki? —pregunta intentando procesarlo.

—Sí.

—No me jodas, Carla —dice enfadada, poniéndose en pie y mirándola de nuevo para asegurarse de que no le toma el pelo—. ¿Él te ha dado esa paliza? Porque te juro que lo mato.

—Él me hizo esta brecha —aclara señalando la cicatriz de la que Amparo le ha quitado los puntos hace tan solo unos minutos—, y es el responsable de que unos tipos me dieran la paliza. Y sí, nuestro Iñaki, ya ves —bufa Carla con la rabia recorriéndole las venas.

Virginia se deja caer en la silla como si el cuerpo le pesara toneladas mientras pasea la lengua por el exterior de sus muelas.

—No hagas eso —dice Carla—. Me pones nerviosa.

—Vamos a ver —la ignora Virginia, que esta vez se pasa los dedos por los ojos como si quisiera quitarse una venda que la ha tenido ciega mucho tiempo—. Estoy muy perdida, Carla, desde que me fui sé muy poco de vosotros, pero me constaba que seguíais dando palos juntos, con Ángel.

—Sí, los tres, sin ti —puntualiza Carla atravesándola con la mirada.

—Ahora no vamos a hablar de eso. ¿Todavía seguís? ¿Qué coño ha pasado? Explícamelo porque te juro que no me entra en la cabeza —dice cada vez más desconcertada.

Virginia mira el reloj. Todavía quedan un par de horas hasta que Eloy vuelva a su casa para comer, por lo que tienen tiempo.

—Seguimos juntos unos tres años más, hasta que estuvieron a punto de pillarnos y decidimos separarnos por un tiempo para dejar que las cosas se calmasen. Después, simplemente cada uno hizo la suya y yo comencé a actuar en solitario haciendo algún trabajo para otra gente.

Virginia la escucha tan atenta como nerviosa. Cada noche de todos estos años ha pensado en ella, en si habría sido capaz de dejarlo. Ella se consolaba imaginando que sí, que Carla había retomado sus estudios y que probablemente ahora estaría en algún país como Egipto excavando en la tumba de algún faraón.

—¿Y qué ha pasado ahora?

—Me propusieron un trabajo. Un tipo un poco peligroso, es chino.

—Joder, Carla —cabecea Virginia.

—Joder, ¿qué? Tú te largaste y me dejaste tirada, he hecho lo que he podido —le reprocha exasperándose de nuevo.

—Te pedí que te vinieras conmigo —se defiende Virginia, harta de acusaciones—. Te supliqué que me acompañaras —dice señalándola con el dedo.

—¡Cuando tú querías, joder! —grita Carla—. Yo no estaba preparada para dejarlo y ahora mírate, ni siquiera te has retirado. Me dejaste para nada.

Carla se ha puesto roja y siente tanta rabia, que no quiere mirar a Virginia a los ojos para que no le puedan las ganas de llorar.

—No te equivoques, Carla, lo dejé. Estuve más de dos años trabajando como una persona normal, pero pasaron cosas y me vi obligada a volver. Pero lo dejé, nena —añade en voz más baja, como si necesitase que esa parte le quede clara a Carla.

—¿Y por qué no viniste a buscarme cuando te metiste de nuevo en la mierda? —inquiere la ladrona.

—Porque habían pasado dos años, Carla, pensé que ya te habrías olvidado de mí.

Carla suelta un bufido sordo y sardónico por la nariz, dejando claro que eso es imposible.

—No me he olvidado nunca de ti —reconoce mirando al suelo.

A Virginia el corazón le da un vuelco y se tiene que contener para no levantarse y acercarse a ella para devorar su boca como lleva deseando hacerlo desde que llegó anoche. Sabe que no puede, percibe la rabia y el rencor en la expresión corporal de Carla, y por mucho que le pesa, primero debe ocuparse de su problema con Iñaki.

—Yo tampoco me he olvidado de ti, Carla, ni un solo día. Solo quiero que lo tengas claro. Ahora vamos a centrarnos de nuevo, sigue hablándome del trabajo para ese chino.

Carla se pone la mano en la frente. De repente tiene frío y sueño. La inyección le ha hecho efecto, el dolor de su cuerpo ha disminuido por completo y lo que le apetece es tumbarse y cerrar los ojos. Quiere dormir y no despertarse, o despertarse en otro sitio, en una isla desierta donde solo estén ella y Virginia, sin problemas de jarrones chinos ni amigos traidores.

—Estoy agotada —reconoce suspirando y esta vez, Virginia sí que se mueve y se agacha frente a ella.

—Cuéntamelo y nos vamos al apartamento de Amparo. Allí podrás dormir todo el día, te lo prometo —le susurra Virginia.

Se miran a los ojos y, por un momento, Carla siente la tentación de dejarse caer entre sus brazos, pero de nuevo le pueden su orgullo y esa rabia contenida. Sus músculos se tensan y otro calambre le atraviesa las cervicales dejándola más rígida que un palo ante la mirada de desesperación e impotencia de Virginia, que no puede hacer nada para aliviarla, solo esperar hasta que se le pasa y la expresión de su rostro se relaja.

—Era un golpe bastante sencillo si se planificaba bien, y estaba muy bien pagado, medio millón —dice mirando a Virginia, que sigue agachada frente a ella, escuchándola con atención—. Quería retirarme al menos una temporada, Virgi.

Ahora es ella la que de manera inconsciente la ha llamado como lo hacía antes, y Virginia siente tal cosquilleo en el centro del pecho, que tiene que carraspear para que no se le note.

—Estoy muy cansada, siempre pensando en el siguiente golpe, en que no me pillen, moviéndome con gente peligrosa. Con la parte que me quedaría de ese dinero podría retirarme un par de años, tal vez cuatro si me gestionaba bien. Hasta pensaba terminar la carrera —dice y sonríe con cierto aire de añoranza que enternece a Virginia recordándole que cuando la conoció, Carla estaba en su primer año de carrera.

—¿Y qué papel juega Iñaki en todo eso? —pregunta la falsificadora.

—Lo que quería el chino eran unos jarrones, el lugar en el que estaban era bastante accesible con una buena planificación, pero tenía poco tiempo porque los iban a trasladar a un museo, y sabes que Iñaki es un genio planeando golpes.

—Sí —reconoce Virginia.

—Contacté con él, le propuse el golpe y aceptó. Él tenía a su propio equipo ya formado, y yo me fiaba de él. No sospeché nada en ningún momento. Llegó el día del golpe y entramos él y yo, todo salió perfecto, hasta lo hicimos en menos tiempo del planeado —dice sin poder contener esa sonrisa de satisfacción que Virginia entiende muy bien—, pero cuando salíamos, de repente se giró y me golpeó en la cabeza con una barra de hierro. Me dejó allí tirada y descongeló las imágenes de las cámaras permitiendo que me grabaran.

—Qué hijo de la gran puta —musita Virginia, a la que le sale de dentro.

—El golpe me dejó tan desconcertada que por un momento no sabía lo que me había pasado ni dónde estaba, y me quité el pasamontañas. Ahora no estoy segura de si la cámara que tenía al lado me grabó, llevo dos semanas temiendo que la policía llame a mi puerta en cualquier momento.

—De eso me puedo ocupar —dice Virginia—. Eloy tiene comprados a muchos policías, puedo pedirle que indague un poco, a ver qué tienen.

Carla la mira parpadeando con incredulidad. La posición de Virginia, sin duda, es muy diferente a la suya. Ella sigue siendo una ladrona, con más experiencia que antes, pero ladrona que se tiene que arriesgar con cada golpe. Sin embargo, la que fue su mentora y la introdujo en ese mundo, sigue siendo una delincuente que parece vivir protegida por una cámara de cristal que le permite llevar una vida tranquila y dormir por las noches sin tener que dejar un ojo abierto.

—¿Por qué ibas a hacer eso? —pregunta Carla ceñuda.

—¿Cómo que por qué? —se ofende Virginia sentándose en la silla de nuevo.

Las rodillas le crujen después de tantos minutos en la misma posición y se las masajea ante la

mirada muda de Carla.

—Lo haré porque somos...

Virginia iba a decir amigas, pero sabe que no son eso. Lo que ellas son ahora mismo es algo que es incapaz de definir.

—Lo haré porque me importas y punto. ¿Qué pasó después?

—De Iñaki no sé nada, aunque tampoco he tenido mucho tiempo para buscarlo, me preocupaba más el chino. Ahora le debo los ciento cincuenta mil que me dio de adelanto para material y quiere los jarrones.

—Imagino que la paliza es cosa suya —dice Virginia apretando la mandíbula.

—Sí.

—¿Cuánto tiempo tienes?

—Una semana. Ayer le di todo lo que tenía, ese es el tiempo que he podido comprar —responde hundida.

—Está bien, arriba —dice tendiéndole las manos para que se levante—. Te voy a llevar al apartamento de Amparo. Después volveré para tener una charla con Eloy y pedirle que investigue lo de las cámaras. Cuando regrese, pensaremos la manera de solucionar esto, Carla, tú no te preocupes.

La expresión de Carla es de absoluto desconcierto, quiere decirle que no, que se las puede apañar sola, pero sabe que no es cierto. Además, al lado de Virginia siempre se ha sentido segura, y ahora la necesita más que nunca, porque siente que ya no le quedan fuerzas para seguir luchando, que sin ella se hunde, por eso fue en su busca y no porque tenga miedo de que la maten.

Capítulo 8

Virginia llega a su casa al mismo tiempo que lo hace Eloy. Ha dejado a Carla instalada en el apartamento de Amparo, situado a media hora de allí, y ha vuelto para coger algunas cosas y mantener una charla con su marido.

Durante el trayecto de vuelta no ha dejado de darle vueltas a todo lo que le ha explicado Carla. Virginia ha maldecido a Iñaki en los tres idiomas que conoce, todavía sorprendida de que haya sido capaz de traicionarla de ese modo. Ella lo conoce mejor que nadie, Iñaki y ella empezaron juntos a dar golpes cuando comenzaron a salir. Al principio eran solo pequeños atracos a gasolineras donde él entraba y ella lo esperaba en el coche para salir huyendo, pero después él comenzó a aspirar a más y a ella le podía la adrenalina, así que, incluso cuando su relación de pareja se fue al traste, siguieron trabajando juntos.

Conforme sus aspiraciones crecían, también lo hacían las necesidades de ampliar el equipo, por lo que primero llegó Ángel, un mecánico capaz de manipular cualquier elemento electrónico, y por último llegó Carla a pesar de que Virginia trató de impedirlo por activa y por pasiva desde el principio.

—¿Dónde está?

La voz de Eloy cuando baja del coche la devuelve a la realidad.

—Fuera de casa, como querías —contesta ella sorprendida de que Amparo no le haya dicho nada todavía.

Los dos entran y se dirigen hacia la cocina donde él saca dos cervezas y le entrega una a ella.

—¿Qué vas a hacer? —inquire Eloy muy serio.

—Ayudarla.

—No me gusta, Vir, ya te dije que nos traerá problemas —niega él con un movimiento seco de cabeza.

—A ti no te va a salpicar, no te preocupes.

—Sí que me preocupo, nuestro negocio no puede verse afectado.

Eloy se mueve nervioso por la cocina hasta que se detiene frente a ella.

—Su problema no tiene nada que ver con nosotros ni con ninguno de nuestros clientes. Es algo diferente y lo puedo solucionar. Solo necesito que hagas alguna pregunta por ahí, y sacar todo el dinero en efectivo que podamos.

—Lo sabía —resopla Eloy.

—¿Sabías el qué? —se envalentona ella—. Con mi parte puedo hacer lo que me dé la gana.

Eloy le clava un dedo en el pecho y la empuja hasta que la espalda de Virginia se encuentra con la pared.

—Si nos va tan bien es porque no hacemos movimientos que levanten sospechas, y tú lo sabes —dice conteniendo la ira, y ahora quita el dedo de su pecho para cogerla por el cuello.

—Ya lo sé —dice ella mirándolo a los ojos mientras respira acelerada—. No quiero nada que nos comprometa, solo que saques lo que puedas y lo hagas cuanto antes.

Él aprieta la mandíbula, y con ella también la presión de su mano sobre el cuello de Virginia.

—Puedo conseguir cincuenta en un par de días y otros cincuenta el lunes. ¿Te sirve?

—Consigue otros cincuenta para el miércoles —exige ella.

—Como esa exnovia tuya me cause un solo problema...

—¿Qué, Eloy? —se enfrenta ella altiva.

Eloy aprieta un poco más, esta vez sí que comienza a dificultarle la respiración.

—No pongas en riesgo mi negocio, Virginia, sabes que eso es sagrado.

Virginia lo coge por las pelotas y aprieta hasta que él se pone rojo.

—Nuestro negocio, Eloy, no te equivoques —dice y los dos sonríen.

Virginia nota como la erección de su marido se hace cada vez más evidente y no puede evitar sentir excitación. Los dos se sueltan, y él se acerca hasta que se pega a ella y se restriega antes de cogerla por las nalgas y levantarla para que ella lo rodee por la cintura con las piernas.

—Tú sigue ocupándote de tu parte y yo de la mía —le susurra ella sin dejar de pensar en Carla.

Eloy le desabrocha el pantalón de lino y se lo abre sin dificultad. Virginia no se opone, la aparición de Carla la tiene sumida en un estado emocional que no controla y piensa que un poco de desahogo no le vendrá mal.

—Tendrás el dinero —jadea su marido entrando en ella.

Virginia asiente y traga saliva. Por un momento siente que está traicionando a Carla y le entra una especie de nebulosa en la cabeza que no la deja reaccionar. Solo jadea con los ojos cerrados mientras piensa en ella, en lo mucho que la desea y en que necesita que Carla deje de culparla por haber intentado reconducir su vida aunque no saliera bien.

Cuando terminan ella está sentada sobre la encimera de la cocina sin tener muy claro en qué momento su marido la ha apoyado ahí. Mientras él se abrocha los pantalones, ella se queda quieta en la misma posición intentando centrarse.

—Estaré fuera unos días, si hay algo urgente, puedo hacerlo, pero te agradecería que solo aceptes cosas de las que puedas ocuparte tú —dice finalmente, bajando al suelo para dirigirse al baño.

Eloy la sigue y observa embelesado como se desnuda y se mete en la ducha. Siempre se ha preguntado qué fue exactamente lo que se rompió entre ellos, porque Eloy nunca lo ha tenido claro. Solo sabe que un día Virginia le dijo que se había acabado y que él lo aceptó porque se sentía culpable de engañarla siempre que tenía ocasión.

—Lo intentaré, pero no te prometo nada.

Virginia le explica lo de las cámaras de seguridad y le pide que se entere de qué tiene exactamente la policía sobre ese robo.

—Eso me va a costar un buen fajo de billetes, ¿de verdad vale la pena esa mujer?

—Daría hasta mi último céntimo por ella —responde Virginia mientras se viste—. ¿Puedes hacerlo o no?

—Sabes que sí, pero necesitaré un par de días o tres.

—Vale.

—No me gusta esto, Virginia, ¿no puede acudir a nadie más?

—Yo la metí en este mundo de mierda, Eloy —dice ella soltando un bufido.

—Dudo mucho que le pusieras una pistola en la cabeza. Además, si no recuerdo mal, le ofreciste la oportunidad de salir y la rechazó, no le debes nada.

—Tienes razón, no le debo nada, pero la quiero y voy a ayudarla, igual que haría contigo —zanja dándose la vuelta.

Virginia abre una maleta y mete ropa para ella y para Carla. Siempre han tenido más o menos la misma talla, aunque ella es un poco más alta que la pelirroja.

Eloy, resignado, abre la caja fuerte de la habitación y saca algunas cosas mientras ella

termina de preparar todo lo que necesita.

—Toma —dice entregándole dos mil euros en efectivo y una pistola.

—No quiero el arma —protesta ella y la rechaza.

—Cógela, Vir. No sé en qué mierdas anda metida tu amiguita, pero no me fío.

Como ella no se mueve, Eloy la mete entre la ropa de la maleta y después abre una caja de la que extrae dos teléfonos móviles nuevos y le entrega uno a ella.

—Usemos estos hasta que resuelvas el asunto. Tú solo tienes mi número y yo el tuyo.

—De acuerdo —acepta Virginia.

Le da un beso en los labios y coge la maleta dispuesta a marcharse.

—Ten cuidado, Vir.

—Tranquilo, tú llámame en cuanto sepas algo de esas cámaras.

Capítulo 9

Carla consigue descansar un poco, pero se despierta mucho antes de que vuelva Virginia y no puede evitar que su mente se centre en esa rabia que la envuelve cada vez que piensa en ella. En realidad, no es de que la dejara de lo que Carla la culpa y por lo que le genera esa inquina que a veces no controla, su indignación viene porque sabe que todo ese dolor que soportó con su marcha, no ha servido para nada porque, al fin y al cabo, Virginia no logró su propósito de reconducir su vida y salir de ese mundo de delincuencia.

Todavía recuerda el día que Teresa, la dueña de una tienda de antigüedades para la que Carla hace algunos trabajos de vez en cuando, le contó que había escuchado por ahí que a su antigua novia le iba muy bien, que se rumoreaba que se dedicaba a la falsedad documental y que estaba liada con un hombre.

A Carla la información la dejó clavada en el sitio, durante varios segundos no pudo reaccionar a las palabras de Teresa, que hablaba y hablaba, ajena a lo que ella sentía, pensando que se alegraría de saber algo de su antigua pareja. Por aquel entonces habían pasado casi seis años desde que Virginia la había abandonado, y Carla sintió la imperiosa necesidad de corroborar las palabras que aquella vieja ladrona que se ocultaba detrás de un mostrador, le estaba contando.

Haciendo preguntas aquí y allá, no tardó más que un par de semanas en que alguien le hablase de la tienda de informática que Virginia regentaba en Barcelona con su marido. Marido, aquella palabra fue como una patada en la boca del estómago. Carla no había sido capaz de rehacer su vida porque seguía enamorada de Virginia, y ella no solo la había olvidado por completo, sino que se había casado y era feliz ignorando lo desdichada que se sentía ella.

Desde Tarragona hasta Barcelona no había mucho trayecto. Carla siempre pensó que Virginia estaría mucho más lejos, pero estaba allí, a poco más de una hora y nunca la había buscado, ni siquiera para saber cómo estaba. Decidió ir a verla y decirle lo que pensaba de ella. Se plantó delante de la tienda de informática y esperó hasta que la vio salir. Todo lo que había planeado despotricar se esfumó de su mente en cuanto Virginia comenzó a caminar. A Carla se le escapó el aire de los pulmones al verla, tan sofisticada y elegante, tan guapa y seductora que a su paso era difícil no mirarla. Se quedó pasmada, comprendiendo que en cierto modo, Virginia sí que había cambiado de vida, la suya ya no era una de riesgos diarios, podía salir a la calle y caminar tranquila sin mirar a sus espaldas pensando que en cualquier momento la policía se le echaría encima.

Carla sintió una paz repentina al verla y se limitó a seguirla hasta su casa. Decidió que no tenía derecho a irrumpir en la vida de Virginia y se conformó con eso, con ir a verla desde lejos cuando no podía más, cuando necesitaba un poco de paz interior. Virginia le ha dado eso siempre con su sola presencia. Aunque estuvieran en medio de un atraco, Carla se sentía segura si sabía que Virginia estaba en la furgoneta con los auriculares puestos, anunciándole cada movimiento del exterior mientras la guiaba por el interior. Desde que se fue trabaja tensa, no confía en nadie como en ella, y eso le pesa como todo lo que hay roto en su vida.

La puerta se abre y Virginia entra cargada con varias bolsas que deja sobre la barra americana que separa el espacio de la cocina y el comedor.

—Deberías estar tumbada, Carla, ya has escuchado a Amparo, reposo absoluto un par de días —dice Virginia a modo de saludo.

—¿De verdad pretendes que me pase cuarenta y ocho horas tirada en un sofá? —protesta Carla sintiendo esa rabia que le quema el pecho sin poder controlarla.

—Pues sí —declara Virginia deshaciéndose del abrigo.

Carla se da cuenta de que se ha cambiado de ropa y de que todavía tiene el pelo húmedo. Ya se había duchado esta mañana y viene de hablar con su marido, así que no le cuesta mucho atar cabos y lo que antes le quemaba el pecho, ahora le quema las entrañas.

—Me largo —dice levantándose de forma brusca.

Su cuerpo protesta enviando una serie de pinchazos en forma de dolor que le atraviesan los músculos, pero no se detiene y camina hasta la puerta con demasiado esfuerzo hasta que Virginia le bloquea el paso con su cuerpo.

—¿Me explicas qué coño te pasa, Carla? No estás en condiciones de andar por ahí y te recuerdo que hay un tío que te hará trizas dentro de seis días si no le devuelves el dinero.

—Ese es mi problema. Quédate aquí con tu vida feliz y tu marido perfecto.

Virginia no oculta su sorpresa por el comentario y suspira armándose de paciencia.

—Te he dicho que te voy a ayudar. Eloy se va a ocupar de lo de las cámaras y de conseguirme dinero en efectivo.

—¡No quiero tu puto dinero! —grita Carla fuera de sí—. Ni el de tu marido, puedo arreglármelas yo sola, lo he hecho siempre.

—Ya veo cómo te va —contesta Virginia con sarcasmo.

—Todas no hemos tenido la misma suerte que tú, ya ves.

Virginia suspira rendida y se pasea la lengua por el exterior de las muelas provocando que Carla se quede quieta mirándola.

—Me está costando mucho entenderte, Carla —dice finalmente, con un tono pausado y suave para rebajar la tensión.

A Carla el corazón le late tan fuerte que le está provocando dolor en el esternón y de manera inconsciente, se lleva la mano al pecho.

—No debí venir —susurra para sí, aunque Virginia la escucha.

—Eso ya lo has dicho, pero viniste, y yo me alegro, nena —dice ella.

Virginia le pone la mano en el cuello para que fije la mirada en ella y no en el suelo. Carla siente como el vello se le eriza como en un efecto dominó que recorre todo su cuerpo. Los dedos de la falsificadora sobre su piel le producen una quemazón que la desarma y decide rendirse, al fin y al cabo, no tiene derecho a enfadarse porque Virginia se acueste con su marido, ellas ya no son nada.

—¿Te sientas, por favor? —le pide Virginia acariciándole la mejilla con el pulgar.

Carla aparta la cara y camina hasta el sofá, donde se deja caer con gesto derrotado mientras Virginia la mira con impotencia. Nunca la ha visto así, Carla nunca fue una mujer débil ni dependiente de nadie, y sabe que una parte de su rabia es esa, es porque se ve impotente ante una situación que no puede controlar y eso la frustra, y sobre todo la frustra más tener que pedirle ayuda a ella.

—Te he traído esto —dice Virginia sacando una revista de sudokus de una de las bolsas.

Se la entrega y se sienta junto a ella en el sofá. Carla la abre y se da cuenta de que algunos están resueltos con los números de Virginia.

—A ti no te gustaba hacer sudokus, decías que tú eras de letras —dice Carla recordando algunos de sus momentos juntas.

—Y sigue sin gustarme.

—¿Por qué los haces entonces? —pregunta Carla confusa.

—Porque me recuerdan a ti —reconoce Virginia con un tono tan sincero que Carla no sabe qué contestar.

Clava la mirada en una de las páginas y pasa los dedos resiguiendo la línea de los trazos marcados en los números de Virginia. Lo hace de manera inconsciente, absorta, hasta que Virginia se acerca a su oído para susurrarle.

—Si te piensas que ha habido un solo día en el que no haya pensado en ti, estás muy equivocada —dice y le da un suave beso en la mejilla antes de levantarse.

Carla no puede pensar, y se limita a mirar cómo Virginia saca las cosas de las bolsas. En una trae comida, en la otra teléfonos, un ordenador portátil y una Tablet.

—Nunca me buscaste —dice Carla de sopetón.

Virginia desvía la vista hacia el sofá, pero no deja de hacer lo que hace.

—Si te sientes mejor culpándome de todo a mí, me parece bien, pero te pedí que vinieras conmigo.

—Y yo no estaba lista, ya te lo dije.

Esta vez no discuten, es la primera conversación que tienen sobre el tema sin levantar la voz.

—Y yo te dije que me buscaras cuando lo estuvieras, Carla —zanja Virginia.

Carla se queda con la boca abierta, con las palabras que iba a decirle congeladas en la garganta. Es como si hubiera olvidado aquella frase que quedó enterrada en un lugar muy profundo de su mente, pero es cierto, Virginia se lo dijo. Le dijo que la buscara.

—¿Y qué hubiera pasado si lo hubiera hecho? —pregunta con un deje de provocación en la voz, retadora.

Virginia se gira hacia ella, esta vez sí que deja de sacar cosas de la bolsa.

—Yo siempre estuve convencida de que si un día venías y me decías que lo habías dejado, yo también podría y las dos juntas empezáramos de cero, pero estaba equivocada en una cosa, una que lo fastidió todo entre nosotras, Carla. Por mucho que quiera y que me cueste admitirlo, no puedo dejar lo que hago ahora, me gusta, y soy muy buena.

—Entonces hice bien en no decirte nada —contesta Carla notando la rabia brotándole de nuevo.

—En eso te equivocas —espetea Virginia con ese tono sincero y rotundo, incontestable—. Igual que estoy enganchada a esto, también lo estoy a ti. No he dejado de quererte nunca, Carla, jamás. Ni dejaré de hacerlo.

Tras eso, se da la vuelta y mete un par de bandejas en el microondas mientras Carla la mira pasmada, sin saber lo que significa lo que acaba de decirle.

—¿Y dónde nos deja eso? —pregunta a sus espaldas.

—No lo sé, nena —dice dándose la vuelta, sacando un par de platos y cubiertos como si estuvieran hablando de algo nimio.

—Estás casada —señala Carla.

—Lo que estoy es muy confundida desde que has llegado. Me brota todo, Carla, desde ayer me siento como si el tiempo no hubiera pasado, como si todo lo que sentía por ti solo se hubiera dormido y quedado en letargo.

—Eres una zorra —estalla Carla con los ojos encharcados, incapaz de controlar todo lo que le fluye por dentro con las palabras de Virginia.

Ella acepta el insulto en silencio y sigue preparando la comida. Sabe que Carla no es como ella, es más visceral y mientras la siga culpando de todo, sus conversaciones van a ser todas así,

imposibles de terminar sin discutir.

Virginia pone los platos en la mesa frente a Carla y se sienta a su lado.

—Yo solo quería que las dos saliéramos de aquella mierda, Carla, me da igual si me crees o no. No puedo cambiar lo que hice ni las decisiones que tomé, ni tú tampoco. Estábamos en puntos diferentes en aquel momento, tú acababas de meterte en aquel mundo y yo ya me estaba quemando. No sé qué más decirte, nena, no me voy a disculpar por intentar hacer lo que creí que era mejor para las dos.

—Mejor para ti —la interrumpe Carla.

—Te guste o no, siempre pensaba en ambas, pero sí, ante tu negativa, tuve que elegir lo que era mejor para mí y no me arrepiento. Sigo siendo una delincuente, pero no corro esos riesgos constantes que tanto me agobiaban. Tú disfrutabas durante los golpes, Carla, yo solo los disfrutaba cuando se acababan y después me pasaba un par de días como si me hubiera pasado un camión por encima.

Carla no replica ante eso, sabe que es cierto, que Virginia se ponía tan nerviosa ante la idea de que los cogieran durante el acto delictivo, que después se quedaba tirada durante días porque toda la tensión acumulada le brotaba dejándola exhausta. No era su caso y sigue sin serlo, a Carla le gusta el subidón de ese preciso momento, saber que está ahí, que solo dispone de unos minutos y de que el plan salga perfecto para que no la pillen.

—Dijiste que querías descansar una temporada —dice Virginia mirándola de reojo—. Hasta tú sabes que ese ritmo no se puede aguantar siempre, Carla, tarde o temprano cometerás un fallo, o vendrán más Iñakis. La vida de un ladrón es esa, todo va bien hasta que se comete un error y todo se acaba. Déjame ayudarte con esto. Encontraremos a ese cabronazo y después te haré una identidad nueva, puedo falsificar cualquier documento, podrías trabajar de lo que quieras donde quieras. Retírate, nena, termina la carrera y busca jarrones bajo tierra, no los robes.

A Carla le entra la risa floja y Virginia se deshace cuando aparecen esos hoyuelos diminutos que tanto le gustaba besar en la comisura de sus labios.

—No sé si servirá de algo encontrar a Iñaki —dice algo más relajada.

—Claro que servirá. Iñaki no es tonto. Esto de los jarrones habrá generado mucho revuelo. Conociéndolo, seguro que todavía los tiene y está esperando a que todo se calme un poco antes de moverlos.

Carla asiente comprendiendo que tiene razón, ella está tan ofuscada con todo, que le cuesta pensar con claridad. Debe serenarse y volver a ser la de siempre, la Carla despierta y activa.

—Está bien, vayamos a por ese cabrón —decide Carla.

—Esa es mi chica —sonríe Virginia complacida.

Capítulo 10

—Bueno —dice Virginia limpiándose la boca con la servilleta.

Todos sus gestos son igual de naturales que cuando estaban juntas y, por un momento, Carla siente que han vuelto atrás y que es así, que el tiempo no ha pasado. La mira anonadada, sintiendo el burbujeo en la boca del estómago impidiéndole seguir tragando. Desea a Virginia de un modo casi enfermizo que empeora a cada minuto que las dos pasan juntas.

—Para que esto salga bien, tú y yo tenemos que dejar de discutir todo el tiempo —dice dejando la servilleta a un lado mientras clava esa mirada profunda y oscura como un bosque sobre Carla.

—Yo no discuto —espetea la ladrona.

Virginia arquea una ceja y sus labios se curvan levemente hacia arriba por la izquierda en un gesto despiadadamente seductor que turba a Carla.

—Tal vez un poco —reconoce nerviosa.

—La prioridad ahora mismo es resolver tu problema, porque es serio, Carla —dice Virginia recuperando un gesto neutro—. Tienes que dejar de echarme en cara lo que pasó a cada oportunidad que tienes. ¿Crees que puedes hacerlo y dejarlo para cuando todo esto termine? Necesitamos estar centradas.

—Yo estoy centrada, eres tú la que se dispersa y hace que discutamos.

Virginia no puede creerse lo que escucha, no sabe si Carla le está tomando el pelo o solo trata de provocarla.

—Eres tú la que me ataca constantemente. O nos centramos en buscar al cerdo de Iñaki o en discutir, pero las dos cosas no, Carla.

—¿No? —pregunta con un tono vacilón que hace resoplar a Virginia—. Cuando estabas conmigo eras muy capaz de hacer dos cosas a la vez, igual es que estar con un tío te ha vuelto un poco tonta.

Carla no entiende qué le pasa en la boca, sabe que debería callarse y aceptar que Virginia tiene razón, pero siempre le gustó provocarla porque sacarla de sus casillas le resultaba muy fácil y la versión cabreada de Virginia era algo que la ponía muy cachonda y que ha echado de menos todo este tiempo.

—Mira, nena —le advierte Virginia acodándose en la mesa para acercarse un poco a ella mientras la mira fijamente—. Yo soy perfectamente capaz de hacer dos y varias cosas a la vez, pero discutir contigo me da ganas de follar y tú lo sabes, y estar cachonda es la única cosa que no me deja pensar.

A Carla las piernas comienzan a tintinearle como si fueran un flan.

—¿No te ha dejado satisfecha tu marido?

—Joder —bufa Virginia pasándose una mano por los ojos.

Se levanta y recoge los platos mientras se pregunta si ha sido buena idea quedarse allí con ella. Tal vez lo mejor sea contratar a alguien para que la ayude y desvincularse por completo de su exnovia, porque está claro que Carla es una bomba de relojería incontrolable.

Carla la mira arrepentida por lo que acaba de decir, sabe que no tiene derecho y que, además, ha acabado con la posibilidad de besar a Virginia, porque esa era su intención antes de que su

lengua la traicionara y soltara esa grosería que no venía a cuento.

—Sí que puedo —dice con la mano en el esternón, el efecto del pinchazo se le está pasando y el dolor punzante comienza a hacer acto de presencia.

—Sí que puedes, ¿qué?

Virginia coge las pastillas que le ha dado Amparo y le lleva una que Carla se toma sin protestar.

—Portarme bien —dice como una niña traviesa—. No te atacaré más.

Carla no es capaz de mirarla cuando lo dice porque ni siquiera ella misma tiene claro que pueda cumplir su palabra, pero las dos se conforman con eso.

—Eso espero —remata Virginia sentándose a su lado en el sofá—. Hay que comenzar por localizar a Iñaki, yo ahora mismo estoy muy oxidada en ese mundo —añade mirando a Carla mientras deja caer la cabeza hacia el lado.

Carla comprende lo difícil que será todo teniéndola tan cerca.

—Ahora mismo estará muy bien escondido —dice ella cerrando un momento los ojos.

—¿Cómo lo localizaste para el golpe? —pregunta la falsificadora.

—Eso fue diferente, Virgi. En ese momento Iñaki no me había traicionado, éramos amigos y solo tuve que hacer unas cuantas preguntas a algunos conocidos comunes para que me dijeran dónde estaba. ¿De verdad piensas que me lo van a decir ahora?

—Tienes razón —admite Virginia.

—Hacía mucho que no sabía nada de él, y preparar el golpe tan precipitadamente no nos dejó tiempo para ponernos al día, así que no sé nada de él, no sé si tiene novia, si sigue viviendo en Tarragona ni con quién se mueve. No conocía a ninguno de los tipos que trajo para el golpe.

—¿Dónde lo localizaste?

—En un bar, pero no será tan estúpido como para volver allí.

—No te desanimes —sin querer, le ha puesto una mano sobre el muslo que retira rápidamente cuando los ojos de Carla se le clavan como dos cuchillos con la hoja ardiendo—. Habrá que sacudir mantas y volver a visitar a algunas personas.

—Las cosas no son cómo eran cuando tú estabas, Virginia. No esperes encontrar a toda la gente que conocías, muchos están en la cárcel, otros fugados y alguno que otro bajo tierra.

—Entiendo —dice Virginia tragando saliva—, pero alguien quedará que sepa dónde está, ahora descansa —añade antes de impulsarse para ponerse en pie.

—¿Tú qué vas a hacer?

—Dar un paseo, necesito despejarme y pensar.

Carla no la retiene. Hay muchas cosas en Virginia que no han cambiado nada, como esos momentos de soledad que necesitaba para centrarse. Probablemente, cuando vuelva no habrá sacado nada en claro, pero estará serena y decidida, imparable, y con eso es suficiente.

Al contrario de lo que Carla piensa, el paseo sí que le ha servido a Virginia para decidir algunas cosas. Puede que tiempo atrás solo necesitase la soledad de sus paseos para serenarse y que no le aportasen nada más, pero desde hace mucho tiempo también le sirven para ordenar las ideas que a veces se le mezclan confundiéndola. Ha estado pensando en el problema de Carla, separando lo que ella siente, centrada solo en lo que deben hacer, y si hay algo que Virginia ha aprendido en su negocio con Eloy, es que la prudencia es esencial en un mundo tan peligroso como el suyo.

Virginia hace una llamada a Amparo para pedirle que le traiga algunas cosas cuando vaya a visitar a Carla mañana por la mañana. Después entra en el apartamento y se la encuentra profundamente dormida en el sofá. Se sienta a sus pies y se los tapa cuando descubre que

sobresalen por debajo de la manta.

Carla se encoge un poco y Virginia se limita a mirar cómo respira pausadamente. A Carla la relaja la presencia de Virginia, a Virginia la relaja verla dormir, solía hacerlo siempre por las mañanas. Levantarse antes que ella y quedarse unos minutos en la habitación mirando cómo dormía antes de ir a preparar café. La ha echado tanto de menos que no sabe si ahora que la tiene ahí, será capaz de dejarla escapar de nuevo.

Capítulo 11

A la mañana siguiente son los tres golpes secos y contundentes contra la puerta los que despiertan a Virginia. El apartamento de Amparo solo dispone de una habitación, así que se la cedió a Carla para que descanse como debe en una cama y ella ha pasado la noche en el sofá.

Se levanta con la mente un poco abotargada y comprueba en el reloj de pulsera que le regaló Eloy, que son casi las nueve de la mañana. Se sorprende de haber dormido tanto y se levanta descalza para abrirle a Amparo.

—Podrías haber utilizado tus llaves —dice somnolienta cuando la doctora entra y la besa en la mejilla.

—He estado a punto, no te creas —responde dejando el maletín y una bolsa sobre el sofá mientras Virginia cierra la puerta—, pero he pensado que era mejor llamar, vaya a ser que entre y me encuentre con una escena que me cueste quitarme de la cabeza.

Virginia la mira de arriba abajo y sonríe mientras se dirige a la cocina en busca de la cafetera.

—No será la primera vez que me ves desnuda —espeta haciendo que el rubor invada las mejillas de Amparo.

—Te aprovechaste de mí cuando estaba débil —se defiende y se acerca a ella para servirse una taza de café.

—Ya, claro.

Amparo se ríe y da un sorbo a la taza después de apoyar el culo en la encimera para observar a su amiga.

—¿Cómo estás? —le pregunta y Virginia la mira confundida.

—¿Cómo estoy? Pues bien, que yo sepa.

—Eloy dice que su aparición te ha afectado —dice bajando mucho el tono de voz mientras señala con la cabeza la habitación donde descansa Carla.

—Qué sabrá Eloy... —murmura Virginia removiendo el café.

—Lleváis unos cuantos años casados, digo yo que algo te conocerá. Además, nunca has escondido lo que sigues sintiendo por ella, Vir, no me digas que estás bien porque no me lo creo.

Virginia mira hacia la puerta de la habitación e infla los pulmones cogiendo todo el aire que es capaz de retener hasta necesitar soltarlo.

—No sé cómo estoy, la verdad. Es como si existiera una fuerza magnética que me empuja hacia ella constantemente, algo a lo que no puedo resistirme. Tengo la extraña sensación de que el tiempo no ha pasado, sigo sintiendo lo mismo que sentía, incluso más intenso.

—¿Y ella?

—Ella... —repite sonriendo—. Ella me culpa de todo lo que ha pasado. No puedo mantener una sola conversación sin que discutamos, es todo muy raro, y agotador.

—¿Y Eloy? ¿En qué lugar queda él en todo esto?

—Joder, Amparo. No lo sé. Hace un día que Carla ha vuelto a mi vida, ¿no te parece un poco pronto para preguntarme por eso?

—Tienes razón, perdona. Es que si vosotros os separáis...

Virginia pone los ojos en blanco y cabecea.

—¿Tanto te gusta?

Su amiga no contesta, no se siente cómoda si reconoce que se está enamorando.

—Tú ya sabes el tipo de relación que tengo yo con Eloy, Amparo. No esperes a lo que yo decida para decidir tú. Si quieres algo serio, lo tienes que hablar con él, no conmigo.

—Lo sé, pero él sigue sintiendo algo por ti por mucho que lo niega, algo más que ese cariño del que los dos habláis.

Virginia se queda muy quieta, sorprendida.

—Pues no es mutuo, Amparo. Eso sí, ten claro que no te será fiel nunca, es incapaz.

La puerta de la habitación se abre y las dos amigas se quedan en silencio observando caminar a Carla con pasos cortos y torpes hasta el sofá, donde se sienta después de saludarlas a ambas.

—¿Qué tal hoy? —se interesa Virginia.

—Mejor, creo —responde Carla y su exnovia se ríe.

—Qué mal mientes, nena —dice y le da un beso en la cabeza—. Te duele, ¿no?

Carla asiente con algo de turbación. Debería haberse tomado el analgésico hace más de dos horas, pero ninguna se ha despertado y eso ha roto ese efecto anestésico que tenía en el cuerpo.

—No te tomes la pastilla, te pincharé otra vez —decide Amparo.

Virginia vuelve cuatro horas más tarde satisfecha con el trabajo que ha hecho para Carla. Al entrar de nuevo en el apartamento, se la encuentra observándola desde el otro lado de la barra que separa la cocina del comedor.

—Estás increíble —dice Virginia en un arrebato de sinceridad.

Mientras ella no estaba, Amparo se ha encargado de teñir el pelo de Carla tal y como le pidió Virginia.

Carla no responde. La ha estado sondeando desde que ha entrado por la puerta en busca de una prenda diferente en su atuendo, en un cambio en su pelo, en una señal que indique un nuevo encuentro sexual con su marido. No lo encuentra por ningún sitio, y siente un alivio desmesurado que le relaja todos y cada uno de los músculos del cuerpo.

—¿Él no estaba? —pregunta sin poder contenerse.

—¿Eloy? —pregunta a su vez Virginia.

—Sí.

Cuando la falsificadora entiende lo que ocurre, se quita el abrigo y se dirige hacia la cocina, situándose muy cerca de la ladrona. Virginia deja la documentación falsa sobre la barra y la mano apoyada ahí, al lado de la de Carla.

—Claro que estaba, pero si lo que te preocupa es saber si me lo he follado, la respuesta es no. Así que tranquila —aclara sin dejar de mirarla.

—¿Por qué no?

La pregunta sorprende un poco a Virginia, pero también le gusta.

—¿Por qué no me lo he follado? —pregunta provocadora.

—Sí.

Carla no titubea, le ha clavado su mirada verdosa y ni siquiera parpadea porque quiere una respuesta. Virginia se mantiene impertérrita, impidiendo que note que el corazón le está latiendo con furia entre las piernas.

—No me apetece follarme a Eloy, me apetece follarte a ti.

Virginia le coge un mechón de pelo y lo pinza con los dedos antes de dejar que resbale entre ellos y vuelva a la misma posición al lado de su cuello.

—Tienes muy poca vergüenza —dice Carla soportando los espasmos que la obligan a apretar los muslos y cerrar las piernas.

—Ninguna. Y ahora sé educada, te he dicho que estás muy guapa, podrías darme las gracias.

—No has dicho que estoy guapa, has dicho que estoy increíble —puntualiza Carla con una sonrisa chulesca.

—Así que cuando quieres me escuchas.

—Solo cuando quiero —confirma dejando que un dedo roce la mano de Virginia de manera sutil y provocadora.

—¿Y qué más has escuchado que te interese?

Virginia se ha pegado tanto a ella, que el aire ya no pasa entre ninguna.

—Que quieres follarme, pero eso no va a pasar, Virgi, porque tenemos que estar centradas. ¿Recuerdas?

Carla la esquivo y sale de su encierro sin tener muy claro de dónde ha sacado esa fuerza de voluntad. Cuando ha alcanzado cierta distancia y se siente a salvo del peligro, se gira y la mira a los ojos.

—¿Cómo lo haces, nena? —pregunta Virginia—, porque estoy tan cachonda que me estoy mareando.

A Carla se le escapa una risilla nerviosa y se lleva la mano al pecho, orgullosa de poder joderla aunque también se esté jodiendo ella.

—Serán las pastillas que me atontan.

—Seguro que es eso —acepta Virginia resignada.

—¿No te gusta mi color natural?

La pregunta de Carla descoloca a Virginia por un instante, pero después sonríe y se pasa la lengua por el exterior de las muelas mientras busca la respuesta correcta.

—Claro que me gusta, pero el cambio también te sienta bien —dice y le guiña un ojo—. Además, es justo como hemos dejado tu imagen retocada por programa —añade mostrándole la documentación falsa.

Carla se acerca con curiosidad y le quita el documento de las manos, observando con asombro que no solo parece real, sino que Virginia ha utilizado una fotografía suya que acaba de reconocer muy bien. La primera que se hicieron juntas. La ha retocado hasta dejar solo su cara, parece tan real que hasta da miedo.

—¿Irene?

—Olvidé preguntarte cómo te querías llamar —se encoge de hombros Virginia.

Carla suspira y la mira con una sonrisa tonta. Sabe que Irene no es un nombre elegido por puro azar, Irene es el nombre que Carla dijo que le pondría a su hija si alguna vez tenía una, y Virginia se acuerda.

Capítulo 12

Al día siguiente las dos se levantan temprano, no solo para no perder el hilo de la medicación de Carla, también porque no pueden permitirse perder más tiempo si quieren encontrar a Iñaki y recuperar los jarrones. Desayunan envueltas en un silencio tenso, Carla porque volver a Tarragona la pone nerviosa, allí podría cruzarse con los chinos en cualquier momento y, aunque sabe que todavía dispone de tiempo, no puede negar que les tiene mucho miedo. Virginia porque hace mucho que se desvinculó del mundo de los robos y que dejó atrás esa ciudad con la idea de alejarse de todo. En los ocho años que han pasado, no ha vuelto a poner un pie por allí y, en el fondo, teme que si vuelve a implicarse, se acomode y acabe volviendo a los atracos junto a Carla.

—¿Qué tienes pensado hacer? —le pregunta Carla rompiendo el silencio.

—¿Sobre qué?

—Cuando lleguemos allí.

—Lo primero que haremos será buscar algún hostel cutre donde no llamemos mucho la atención. Ir y volver cada día no es una opción, no estamos para perder tiempo y supongo que tu apartamento es mejor descartarlo.

—Salvo que quieras recibir la desagradable visita de unos chinos —intenta bromear Carla, aunque a Virginia no le hace ninguna gracia.

—¿Son de allí? Los chinos, digo.

—¿De Tarragona? Yo qué sé, a mí me dieron el contacto y me reuní con ese tío en un restaurante asiático de Tarragona, pero no sé si son de allí o de cualquier otro sitio. Tranquila, sigo tu norma a rajatabla, no robo donde vivo, pero los contactos...

—Ya.

Tres horas más tarde ya están en Tarragona registradas en un hostel de la periferia de la ciudad. Las dos han estado de acuerdo en coger una sola habitación para poder planificar y hablar de todo lo necesario sin tener que ir de una a otra, eso sí que llamaría la atención. El sitio en sí no está mal del todo, el ascensor funciona y parece bastante nuevo, tiempo atrás se habían alojado en sitios mucho peores, así que no se pueden quejar.

Cuando entran en la habitación a Virginia le entra un poco de claustrofobia, es muy pequeña y las dos camas están tan juntas que apenas hay espacio para pasar por el medio. La que da al lado de la ventana tiene una mesita redonda en la esquina con una lámpara antigua y un solo enchufe.

—O enchufamos la lámpara o el cargador del móvil —dice Carla con cara de circunstancias.

La cama que da a la parte del armario es incluso peor, esa no tiene mesilla y en su lugar hay una silla tapizada con cuero.

—En la recepción no parecía tan espantoso —comenta Virginia horrorizada.

Mira la puerta del baño y no se atreve a abrirla. En su lugar lo hace Carla tratando de contener la risa ante el gesto disgustado de Virginia, acostumbrada a una vida acomodada que ahora echa de menos.

—Si entras de lado y encoges el estómago, podrás mear.

—No me jodas, nena.

Virginia la aparta como puede y se asoma al baño para comprobar horrorizada que no le miente, es tan estrecho que, para pasar hacia la ducha, tiene que colocarse a un lado de la puerta, cerrarla y después pasar al otro. Carla ya no puede contenerse y suelta una risotada que resuena con eco por toda la habitación.

—¿Te diviertes? —pregunta Virginia mirándola con medio cuerpo metido en el baño.

Carla se encoge de hombros sin dejar de sonreír y de repente, a Virginia ya no le parece tan malo estar ahí.

—Podemos buscar otro sitio si quieres —propone Carla—, una cosa es discreción y otra que a ti te entre urticaria.

—No, tranquila, con suerte no estaremos aquí más de un par de noches. En esta zona no hay cámaras de seguridad en la entrada ni en los negocios de alrededor, es un buen sitio.

Carla sonríe al comprobar que Virginia sigue fijándose en todos los detalles. Recuerda esos tiempos en los que una barrida visual en una calle le servía para memorizar todos los negocios que tenían cámaras. Después era ella misma la que, con sus artimañas y esa sonrisa seductora, se encargaba de descubrir cuáles de ellas grababan y cuáles estaban solo como medida disuasoria. La memoria excelente de Virginia fue un recurso que echaron mucho de menos cuando se marchó.

—¿Cómo te encuentras? ¿Estás cansada? —se preocupa cuando Carla se sienta en una de las camas.

—No. Solo es un poco de dolor, pero nada que no pueda aguantar. Deberíamos ir a comer algo y decidir por dónde empezamos.

—Sí, vale. ¿Qué cama te quedas?

—Escoge tú, a mí me da igual —dice Carla, que trata de suavizar su carácter explosivo con ella todo lo que puede.

Virginia puede ser culpable de dejarla o no, pero está ahí para ayudarla y Carla sabe de sobra que sin ella, sus posibilidades de salir del embrollo en el que Iñaki la ha metido, son prácticamente nulas.

—Me dan las dos el mismo repelús —dice Virginia deshaciendo la que está al lado del armario—. Al menos las sábanas están limpias.

Carla se ríe sin poder aguantarse.

—No sabía que te hubieras vuelto tan refinada, no te pega nada, ¿sabes?

Esta vez la que sonríe es Virginia, que echa la vista atrás y piensa en que antes le daba igual donde dormir siempre que Carla estuviera a su lado.

—Será la edad. Venga, vámonos.

Para la comida Virginia no perdona, se niega a comer en un bar cutre que le deje la ropa con olor a fritanga, así que se acercan al paseo marítimo y comen en un restaurante con vistas al mar mientras planean el siguiente paso.

—¿Qué sabes de Ángel? —pregunta Virginia mientras degustan la paella que han pedido.

—Nada. Lo mismo que de Iñaki, desde que nos separamos no he vuelto a saber de él.

—Quizá él sí que sepa dónde localizarlo.

Carla está de acuerdo, es el cuarto integrante de la que fue la banda al completo, si alguien puede saber algo de Iñaki, ese es su otro compañero, tal vez ellos sí que mantuvieron el contacto después.

—¿Por qué no contaste con él para ese golpe? —pregunta la falsificadora.

—Quise hacerlo, pero Iñaki dijo que ya tenía a su propia gente y que no quería alterar el orden del grupo. No sé cómo no me di cuenta de que yo también sobraba.

—Tú eras su pieza esencial, le diste la información y eras su elemento clave para extraer los jarrones. No te agobies, no podías adivinar sus intenciones.

Virginia le ha puesto una mano sobre el brazo que retira rápidamente cuando los ojos verdes de Carla se le clavan como dos estacas. No aguanta su contacto sin que la piel le arda, y si quiere mantener la mente fría y conseguir la información que necesita, entre ella y Virginia tiene que haber cierta distancia.

—Perdona, a veces tengo la sensación de que el tiempo no ha pasado —se disculpa Virginia meditabunda.

—Pero sí que ha pasado, Virginia —replica Carla un poco tensa.

—Lo sé. Tómate la pastilla y nos vamos al taller donde trabaja Ángel, a ver que nos cuenta.

Capítulo 13

Virginia y Carla esperan en una cafetería hasta que el taller en el que su amigo trabajaba sube la persiana para abrir durante el turno de la tarde. Se lo toman con calma y dejan pasar varios minutos para no parecer unas desesperadas. No han visto entrar a Ángel, pero saben que el taller dispone de una puerta trasera por donde acceden los empleados.

—¿Qué decimos? ¿Preguntamos por él sin más? Si está don Eusebio nos va a reconocer y no le hará ninguna gracia vernos por aquí, igual ponemos a Ángel en un compromiso —opina Carla—. Quizá es mejor esperar a que cierren y esperarlo en el callejón trasero.

Eusebio Flores es el dueño del taller mecánico que tienen delante, ambas lo recuerdan de los viejos tiempos, malhumorado y ceñudo. Había despedido tantas veces a Ángel y vuelto a contratarlo en sus arrebatos de furia, que su compañero ya no se lo tomaba en serio. A ellas las conocía de haberlas visto alguna vez esperarlo en la puerta junto a Iñaki. En los últimos meses antes de la marcha de Virginia, los rumores sobre que no andaban metidos en nada bueno ya circulaban por el barrio y don Eusebio advirtió un par de veces a su pupilo de que se anduviera con ojo con sus amistades. En el fondo era un ingenuo que pensaba que el único motivo por el que Ángel se juntaba con aquel grupo, era por lo guapas que eran las dos mujeres.

—A mí puede que me reconozca, pero a ti lo dudo con ese cambio de estilo tan radical —dice Virginia mirándola de arriba abajo.

—Claro, mi ojo morado no creo que le llame la atención en absoluto —se ríe Carla.

—A la mierda.

Virginia la coge de la mano y las dos cruzan la calle y entran por la puerta grande del taller. Se ha estado fijando y no ha visto a don Eusebio entre los coches, así que es buen momento para aprovechar.

—Perdona —dice Virginia.

Un chaval que se le antoja demasiado joven levanta la cabeza de un motor y se las queda mirando a ambas con cara de pasmado.

—¿Traen un coche? Tendrán que hablar con el encargado.

El muchacho les señala a otro hombre más fornido que se encuentra junto a la entrada del despacho hablando por teléfono. No hay ni rastro de Ángel por ninguna parte, aunque tampoco ven a don Eusebio.

—No traemos nada, en realidad, venimos buscando a alguien. Tal vez nos puedas ayudar.

Virginia deja un billete de veinte euros delante del chaval sin que nadie lo vea. El joven es rápido y lo coge de inmediato y se lo mete en el bolsillo.

—Si quieren les puedo indicar, es fácil llegar desde aquí —dice guiándolas hacia la calle.

—Joder con el mocos, qué rápido aprenden por aquí —masculla Carla sorprendida ante la sonrisa contenida de Virginia.

—¿A quién buscan? —pregunta el chaval una vez en la calle, señalando hacia la izquierda como si les diera indicaciones.

—A un compañero de colegio, Ángel Moreno —se adelanta Carla.

El chaval parpadea un par de veces y menea la cabeza de manera negativa confirmando las sospechas de ambas.

—Ese ya no trabaja aquí, lo metieron en el trullo hace tiempo y mi tío no quiso contratarlo cuando salió.

—¿En la cárcel? —pregunta Virginia sobrecogida.

—Sí, no sé mucho más. Por ahí dicen que él y otro tío dieron un palo en una joyería y los trincó la policía en pleno atraco. Le cayeron unos meses, pero mi tío ya no se fía de él.

—Entiendo. ¿Sabes dónde podemos encontrarlo? —pregunta Carla compungida.

—Ni idea. Por aquí no ha vuelto desde entonces. Lo siento.

—Está bien, gracias por las indicaciones —dice Virginia despidiendo al chaval.

Durante la siguiente media hora las dos caminan sin rumbo fijo en completo silencio. A Carla se le ha instalado un nudo de ansiedad en la boca del estómago del que no logra deshacerse. Se imagina la situación de Ángel, a la policía deteniéndolo en medio de la calle y se ve a sí misma. Ella también podría haber acabado entre rejas, y no hay nada que le dé más miedo que eso.

Virginia simplemente está desconcertada y muy disgustada por lo que le ha pasado a Ángel. Aunque no debería, se siente mal por haber sabido retirarse a tiempo y haber tenido la oportunidad de destacar en algo menos peligroso, al menos, no tan expuesto como sus andanzas anteriores. Ella y Eloy siempre han dado prioridad a la seguridad, si algo no les huele bien, simplemente no lo hacen aunque la cantidad de dinero sea tentadora. Sus amigos no han tenido su misma suerte y su angustia se debe a que sabe que si Carla no se aleja de ese mundo pronto, al final correrá la misma suerte que Ángel.

—Pobre Ángel —dice Carla rompiendo el silencio.

Las dos se detienen y Virginia tira de ella guiándola al interior de una cafetería.

—Al menos ya está fuera.

La mirada de ambas se cruza y esbozan una mueca de tristeza, empatizando con su compañero de tal modo, que tienen que tragar para deshacer el nudo que tienen en la garganta.

—Hay que encontrarlo, sin él será difícil dar con Iñaki —dice Virginia después de pedir un par de cafés a la camarera—. Tómate la pastilla, ya te toca.

Carla comprueba su reloj sorprendida y suelta un bufido. Que Virginia esté tan pendiente de ella no sabe si le gusta o le preocupa. No quiere volver a acostumbrarse a ella, a su presencia y a sus atenciones, a volverse adicta a su sonrisa otra vez y no aguantar levantarse y no tenerla a su lado. Cuando todo acabe, Virginia volverá a su vida con el tonto ese de su marido y ella volverá a quedarse sola y desolada, echándola de menos de un modo enfermizo. Se traga la pastilla con el café y mira hacia el exterior a través de la ventana.

—¿Qué piensas? —pregunta Virginia tras concederle unos minutos de silencio.

—Nada —dice y encoge los hombros sin mirarla.

Virginia sabe que le miente, pero tampoco quiere presionarla y hacer que estalle. No es el momento, y sabe que la línea entre la Carla serena y la Carla desatada es muy fina, y que la única capaz de provocar ese cambio repentino en su carácter sin mucho esfuerzo, es ella.

Carla se vuelve hacia la falsificadora y saca el móvil del bolsillo para comprobar algo. Sus dedos teclean con rapidez sobre la pantalla y Virginia la mira anonadada hasta que la ladrona esboza una sonrisilla que le da ese aspecto gamberro y chulesco que la está volviendo loca.

—Solo te falta una chaqueta de cuero con las solapas levantadas —dice Virginia de sopetón—. Todas las lesbianas de Tarragona se desmayarían al verte.

La sinceridad de Virginia es tan innata, que a Carla le da por reír antes de girar el móvil hacia ella.

—En ese caso no me la compraré.

—¿Qué es eso? —pregunta Virginia leyendo el nombre de un bar.

—Ahora se llama así, pero es el Mikos —declara Carla.

A Virginia la invade un cosquilleo en el estómago que le es imposible de controlar, sus labios también se curvan en una sonrisa, aunque la suya tiene otro estilo más seductor que eriza el vello de la nuca de Carla. El Mikos es el bar donde la antigua banda solía ir por las noches a celebrar sus triunfos o simplemente a despejarse cuando estaban planeando los golpes, pero ese no es el motivo de la sonrisa de Virginia que se ha extendido también a los labios de Carla, las dos sonríen porque ese es también el lugar en el que ambas se conocieron.

—Ángel es un animal de costumbres, aunque no se llame igual, seguro que sigue yendo —concluye Carla—. Podemos acercarnos esta noche a ver si lo vemos.

—Vale, bien pensado, nena —aplaude Virginia con el corazón todavía desbocado.

Después de cenar y dejar que el tiempo pase, las dos acuden al que para ellas sigue siendo el Mikos pasadas las once. Saben que Ángel nunca iba antes de esa hora, y prefieren que esté más lleno para mezclarse entre la gente.

Cuando entran se dan cuenta de que el local ha sido reformado y el estilo de música ha cambiado bastante, pero la distribución sigue siendo la misma. La barra, las mesas, los sofás, la zona de baile y el futbolín de la esquina.

—Yo creo que es el mismo —dice Carla señalando el futbolín.

Habían jugado tantas partidas en él los cuatro, que casi puede sentir el tacto de las empuñaduras de madera gastada en las manos. Virginia dirige una mirada y le es imposible confirmarlo debido a la tenue luz de todo el local, pero si tuviera que apostar, diría que sí. Se dirigen hacia un lateral de la barra en forma de U y se acomodan en dos taburetes. Mientras esperan a que las atiendan, las dos barren con la mirada todo el local en busca de su compañero sin verlo por ningún sitio. El ánimo de ninguna decae, es pronto, y si Ángel no viene hoy, podría venir mañana, pero si de algo están seguras, es de que su amigo sigue regentando ese lugar.

Una camarera con el pelo muy corto y de punta se acerca a ellas con una sonrisa resplandeciente.

—¿Qué os pongo?

—A mí un mojito —pide Virginia.

—Buena elección —responde la chica y se gira hacia Carla.

—Ponme otro.

La camarera la señala con el dedo como si hubiera tomado la decisión correcta y se da la vuelta para ir a prepararlos.

—No deberías beber alcohol, Carla, te estás medicando —le advierte Virginia.

—No me des el coñazo, Virgi, ni me jodas la noche. Además, te recuerdo que tú me diste una pastilla con Whisky.

—Joder, ¿de eso sí te acuerdas? —masculla sorprendida—. Fue diferente, te estabas muriendo de dolor y solo quería que descansaras un poco.

—Ya, pues ahora también me duele, ¿sabes?

Virginia pone los ojos en blanco y no responde para evitar la que puede ser una discusión asegurada. Las dos se quedan en silencio y se dejan envolver por el ambiente del lugar. Los recuerdos les fluyen en todas direcciones sin que puedan evitarlo y Virginia suelta un resoplido de resignación cuando piensa en todas esas veces que Carla la buscaba entre la gente y la arrastraba hacia los baños de manera repentina. Ella se dejaba llevar y la seguía deseando llegar para encerrarse en uno de los cubículos y besarla. Lo recuerda todo con tanta nitidez, que incluso le hace daño.

A Carla le está pasando exactamente lo mismo, se ve a sí misma al otro lado de la barra,

esperando con desesperación a que se despejara un poco para decirle a su compañero que necesitaba ir al baño. Después salía corriendo, a Virginia la tenía perfectamente localizada porque no podía quitarle los ojos de encima, era una fuerza superior. Y entonces llegaba hasta ella, se pegaba a su espalda y Virginia se giraba riendo porque ya sabía que era Carla.

—¿Te acuerdas del día que nos conocimos? —pregunta Virginia de repente.

Carla se gira hacia ella y se muerde el labio cabeceando afirmativamente. ¿Cómo no se va a acordar?

Capítulo 14

Doce años antes

Carla Loza está detrás de la barra del bar Mikos, es jueves por la noche, casi las once y el garito está bastante lleno. Sabe que todavía se pondrá mucho peor, en las tres semanas que lleva trabajando ahí, ha tenido noches en las que pensaba que no iba a saber gestionar el estrés, pero es resolutiva y enseguida aprendió a desenvolverse rápido.

—No sé cómo aguantas —dice su amiga Paula apareciendo delante de ella en la barra.

Lo hace acompañada por Javi, que le entrega su vaso de tubo vacío.

—No es tan malo —sonríe Carla y sondea la barra asegurándose de que nadie espera a ser atendido.

—Yo no podría —dice Paula haciendo una mueca—. Trabajar hasta las tantas y después levantarte pronto para ir a la universidad.

—Si quiero ir es lo que hay, es un pez que se muerde la cola —dice Carla resignada.

Paula y Javi son sus compañeros de piso. Los tres estudian en la misma universidad aunque no comparten carrera. Ellos están en una ingeniería y ella, a pesar de las escasas salidas de la carrera, ha optado por Arqueología. A sus casi diecinueve años, no le ha quedado más remedio que buscarse un trabajo en mitad del semestre, su padre ha perdido el suyo y si quiere seguir estudiando, se las tiene que apañar sola.

—Ya, pero es peligroso —dice Paula preocupada por su amiga—. Al principio la gente aguanta bien, pero después, acaban metiéndose mierdas para mantener los ojos abiertos, Carla.

—No la agobies —dice Javi dándole un toque a Paula.

—No pasa nada, no será mi caso, no me mato a trabajar para después gastármelo en drogas. Además, entre semana solo trabajo un par de noches, solo me afecta a dos días de estudios, el viernes y el lunes, los demás puedo descansar bien.

—Exacto —secunda Javi que, aunque también se preocupa por Carla, no quiere que Paula la agobie con esas cosas, bastante tiene.

Carla trabaja de jueves a domingo todas las noches y, aunque sabe a qué hora entra y no a qué hora sale, no le importa, el sitio le gusta y se lo pasa bien. Además, su belleza un tanto exótica llama mucho la atención, tanto de hombres como de mujeres, y eso la hace sentir bien.

—Bueno, nosotros nos vamos ya, nos vemos mañana —anuncia Paula.

En ese momento un par de chicos reclaman la atención de Carla y se despide de sus amigos con la mano.

La siguiente hora le pasa muy rápido y sobre las doce llega un grupo de tres amigos que llama la atención de Carla por encima de los demás. Todavía no lleva el tiempo suficiente trabajando allí como para conocer a los habituales, pero está segura de que en las tres semanas que lleva trabajando, ellos no han ido por allí porque se acordaría, está convencida de que al menos se acordaría de la chica que anda entre los dos y que se acaba de acodar en la barra entre risas.

Carla es demasiado joven para saber lo que es un flechazo, pero está segura de que ha sufrido uno en cuanto la mirada de ambas se ha cruzado durante una milésima de segundo, porque el

corazón le ha dado un vuelco y el estómago se le ha girado. No está segura de que ella la haya visto, pero sus ojos negros y profundos la han dejado hipnotizada.

La joven estudiante trata de correr hacia el grupo de tres para ser ella la que los atiende, pero sus piernas parecen haberse convertido en dos bloques de piedra y siente que tiene que arrastrarlas para llegar hasta ellos, por lo que ve con desasosiego como su compañero se adelanta y les pregunta lo que quieren. Resignada, los ve desaparecer con sus copas y situarse en una de las mesas altas del rincón. Allí se sientan y los tres hablan y se ríen eufóricos como si estuvieran celebrando algo.

Carla se gira para atender a un grupo de chicas y de ellas pasa a otros. El bar se va llenando cada vez más y durante algo más de media hora, no tiene tiempo ni de respirar. Ella y su compañero se miran agobiados, pero los dos saben que a momentos como este, les sigue otro de calma y después vuelta a empezar hasta que pasen de la una de la mañana y todo comience a tranquilizarse.

—¿Me pones otra?

Carla está de espaldas cuando la voz femenina le habla. Acaba de cobrar a un cliente y se está meando tanto que resopla porque no encuentra el momento de ir al baño. Cuando se gira tratando de esbozar una sonrisa simpática, se le congela en la cara al encontrarse con la mirada oscura de la chica que la tiene alterada desde que ha entrado. Las ganas de mear se le han quitado de repente. A Carla el corazón comienza a latirle muy rápido mientras asiente y mira la marca de la botella de cerveza que tiene entre las manos.

—Asegúrate de que esté muy fría, por favor —añade la chica y le guiña un ojo.

La camarera se queda muy quieta sin poder evitar mirarla sin ningún disimulo. Sabe que es más mayor que ella, tal vez tenga veinte o alguno más, y eso la hace todavía más interesante a sus ojos, porque las chicas de su edad no le interesan, le parecen demasiado infantiles todavía.

—¿Me la pones o estás esperando a que se enfríe?

La pregunta tiene cierto tono divertido que desbloquea la mente aturdida de Carla. La chica se ha apoyado con los codos en la barra y se ha inclinado un poco hacia delante, mirando también a Carla con mucho más descaro del que ella ha tenido hace unos instantes.

—Sí, perdona —sonríe Carla con las mejillas ardiendo de vergüenza.

Abre la nevera y casi se mete de cabeza para coger una de las botellas situadas más al fondo, las que sabe que están más frías. Ella aprovecha para coger aire y serenarse, Virginia para mirarle el culo.

Cuando Carla se incorpora, se acerca a la barra con más seguridad de la que ha mostrado antes. Le quita la chapa a la botella con destreza y la deja delante de la chica clavándole su mirada verdosa acompañada de una sonrisa amable y fresca.

—La más fría —asegura Carla sin soltar la botella.

Virginia le mantiene la mirada y acerca la mano a la botella para comprobarlo.

—Tienes razón, está todo perfecto —declara dejando que sus dedos la rocen a propósito.

Carla aparta la mano como si le hubiera dado un calambrazo y se ríe sin terminar de entender si se refiere solo a la botella o también a ella.

—Toma, cóbrate.

Virginia le tiende un billete de diez euros y cuando Carla vuelve con los ocho de cambio, no los acepta.

—Para ti.

—¿Qué?

Carla se mira la mano y los ojos se le abren como el tamaño de dos chapas de cerveza. De

vez en cuando le dan alguna propina, pero no como esa.

—Es mucho —titubea desconcertada.

Virginia extiende la mano por encima de la barra hasta coger la de Carla y cerrarla alrededor de las monedas y el billete de cinco.

—He dicho que es para ti, guárdatelo o me ofenderás.

Carla no puede dejar de mirarla mientras se lo guarda en el bolsillo y se pregunta en qué trabaja para poder permitirse dar esas propinas. ¿O solo trata de impresionarla?

—¿Cómo te llamas? —pregunta Virginia con frescura.

—Carla, me llamo Carla —dice notando que le falta el aire.

—Yo soy Virginia. Es un placer —sonríe y se inclina por encima de la barra para darle dos besos.

El pelo suelto de Virginia le hace cosquillas por la cara y le provoca un escalofrío que le recorre todo el cuerpo.

—No hace mucho que trabajas aquí, ¿verdad? —pregunta Virginia antes de dar un trago a su cerveza.

Otro cliente está reclamando ser atendido por Carla, pero Virginia le hace un gesto con la mano y le pide que espere con tanta seguridad, que el hombre se da la vuelta y se dirige al otro camarero.

—No, esta es mi tercera semana —responde Carla con la mente nublada.

—Ya decía yo, si hubieras estado antes, me habría fijado.

Virginia se pasea la lengua por el exterior de las muelas y sonríe.

—Te dejo trabajar para que no te despidan, no me gustaría volver aquí y no encontrarte.

Carla la ve alejarse hacia la mesa donde sus dos compañeros la reciben eufóricos. Desde allí, Virginia la mira un par de veces y Carla comprende que a partir de esa noche, sus ojos no se apartarán de la puerta con el ansia de verla entrar de nuevo.

Al cabo de una hora y después de otro buen rato de estrés corriendo de un lado a otro de la barra, Carla por fin encuentra el momento para poder escabullirse hacia el baño. Se mezcla entre la gente y atraviesa la zona de baile hasta que por fin llega y puede liberar la vejiga. Al salir, se queda frente al espejo y suspira. A esas alturas de la noche ya está muy cansada y solo de pensar que apenas dormirá un par de horas antes de irse a la universidad, le entra un agobio que le descompone el rostro. Carla se mira en el espejo y comprueba que ya se le marcan las ojeras.

Se lava las manos y antes de secarse se las pasa por la nuca para intentar relajar un poco los músculos. Está en pleno gesto retorcido cuando la puerta de uno de los baños se abre y de él sale Virginia, que se queda tras ella con el gesto serio, observando su cara de agotamiento.

Durante un instante ninguna dice nada, Carla se ha quedado petrificada, con una mano en la nuca y la otra apoyada sobre el mármol.

—¿Cansada? —pregunta Virginia centrada en ella, como si en el baño no hubiera nadie más.

—No, es que...

Carla no termina la frase, porque Virginia se acaba de acercar por detrás y le ha puesto las manos en la cintura haciendo que todos los músculos de su cuerpo entren en tensión.

—A mí me parece que sí que estás cansada —susurra Virginia y le aparta la mano que tiene en la nuca para colocar las suyas.

Carla tiene la sensación de que puede desmayarse en cualquier momento cuando los dedos suaves y calientes de Virginia, se deslizan por sus hombros masajeándola con delicadeza. Después deja que sus pulgares le suban por la nuca y lentamente los arrastra por debajo de sus orejas, hasta que a Carla la sacude un agradable escalofrío que la hace estremecerse.

—Tengo que volver —dice agobiada y se gira sobre su propio eje sin que Virginia se mueva ni un centímetro.

Sus cuerpos están tan pegados que el aire apenas puede circular entre sus labios. Virginia le mira la boca con descaro y le pasa un dedo por la nariz que cae con gracia sobre su labio inferior, al que arrastra hasta abrir su boca lo suficiente como para que Carla quiera devorarla.

—Ve, nena —susurra Virginia con un tono suave y cálido que deshace a Carla—. No quiero que te despidan por mi culpa y si no te apartas de mi vista de inmediato, te empujaré dentro de uno de esos baños y te aseguro que vas a tardar mucho rato en salir.

Carla se atraganta con su propia saliva y tose hasta ponerse roja. Se ha puesto tan nerviosa, que de repente no sabe dónde está la puerta ni lo que tiene que hacer.

—¿Volverás? —pregunta cuando Virginia la guía y las dos salen de los baños.

—Te lo juro —asegura antes de darle un suave beso en la nuca y desaparecer entre la gente.

Capítulo 15

Virginia apenas ha conseguido pegar ojo, el colchón le ha resultado incómodo y la cama de Carla hacía mucho ruido cuando se movía. Ayer no tuvieron suerte y Ángel no apareció por el local, pero ellas no se rinden y tampoco pueden perder tiempo, así que deciden ir a la casa de sus padres, rezando porque la familia siga viviendo allí.

Carla hace un gesto raro cuando caminan por una calle adoquinada y se lleva una mano al pecho que preocupa a Virginia.

—¿Qué te pasa?

—Nada, a veces me da pinchazos y la irregularidad del suelo no me ayuda —dice resoplando.

—Quédate en el hostel descansando, de esto me puedo ocupar yo.

—Es mi problema, Virginia, no me voy a quedar quieta esperando a que tú me soluciones la vida.

Su voz suena con una brusquedad desmedida y Virginia se muerde los carrillos para no contestarle. Está siendo muy paciente con Carla y sus malas respuestas, entiende su mal humor porque si ella estuviera en una situación tan delicada, también estaría tensa todo el día, pero la culpa no es suya, y ya se está cansando de sus repentinos cambios de humor.

—Entonces camina más rápido, que no tenemos todo el día —suelta Virginia acelerando el ritmo.

Carla aprieta la mandíbula y trata de seguirle el paso, pero se queda algo rezagada porque prefiere distraerse mirándole el culo al caminar, que tenerla al lado y sentir la tentación de discutir con ella.

Virginia va echando miradas hacia atrás de vez en cuando para asegurarse de que la está siguiendo mientras piensa que quizá debería haber cogido el coche para acercarse a casa de Ángel. Le da rabia sentirse mal por cada cosa que hace, siempre pensando en Carla cuando ella parece que la odia.

Cuando llegan al portal, Carla se sitúa a su lado y las dos aprovechan la salida de dos chavales del edificio para entrar y dirigirse al ascensor para subir al tercer piso. El gesto de Carla se contrae con una mueca de disgusto cuando ve un cartel que indica que no funciona.

—Joder —resopla malhumorada.

Virginia la mira y no le dice nada, se limita a comenzar a subir por la escalera y al poco Carla la sigue. En el rellano del segundo piso, la falsificadora se detiene para esperar a Carla, que se acaba de dar cuenta de que su cuerpo todavía no está para muchos esfuerzos. Llega hasta ella con la mano en el pecho y la cara roja por el esfuerzo. Virginia no le dice nada, solo se acerca y le coloca la mano sobre la suya con suavidad, como si su calor pudiera ayudar a calmar el dolor que siente Carla.

—Sigues siendo una jodida cabezota —masculla Virginia.

La luz de la escalera acaba de apagarse y solo les queda la que proporciona una ventana diminuta que da a un patio de luces. Carla alza la mirada hacia Virginia y su cuerpo reacciona de un modo extraño, pasa de sentir rabia a tener ganas de llorar, y como no sabe qué hacer para calmarse, le pone la mano en la cara y acerca su boca lentamente hasta que sus labios rozan los

de Virginia y comienzan un beso lento y tierno que logra aplacar los nervios de Carla.

La luz se enciende porque alguien en el rellano ha entrado en el edificio y las dos se separan, lo hacen lentamente, mirándose a los ojos mientras intentan que la sangre les riegue el cerebro.

—¿Seguimos? —pregunta Virginia finalmente.

Carla asiente sin decir nada y se plantan ante la puerta C de la tercera planta, donde un hombre muy delgado les abre y las mira ceñudo.

—Buscamos a Ángel Moreno —dice Virginia.

—Se equivocan, aquí no vive nadie que se llame así.

Las dos asienten y se disculpan por molestar antes de comenzar el descenso.

—¿Te acuerdas de aquella chica con la que salía Ángel poco antes de que tú te marchases? No recuerdo el nombre —dice Carla a sus espaldas.

—Sí, Nerea, creo —contesta ella—. ¿Siguen juntos?

—No, rompieron, pero no acabaron mal, tal vez ella sepa dónde encontrarlo. Sus padres tienen una tienda de ropa no muy lejos de aquí.

Quince minutos después, la campanilla de la puerta de la tienda tintinea cuando las dos mujeres entran. Carla no tarda en localizar a Nerea detrás del mostrador y le hace un gesto a Virginia para que la siga. Nerea las reconoce de inmediato, incluso a Carla con su cambio de peinado, lo que preocupa un poco a Virginia.

—Sus padres vendieron la casa y se mudaron al pueblo cuando a él lo encerraron. No llevaban bien lo de que la gente murmurase y los señalase constantemente —explica Nerea desde su lado del mostrador.

—Pobre familia —lamenta Carla.

—Sí —secunda Nerea.

—¿Sabes algo de Ángel? Necesitamos verlo —le dice Virginia.

—Sí, a veces todavía quedamos. Ahora trabaja en otro taller, os apunto la dirección, seguro que se alegrará de veros.

—Gracias, Nerea.

—Por fin —dice Carla cuando salen de la tienda.

Las dos se miran y sonríen, ninguna habla sobre el beso que se han dado en la escalera, aunque ambas se mueren por repetirlo.

El taller —por suerte para Carla— no está muy lejos de la tienda de Nerea y, en pocos minutos, se plantan allí. Las dos mujeres entran nerviosas y no tardan en localizarlo, está de espaldas a ellas, agachado junto a la rueda de un Ford Focus desmontando el faro.

—Hola, Ángel —dice Carla.

Ángel da un respingo y se pone en pie de un salto al reconocer la voz. Cuando se gira, se queda pasmado al ver a sus dos amigas y el corazón le da un vuelco.

—No quiero problemas —balbucea nervioso, conteniendo la emoción que siente.

—No seas capullo, Ángel —dice Virginia y le sonríe—, ven aquí, anda.

Ángel deja las herramientas y, a pesar de estar sucio y lleno de grasa, se abraza a Virginia y le da dos sonoros besos antes de repetir el mismo gesto con Carla, aunque con más cuidado cuando Carla suelta un quejido.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunta en voz baja, mirando hacia la trastienda donde sabe que está su jefe haciendo inventario.

—Necesitamos hablar contigo, no vamos a meterte en líos, pero es urgente —contesta Virginia.

—Ahora no puedo, tengo mucho trabajo y si me marchó me quedo sin empleo. ¿Nos vemos

esta noche en el Mikos? Todavía está abierto, aunque tiene otro nombre.

—Sí, te estuvimos buscando allí anoche —confirma Carla con una sonrisa.

—Nos vemos allí, Ángel, no le digas a nadie que andamos por aquí, ¿de acuerdo? —le pide Virginia.

Él asiente, aunque los tres saben que no hacía falta que se lo advirtiesen.

Capítulo 16

Virginia y Carla se marchan del taller con la sensación de que por fin han conseguido algo.

—No lo he visto tan mal —dice Carla y Virginia asiente—. ¿Qué hacemos ahora? Todavía faltan algunas horas hasta que podamos ir al Mikos.

—Volvamos al hostel, te vendrá bien descansar un poco, después nos arreglamos y salimos a cenar —propone Virginia como si ya lo tuviera planeado.

A Carla siempre le resultó fascinante su capacidad de decisión y liderazgo. No es que ella no sea capaz de tomar decisiones por sí misma ni de resolver problemas, pero siempre le gustó seguir el ritmo de Virginia. Verla en esa tesitura era una de las cosas que más le gustaba de ella, siempre tan segura, tan invencible. A su lado siente que todo es posible, y ahora lo necesita más que nunca.

Cuando llegan, Carla lo agradece. Está muy cansada y sus músculos y ese cuerpo maltrecho por los golpes necesitan relajarse. Se mete en la ducha, donde no puede demorarse mucho porque no es nada cómoda y cada vez que se mueve se da un codazo en los azulejos o en la mampara.

Al salir se encuentra a Virginia de pie junto a la ventana con el teléfono pegado a la oreja. Repara en su presencia dedicándole una mirada rápida y después vuelve a mirar a través del cristal mientras habla bajo y concentrada. Carla se siente un poco ofendida, porque ha salido envuelta en una toalla, ya que dentro del baño es imposible vestirse sin hacer contorsionismo. Ha salido con la intención de espetarle a Virginia que ni se le ocurriera mirar, que se diera la vuelta porque la conoce y la sonrisa socarrona que hubiera esbozado habría puesto a Carla enferma, y después de ese beso que se han dado en la escalera y del que las dos parece que evitan hablar, no quiere propiciar más situaciones tensas. Pero Virginia no parece haberse inmutado y eso la irrita de un modo que le provoca urticaria por dentro de la piel, y más ahora que la ha escuchado nombrar a Eloy. Habla con él, y Carla está celosa.

—¿Y ya está? —dice Virginia más fuerte.

Carla alza la vista mientras se pone un pantalón de pijama y la ve en el mismo sitio, solo que mirando algo en la pantalla de su móvil, probablemente algún archivo que le ha enviado su marido.

—Vale —ahora se ha llevado el móvil a la oreja y lo siguiente que dice, Carla ya no lo escucha porque vuelve a susurrar y cuelga.

—No me digas que te ha enviado una foto de su cosita, no sabía que te iba eso —espeta Carla cuando Virginia se gira hacia ella.

Virginia coge aire y piensa que debe buscar algún vídeo en YouTube donde enseñen a canalizar la ira, porque Carla comienza a sacarla de quicio con sus salidas de tono y sus ataques repentinos y le están entrando ganas de tirarla por la ventana.

—¿Qué problema tienes ahora? —pregunta la falsificadora notando como se le tensan los músculos de las cervicales.

Ya se ha levantado dolorida esta mañana y sabe que no es por una mala postura, los nervios siempre le atacan al mismo sitio y Carla le está provocando muchos.

—Ninguno, pero si vas a hacerte una foto guarra para enviársela a tu marido, te metes en el

baño, yo no quiero estar presente en vuestras mierdas de cama.

Virginia saca el móvil y busca algo, después se acerca a Carla y le planta la pantalla en toda la cara.

—¿Qué haces? Aparta esa mierda —protesta girando la cara.

—Esta mierda es lo que la policía tiene de ti de la noche del robo —bufa Virginia cogiéndole el mentón con firmeza para obligarla a mirar—. Me estás hartando, Carla, ya no sé si solo tienes rabia acumulada, si estás celosa o es que eres tonta de remate y en todos estos años no has madurado ni un poco.

Le pone el móvil en las manos y se gira para coger ropa limpia y entrar en la ducha. Carla, aturdida y avergonzada por su comportamiento, mira la pantalla con atención. En ella hay una imagen de muy mala calidad donde se ve a una mujer sentada en el suelo. Está de perfil y parte del pelo le tapa la cara, por lo que resulta imposible reconocerla.

—¿Esto es todo lo que tienen? —pregunta mansa.

—Sí —Virginia le arranca el móvil de la mano—. Las cámaras eran de mala calidad, ni siquiera graban en color. Lo único que tienen es eso y el testimonio del guardia que asegura que la persona a la que vio era una mujer. Nada más.

El tono de Virginia es seco, cansino. Carla quiere disculparse por su comportamiento absurdo y darle las gracias por la información que ha conseguido, pero saber que no tiene a la policía siguiéndole la pista, le ha quitado tal peso de encima, que la mente se le ha quedado en blanco y no ha sido capaz de abrir la boca.

Llegan al que para ellas es el Mikos a las once en punto y tanto a una como a la otra, las invade de nuevo la nostalgia cuando cruzan la puerta. No han hablado casi nada desde que Carla se ha despertado de la siesta. Hay tensión entre ellas, y ese beso en la escalera sigue flotando en el aire sin que ninguna se atreva a mencionarlo. Ven libre la mesa del fondo, aquella en la que Virginia, Ángel e Iñaki solían situarse y donde Carla la buscaba siempre que podía escabullirse hacia los baños.

Les acaban de servir sus copas cuando ven a su amigo cruzar la puerta y buscarlas con la mirada. Carla alza una mano y el mecánico va hacia ellas después de detenerse en la barra y pedirse una cerveza. La primera copa se la toman poniéndose al día. Ángel les cuenta cómo le va todo y también habla de su paso por la cárcel, aunque lo hace de forma fugaz. La conversación entre los tres hace que ellas se relajen y que por un momento vuelvan a sentirse parte de aquel grupo que un día formaron y en el que, aunque el peligro los acechaba de manera constante, todos eran una piña.

—Bueno —dice Ángel cuando están apurando la segunda copa, él su cerveza—. ¿Qué haces por aquí, Virginia?

—Me está ayudando a mí —se adelanta Carla.

—¿A ti? ¿A qué? —pregunta poniéndose serio.

—Busco a Iñaki, ¿sabes algo de él?

Si antes estaba serio, ahora tuerce el gesto y la mira con fijeza.

—Por ahí dicen que te jodió con un palo, ¿es verdad?

—Esto es culpa suya —Carla se señala el moratón que asoma por debajo del maquillaje.

—Y lo que no ves —añade Virginia—. La han pateado a base de bien.

—Qué hijo de puta —escupe Ángel chasqueando la lengua.

Carla le explica con detalle todo lo que ya le contó a Virginia y conforme habla, a Ángel se le va hinchando la vena del cuello y se va poniendo rojo.

—Pedazo de cabrón hijo de puta —dice mirando a un lado y a otro del local—. Como me lo

encuentre le arranco las pelotas de cuajo, Carla, te lo juro.

—Lo de las pelotas tiene que esperar, Ángel —dice Virginia—, lo que necesitamos ahora es encontrarlo y que nos diga dónde tiene los jarrones o Carla va a tener problemas muy serios. ¿Sabes dónde está?

—No. Desde que salí del trullo no he vuelto a verlo.

—Pero algo sabrás, tú tenías más amigos en común con él que Carla —insiste Virginia.

—Sé que estuvo una temporada haciendo trabajos para una mafia del este y que se mezcló con gente muy chunga. Yo no quería problemas gordos, así que preferí ir por libre o hacerle algún trabajo a Teresa, la de la tienda de antigüedades. ¿La recordáis?

Las dos asienten, toda la banda le había hecho algún trabajo hace mucho tiempo.

—En todo este tiempo ha adquirido mucho poder por aquí y es la que mueve el cotarro. Id a verla a ella, esa vieja no solo trafica con género, también lo hace con información —dice como si de repente se hubiera iluminado—, conoce a todas las bandas y chorizos de la zona. Si alguien puede saber algo de Iñaki, es ella, y si no lo sabe, sabrá a quién preguntarle. Ya la conocéis.

—No sabía que Teresa seguía en activo —se sorprende Virginia.

—Yo sí, también le he hecho algún trabajo, lo que no sabía era que manejaba tanta información —añade Carla.

—Yo tengo que marcharme o mañana no conseguiré levantarme —dice Ángel—. Id a verla y si me necesitáis para dar con ese mamonazo, contad conmigo, en ese taller de mierda me aburro mucho.

Ángel da un abrazo y un beso a cada mujer y se marcha. Las dos lo observan alejarse hasta que cruza la puerta y, cuando desaparece, deciden que lo mejor es que ellas también se marchen.

Cuando entran en la habitación del hostel, Virginia deja caer el bolso y el abrigo sobre la silla que hace de mesilla. Al final ella se ha quedado la cama cercana al armario y Carla la de la ventana. Está cansada, ella no ha descansado por la tarde como Carla, ha estado con el portátil haciendo gestiones de trabajo y está deseando tumbarse.

—¿Entras al baño o entro yo? —pregunta Carla situada a los pies de las dos camas.

—Entra —dice seca y comienza a quitarse la ropa.

—No puedo pasar si estás en medio —espeta Carla con toda la intención de provocarla.

Quiere disculparse por su comportamiento de esa tarde, pero su orgullo no le permite hacerlo sin más y como no sabe cómo entablar una conversación con Virginia, lo primero que se le ha ocurrido ha sido provocarla, y lo ha conseguido.

—Pues saltas o te esperas, que me tienes harta —responde sin mirarla.

Carla se enciende y se deja llevar por ese ímpetu que a veces no controla. Decide que pasará de todos modos y cuando llega hasta Virginia, la agarra de la cintura para apartarla hacia un lado y quitarla del medio. Virginia responde girándose en seco en actitud chulesca, y cuando Carla abre la boca para protestar, la falsificadora se la cierra con un beso fogoso que la ladrona decide continuar mientras sus manos recorren el torso desnudo de Virginia.

Las manos de las dos parecen tener vida propia y recorren el cuerpo de la otra con el ansia de apartar todo lo que molesta. Virginia empuja su cama con la rodilla hasta que impacta contra la de Carla para así ganar algo de espacio antes de que las dos caigan sobre ella desnudas y ansiosas de sexo.

A Virginia le cuesta mucho controlar la tensión que siente, cada molécula de su cuerpo le pide tomar a Carla con un ansia voraz y desconocida, pero debe contenerse para no hacerle daño, ha de ser delicada con ella, y la delicadeza en la cama nunca ha sido uno de sus fuertes. Le recorre el cuerpo llenándola de besos que acaban convertidos en pequeñas succiones que

arrancan un suspiro tras otro a la ladrona, hasta que llega a la parte media de su cuerpo y le separa las piernas. Ahí Virginia se desata y no tiene miramientos, se alimenta de sus fluidos y la chupa, la sorbe y la lame sin contemplaciones serpenteando con la lengua en cada punto que sabe que hace vibrar a Carla. Recuerda con una nitidez asombrosa todo lo que le gustaba y, mientras se deleita dándole placer, lleva una mano a su propio sexo porque está tan excitada que no puede aguantarse.

Carla explota y lo hace tapándose la cara con la almohada, ahogando como siempre los gemidos mientras su sexo se sacude contra los labios y la lengua de Virginia, cuyo orgasmo llega cuando está terminando el de la ladrona.

Virginia se queda ahí unos minutos, apostada entre sus piernas en silencio, pensativa y aturdida, sintiendo que la situación se le escapa de las manos y que no puede hacer nada para evitarlo. Carla tiene la mirada clavada en los desconchones del techo y una mano hundida entre el pelo de Virginia. Las lágrimas han encharcado sus ojos e intenta dejar la mente en blanco para que ese montón de sentimientos y sensaciones revividas que ahora danzan por su cuerpo, se asienten y la dejen respirar tranquila.

Al igual que ha pasado por la tarde con el beso, ninguna dice nada sobre lo que acaba de pasar y, finalmente, Virginia se levanta y se encierra en el baño para darse una ducha.

Capítulo 17

Doce años antes

Virginia Madrazo está deseando cruzar la puerta del Mikos. Esta vez no vienen a celebrar un golpe como hicieron la semana pasada, simplemente quieren tomar algo mientras planean algunos detalles de su siguiente asalto y ella ha insistido en que sea allí, a pesar de que Iñaki se ha quejado de que con tanto ruido le cuesta pensar.

Ella ha mirado a su exnovio y después de resoplar se ha colgado de su brazo poniéndole esa mirada suplicante con la que sabe que él no le niega nada, y eso que hace casi un año que ya no están juntos.

Son algo más de las once cuando cruzan la puerta del bar y lo primero que hace Virginia es clavar la mirada en la barra en busca de Carla Loza, la camarera a la que conoció la semana pasada y en la que no ha dejado de pensar desde entonces. La ve al fondo secando copas con su compañero mientras hablan, hasta que Iñaki silva para llamar su atención. Cuando Carla se gira, Virginia se da cuenta del rubor de sus mejillas y le sonrío sin poder contener una sensación de inquietud muy extraña que le atenaza la boca del estómago.

Los dos camareros se acercan a ellos, pero Virginia se adelanta y camina por uno de los laterales de la barra en forma de U para interceptar a Carla y que la atienda solo a ella aprovechando la quietud de ese momento.

—Hola, Carla —saluda apoyando los codos en la barra de nuevo.

Carla la imita en un gesto de seguridad que la sorprende y se inclina hacia ella para darle dos besos. Esta vez Virginia le coloca una mano en la mejilla y se asegura de besarla algo más cerca de los labios.

—¿Cerveza? —pregunta Carla y Virginia asiente.

La camarera se da la vuelta sintiendo los ojos de Virginia clavados en la espalda y se asegura de nuevo de darle una muy fría. Las manos de ambas vuelven a rozarse y esta vez Virginia siente que no es suficiente.

—¿A qué hora acabas el turno?

—No lo sé, entre las cuatro y las cinco, pero mañana tengo que ir a la universidad temprano y yo...

Virginia asiente y coge un taburete y se sienta justo ahí.

—En ese caso mantendremos nuestra cita aquí —dice muy segura.

Carla la mira pasmada y durante toda la noche, Virginia cumple su palabra y se queda en ese taburete a la espera de que Carla se aproxime cada vez que tiene un momento. Hablan de todo lo que pueden, Virginia descubre que Carla es estudiante y que trabaja en el Mikos para pagarse la carrera. La ladrona esquivaba el tema sobre su trabajo cada vez que le pregunta y le va dando propinas que desorbitan los ojos de Carla cada vez que pide algo. Carla solo sabe de Virginia que tiene veintidós años y que vive sola en un apartamento alquilado.

Así pasan dos semanas en las que Virginia acude siempre que puede y se queda junto a ella enamorándose de una manera tan tonta y simple, que ni siquiera se da cuenta.

—Voy al lavabo —anuncia Carla antes de salir de la barra por el otro extremo.

Virginia la sigue y cuando Carla ha terminado y abre la puerta para salir, ella la empuja con su cuerpo y cierra la puerta acorralándola contra la pared. Las dos se miran solo un momento mientras el torbellino de excitación y deseo les sube por todo el cuerpo hasta que sus labios se juntan en un beso ansioso y caliente del que no pueden deshacerse. Las manos de Virginia se pierden por el cuerpo de Carla con el fin de explorar cada rincón, pero la camarera la detiene, y no es por falta de ganas.

—Tengo que salir o me despedirán —dice agitada con las manos apoyadas sobre el pecho de Virginia.

—Vale, te espero y después nos vamos a mi casa. ¿Quieres?

Carla asiente. Es viernes, mañana no madruga y si Virginia quiere, piensa pasar todas las horas que tiene libres con ella.

En su casa entran a trompicones y ni siquiera llegan a la cama. El primer polvo lo echan en el sofá y los dos siguientes en el suelo antes de ir a la habitación a descansar.

Así pasan los dos siguientes meses. Virginia la visita por las noches y a veces por el día para desayunar con ella cuando sale de alguna clase. Carla está tan feliz con ella, que siente que vive en una nube. Sabe que Virginia esconde cosas, siempre esquivo el tema del trabajo y no parece tener horarios fijos, por no hablar de que siempre maneja dinero. Mucho para alguien de su edad. A su lado no tiene que pagar nada, Virginia siempre corre con todos los gastos sin dejar que ella objete al respecto, aunque nunca la hace sentir incómoda.

—Podrías quedarte a vivir aquí conmigo —le dice una mañana de domingo cuando se despiertan con los rayos de sol inundando toda la habitación.

Carla la mira y suspira. No hay nada que desee más que eso, pero necesita respuestas.

—¿No me vas a decir a qué te dedicas? —pregunta sentándose en posición de loto en la cama.

Virginia está tumbada y desnuda, con las manos detrás de la cabeza mientras la mira y se pasea la lengua por detrás de las muelas. Sabe que no se lo puede ocultar mucho más tiempo sin que su relación se vea afectada, y por encima de todo, quiere estar con ella.

—No te va a gustar, nena —dice y se incorpora para imitar su posición.

—No soy estúpida, Virginia. Iñaki, Ángel y tú siempre vais juntos, manejáis dinero y ninguno de los tres parece tener un trabajo seguro. A Ángel ya lo han despedido dos veces del taller por no presentarse cuando debe y vosotros... No sé, sé que te dedicas a algo turbio, y me da pánico preguntarte, pero necesito saberlo —dice Carla vaciando los pulmones de aire.

—¿Me seguirás queriendo igual si te digo que me dedico a robar cosas?

—¿Robar?

Los ojos de Carla se expanden por la sorpresa.

—¿En serio? ¿Qué robas? ¿Atracas gasolineras? —pregunta espantada, incrédula.

—No —niega rotunda Virginia—. Robar una gasolinera no da una mierda, y menos para tres personas. Eso lo hacía con Iñaki al principio, pero ahora buscamos cosas más gordas, joyas, cuadros, cosas que valen una buena pasta y que después podemos colocar con facilidad.

Virginia le cuenta cómo comenzó robando junto a Iñaki cuando empezaron a salir, le habla de cómo se unió a la banda Ángel y de esos subidones de adrenalina mientras planifican, de los nervios que pasa mientras ejecutan el golpe. En definitiva, Virginia se lo cuenta todo con el miedo de que al terminar, Carla la deje y se aleje de ella para siempre. Pero la respuesta de su novia la deja tan descolocada que necesita unos segundos para reaccionar.

—Quiero participar —dice Carla sentándose a horcajadas sobre ella.

—¿Qué dices, nena? —pregunta Virginia arrugando la frente.

—Que quiero participar. Déjame entrar, Virgi, por favor —suplica ante la mirada atónita de la ladrona—. Estoy agotada y harta de trabajar en el Mikos para dormir un par de horas y sentarme en una silla durante toda la mañana para estudiar. Los ojos se me cierran y no aguanto. Voy a suspender y tú lo sabes, es absurdo que siga...

Virginia deja de escuchar la retahíla de quejas y motivos por los que debe entrar en la banda hasta que la interrumpe.

—Basta, Carla. No te voy a meter en esto. ¿Te has vuelto loca?

—¿Por qué no?

—Joder, nena —se exaspera Virginia y sale de debajo de ella para ponerse de pie—. Porque no, coño. ¿Quieres acabar en la cárcel? ¿Es eso?

—¿Es lo que quieres tú? —replica Carla.

—¿Qué?

—Tú sí que puedes robar de todo, pero yo no por si me meten en la cárcel. ¿Qué pasa contigo? ¿Eres intocable?

—No, pero con que una de las dos se la juegue, ya es suficiente.

—Eres una egoísta de mierda. ¿Has pensado en cómo me sentiré yo si te cogen y te encierran?

Virginia coge aire y lo suelta despacio antes de sentarse a su lado y ponerle una mano en la pierna.

—No voy a ser la responsable de joderte la vida, Carla. Algún día encontraré la manera de salir de esto y buscaré un trabajo decente. Mientras tanto, tú seguirás con la carrera y la acabarás, no hace falta que trabajes en el Mikos si te vienes aquí conmigo, sabes que puedo mantenerte —zanja y se va directa hacia la ducha.

Esa es la primera discusión que Virginia Madrazo y Carla Loza tienen sobre el tema, pero no es la última. Carla insiste prácticamente a diario hasta que al cabo de unas semanas, le da un ultimátum a Virginia; o la deja participar o su relación se termina. No está dispuesta a vivir con la agonía de no saber si Virginia volverá esa noche o la llamarán de una comisaría para decirle que está detenida, o están en igualdad de condiciones, o no están.

—Pues lo dejamos —espeta Virginia en pleno arrebató, parada junto a la puerta de la habitación.

Carla, con los ojos anegados por la respuesta inesperada, abre la puerta del armario y saca un macuto en el que empieza a meter ropa sin ningún tipo de orden. Virginia la observa incapaz de contener el agobio y la ansiedad que le provoca la escena y se acerca a ella, lanzando con rabia el macuto por encima de la cama hasta que acaba desparramado en el suelo por el otro lado. Carla protesta y se dispone a recogerlo cuando Virginia la coge por la cintura para que deje de moverse.

—Vale, tú ganas —se rinde con la voz temblando—, pero no te vayas, por favor.

La última parte le sale con la voz mucho más baja y ahogada, cargada de una angustia que conmueve a Carla.

—¿De verdad? —pregunta y se aferra a su cintura con todas sus fuerzas.

—Sí, nena, hablaré con Iñaki y Ángel, no nos vendrá mal alguien más en el equipo.

Carla salta sobre ella y le rodea la cintura con las piernas en un ataque de euforia. Virginia no comparte ese entusiasmo de su novia, pero la quiere tanto que no se ve capaz de perderla, aunque eso la empuje a meterla en un mundo oscuro que no puede traerle nada bueno.

Después de ese día, Carla se pasa otros tantos junto a Iñaki aprendiendo la apertura de todo tipo de cerraduras y de cajas fuertes que tienen para practicar. Ahí es cuando descubren que

Carla Loza tiene una habilidad sorprendente en ese campo, algo que sin duda hará mejorar los tiempos del grupo y les permitirá preparar mejor sus golpes.

Capítulo 18

Es el ruido que otros huéspedes hacen por el pasillo del hostel el que despierta a Virginia. Puertas cerrándose y abriéndose, cuchicheos y risas, maletas rodando por la moqueta desgastada y el chirrido metálico de la puerta del ascensor cuando se abre. Se queda muy quieta esperando a que vuelva el silencio. Sabe que todavía es temprano porque la luz que se cuela por las rendijas de esa persiana que no cierra del todo, es la blanquecina de la ventana que hay al otro lado del patio de luces.

Nota un pinchazo tenso en la parte trasera del hombro izquierdo, muy cerca del cuello. La presión que siente la pone en alerta de inmediato y teme moverse porque está segura de que se ha hecho una contractura. No es la primera vez que le sucede, le pasa cuando no puede con los nervios que acumula, es algo que no controla y no puede evitar, y la situación que está viviendo con Carla estos días, le parece la perfecta para ello. La tensión entre las dos es evidente y por mucho que Virginia intenta mostrarse serena y aparentemente fría, por dentro es un hervidero de sentimientos descontrolados y de nervios que le producen las reacciones impredecibles de su exnovia.

Suspira tratando de calmarse y se mueve con toda la lentitud que puede tratando de que el daño sea lo más leve posible, sin embargo, en cuanto se apoya sobre el codo para incorporarse, algo detrás del cuello le cruje como una nuez y el pinchazo la atraviesa en diagonal desde la base de la nuca hasta la parte baja del omóplato.

Virginia cae a plomo sobre el colchón soltando un aullido de dolor que no es capaz de contener. Todo el cuello se le ha tensado y nota la parte trasera de los hombros como si le hubieran cargado el peso de una roca y fueran a estallarle por la presión. La luz se enciende y una Carla adormilada la observa mientras se frota los ojos tratando de enfocar.

—¿Qué te pasa? —pregunta sentándose en la cama.

—Nada.

La negación de Virginia es rotunda, pero la voz le sale ahogada y la expresión tensa de su cara y el temblor de su pecho cuando respira, dicen lo contrario. Carla se pone en pie de un salto, asustada, y la mira desde su posición de superioridad. No necesita más de dos segundos para que su mente procese la escena y adivine el problema de Virginia Madrazo, porque no es algo nuevo, esas contracturas tan dolorosas ya las sufría cuando estaba con ella. Pocas veces, solo cuando acumulaba tal tensión en el cuerpo que no podía canalizarla y acababa saliendo de ese modo tan incómodo.

—¿El cuello? —Carla lo pregunta, aunque no espera la respuesta de Virginia, que solo parpadea y traga saliva tratando de encontrar una posición en la que no le duela.

La ladrona sabe lo que tiene que hacer, se acuerda, todo lo que tiene que ver con la mujer que está tirada en la cama frente a ella, esa con la que se acostó anoche y después hicieron ver que no había pasado nada, no hay nada de ella que haya olvidado. Se acerca a ella y poniéndole la mano por detrás de la nuca con cuidado, comienza a retirarle la almohada de debajo de la cabeza.

—Tranquila —dice mientras Virginia aprieta los dientes por el dolor.

Carla tira la almohada sobre su cama y lo siguiente que hace es irse hacia su bolso, de donde saca una pastilla que abre delante de Virginia.

—Es un relajante muscular, me lo recetaron para la ansiedad —le explica al mismo tiempo que se lo mete debajo de la lengua—. Esto te ayudará.

—Dame un calmante también —pide Virginia haciendo una mueca.

La ladrona no protesta y obedece, sabe que el dolor que siente es muy intenso y que la puede dejar paralizada durante horas si no se toma algo. Le da una de sus pastillas con un poco de agua y después hace lo que solía hacer siempre, sentarse a horcajadas sobre su barriga y entrelazar los dedos de las manos por detrás del cuello de Virginia para tirar ligeramente hacia arriba. Esa posición la alivia y su gesto se relaja mientras las dos se miran un momento.

—Todavía es temprano —susurra Carla sin moverse ante la mirada agotada de Virginia, que no está acostumbrada a los ansiolíticos y ya está notando el efecto—. Cierra los ojos, cuando te despiertes, estarás mucho mejor, ya lo sabes.

Carla siente unas repentinas ganas de llorar cuando ve el modo en que Virginia se contiene. La falsificadora siempre ha destacado por ser una mujer fuerte y decidida que no se amedrenta con nada, pero era una enferma pésima. Cuando se encontraba mal no paraba de quejarse y de buscar las atenciones y los mimos de Carla, que se reía y le daba besos mientras le decía que era peor que un hombre. La Virginia que tiene bajo el cuerpo quiere ser la de antes, lo necesita, Carla se lo ve en la manera de mirarla, en el brillo de los ojos y el dolor que expresan. Nota esa necesidad de cariño y de cuidados por su parte, pero no se los pide. Virginia se contiene, aguanta el dolor tanto por fuera como por dentro y no se queja porque no se atreve, no sabe cómo puede reaccionar Carla y no está en condiciones de soportar una mala contestación por su parte.

Lentamente, cierra los ojos y Carla se queda ahí, sobre ella sin soltar su cuello a pesar de que la posición es incómoda y los músculos de los brazos comienzan a arderle. No la suelta hasta que la respiración de Virginia comienza a relajarse y se queda dormida.

Cuando Virginia vuelve a abrir los ojos siente una pesadez extrema en todo el cuerpo. El ansiolítico no solo ha relajado los músculos de su cuello, lo ha hecho con todos los demás y tiene la sensación de que ha perdido toda la fuerza. Gira el cuello lentamente comprobando que el dolor fuerte ha desaparecido y que ahora solo queda esa sensación de que tiene un golpe que sabe que le durará días.

—¿Cómo te encuentras?

Un repentino olor a café le llega junto a la voz de Carla. Virginia se incorpora un poco y la encuentra sentada a los pies de su cama. Está vestida y duchada y sostiene un vaso de café que acaba de traer del bar de enfrente.

—Como si me hubiera caído de un séptimo piso —contesta Virginia sentándose en la cama.

—Es café solo, he pensado que te iría bien para despejarte.

La falsificadora asiente con una mueca y lo acepta.

—¿Te sigue doliendo?

—Poco. ¿Cómo puedes tomarte esas pastillas y seguir siendo persona?

—Me las tomo por la noche, Virginia, para dormir, pero a ti te hacía falta ahora.

—¿Cuánto he dormido?

—Un par de horas.

Virginia desvía la mirada a los pies de la cama de Carla, donde encuentra su mochila cerrada y ve que todo está recogido.

—Si no tengo a la policía encima no hay motivo para que sigamos en este hostalucho cutre, ya he informado de que dejamos la habitación. Hoy dormiremos en mi apartamento —decide Carla y Virginia asiente.

Media hora más tarde han dejado las cosas en el maletero del coche de Virginia y han

aparcado cerca de la tienda de antigüedades de Teresa.

Cuando entran, el lugar les parece lúgubre como siempre, demasiado oscuro a pesar del gran escaparate por el que da de lleno el sol. El mostrador está al fondo de un local que está invadido por todo tipo de objetos antiguos que apenas dejan un estrecho pasillo para llegar hasta él.

—Buscamos a Teresa —dice Carla cuando un hombre menudo y malcarado les pregunta qué necesitan.

—Teresa está ocupada, si quieren comprar algo tienen que hablar conmigo.

—Lo que quiero comprar no me lo vas a vender tú —escupe Virginia.

El efecto de la pastilla hace que se sienta muy cansada y solo tenga ganas de tumbarse, por lo que no tiene el cuerpo para aguantar al tiparraco con aires de matón que tiene delante.

—No me interesa ninguna de las porquerías que tienes por aquí, me interesa ella y a ella lo que puedo ofrecerle, así que haz el favor de dejarnos pasar.

—¿Quién quiere verla? —pregunta contrariado.

—Virginia Madrazo y Carla Loza.

El hombre la mira de arriba abajo con gesto irritado y se da la vuelta para cruzar por el hueco en la pared que, en lugar de una puerta, cubre una cortina oscura y espesa.

—¿Qué vamos a ofrecerle? —pregunta Carla con los ojos muy abiertos.

—Nada, nena, es lo primero que se me ha ocurrido —contesta Virginia dejándola atónita.

Antes de que Carla pueda decir nada, el hombrecillo se asoma por la cortina y les hace un gesto para que pasen. Las dos mujeres lo siguen por un largo pasillo que ya habían cruzado alguna vez hasta que llegan a la puerta del fondo y el hombre les indica que entren para después desaparecer como un fantasma.

Teresa Paredes está sentada detrás de una mesa que acumula varias montañas de papeles. Rubia con el pelo invadido de canas, cincuenta años y una mirada mordaz que indica que a ella nadie le toma el pelo. Se quita las gafas de montura metálica y arquea las cejas mientras las mira de hito en hito.

—¿Desde cuándo volvéis a trabajar juntas? —pregunta con la voz ronca de quien fuma como una carretera y bebe desde primera hora de la mañana.

—No venimos por eso —responde Carla.

Teresa sonríe de un modo enigmático y les señala las sillas al otro lado de su mesa. Las dos entran en la habitación convertida en despacho clandestino y el olor a tabaco les penetra en la nariz con fuerza.

Cuando se sientan, Teresa se levanta y abre un armario del que extrae dos vasos que deja al lado del que ya tiene junto a la calculadora manual que estaba utilizando. En ellos vierte un buen chorro de Whisky y los desliza hacia las dos mujeres al mismo tiempo que se sienta.

Virginia alza la mirada y la clava en el reloj de estilo clásico que cuelga sobre la pared, tan falso como la mayoría de las cosas que hay en esa tienda. Todavía no son las once de la mañana, pero las dos saben que rechazar ese vaso sería ofender a la anfitriona, y eso no les interesa. Entre ellas se miran y Virginia toma la iniciativa, cogiendo el vaso y bebiéndose todo el líquido de un solo trago. Nota como el alcohol le va quemando la garganta y le arde conforme baja por el esófago. Carla la mira espantada, pensando en el ansiolítico que se ha tomado hace apenas unas horas y rezando para que la mezcla no le sienta mal y acabe desmayada.

Teresa le clava la mirada a la ladrona y Carla comprende que la conversación no empezará hasta que su vaso esté también vacío, así que no se lo piensa y también se lo bebe de un trago que le hace subir una arcada que contiene como puede.

—¿Y bien? Si no venís por trabajo, ¿a qué debo el honor? Algo gordo habrá pasado para que

tú hayas vuelto por aquí después de tanto tiempo, ¿me equivoco? —pregunta mirando a Virginia.

La falsificadora suelta una risa nasal y le clava la mirada. Teresa es astuta como un zorro y es muy probable que solo con verlas ya sepa lo que quieren, solo las está tanteando para saber cuánto puede beneficiarse de su necesidad.

—Buscamos a Iñaki Taverno, por ahí nos han dicho que tú sabes dónde está —dice Virginia sin andarse con rodeos.

Teresa se fija en ese hematoma que Carla no consigue que el maquillaje oculte del todo y se recuesta en la silla.

—Sé lo que ese atontado te hizo, sinceramente, no me lo esperaba —comenta rellenando su vaso para beber.

Hace un gesto con la botella para rellenar el de ellas, pero Virginia, que nota la mente embotada, la detiene con un gesto de la mano.

—¿Sabes dónde está? —insiste Virginia.

Teresa se enciende un cigarro y expulsa el humo de la primera calada con una lentitud exasperante, pero las dos deben permanecer calladas y quietas, si hay algo que le gusta a la mujer que tienen delante, es ser el centro de atención y la que dirige las conversaciones.

—Tal vez sepa algo, pero ya sabéis que la información se paga, queridas. No es nada personal, pero una tiene que comer —dice abriendo los brazos antes de llevarse de nuevo el cigarro a los labios.

—¿Cuánto? —pregunta Virginia.

—No se trata de cuánto, cariño —sonríe Teresa expulsando el humo por la nariz.

Se inclina hacia delante y apoya los codos sobre la mesa observando primero a Carla hasta hacerla sentir incómoda y después a Virginia, que no se inmuta ante su gesto.

—¿Y de qué se trata? —pregunta Virginia, temiendo que les pida que hagan algún trabajo a cambio.

—De intereses, yo tengo algo que te interesa y tú tienes algo que me interesa a mí.

La cara de Virginia se transforma en un claro gesto de sorpresa, igual que la de Carla.

—Ve al grano, Teresa —exige conteniendo un bostezo.

—Sé a qué te dedicas ahora, Virginia. Si algo hago bien, es mantenerme informada.

—¿Y?

—Una identidad nueva no me vendría mal, las cosas últimamente se están poniendo feas por aquí —dice y vuelve a recostarse en su silla mientras se lleva el cigarro a los labios para disfrutar de otra prolongada calada.

—Está bien, puedo tenerla mañana —acepta sin perder tiempo.

—Muy bien, en ese caso, volved cuando la tengas y hablamos.

Carla resopla hastiada y se pone en pie mientras Virginia le da una dirección de correo electrónico para que envíe una fotografía de su cara.

—¿Algún nombre en especial? —pregunta la falsificadora.

—Nicoleta, siempre he querido llamarme así —sonríe Teresa.

Virginia asiente y las dos abandonan la tienda de antigüedades con la sensación de que el tiempo se les escurre entre los dedos.

—¿Y si lo que nos dice de Iñaki no nos sirve? —pregunta Carla poniéndose al volante.

—Teresa es una hija de puta, pero en eso es legal, si dice que sabe algo, es que lo sabe. Llévame a Barcelona, necesito mis cosas para hacer lo que pide.

—¿No puede hacerlo tu marido? Tú necesitas descansar.

—Si lo hace Eloy, tardará al menos un par de días y no tenemos tanto tiempo. Llévame,

anda, descansaré por el camino.

Capítulo 19

Carla observa con fascinación la parsimonia y tranquilidad con la que Virginia trabaja sobre la identidad falsa de Teresa. Lo hace como si fuera algo rutinario que lleva haciendo toda la vida, moviéndose por ese sótano acondicionado con gusto en el que suele trabajar siempre.

Eloy no se encuentra en casa, Virginia lo ha avisado por el camino de que iban hacia allí, que haría un trabajo y se marcharían. Carla no ha podido escuchar lo que él ha respondido, pero es muy consciente de que al marido de Virginia su presencia no le gusta. Cuando han bajado al sótano, Virginia ha encontrado un sobre abultado sobre su mesa de trabajo, en él está el dinero que le pidió a su marido que fuera consiguiendo y Carla lo ha mirado con la incomodidad de no saber cómo agradecerle lo que está haciendo por ella. A veces odia su orgullo, otras, simplemente, se odia a sí misma por no ser capaz de expresarse y decirle lo que siente.

Piensa en el beso y eso la lleva de inmediato a lo que pasó en la habitación cuando llegaron ayer del Mikos. Carla carraspea y Virginia levanta la vista un instante para mirarla, después vuelve a lo suyo con gesto concentrado.

—¿Es difícil? —pregunta Carla tratando de centrarse en cualquier cosa que no sea lo que le acelera el corazón.

Virginia vuelve a levantar la vista y mueve los hombros con un gesto de dolor que no puede disimular.

—No si sabes lo que haces y tienes cuidado. Tener buen pulso también es importante, el chip lo pego a pulso y debe quedar perfecto para que dé el pego.

—Es interesante —dice Carla sin dejar de mirar lo que hace, le parece algo divertido y, aunque no es lo mismo que robar, no deja de sentir ese pequeño cosquilleo que le entra en la barriga cuando sabe que hace algo ilegal.

—Y muy rentable —añade Virginia volviendo a mover los hombros.

Esta vez Carla se coloca detrás de ella y comienza a hacerle un suave masaje en las cervicales que en un primer instante asusta a Virginia, que da un respingo y se pone tensa.

—No hace falta —dice cogiendo mucho aire.

—Sí que hace, te duele y estás ahí curvada por mi culpa —contesta Carla en tono seco, de esos que Virginia no sabe interpretar últimamente.

Los dedos de la ladrona se mueven por su cuello por encima del jersey, rozándole la piel de vez en cuando, provocándole escalofríos y necesidades de que siga por otros sitios.

—En serio, Carla, no es necesario.

La ladrona la ignora y sigue con sus movimientos tratando de aliviarla. Virginia trata de dejar la mente en blanco y centrarse en lo que la ocupa, pero le resulta imposible.

—Para ya, Carla —le pide con brusquedad, girándose hacia ella mientras se pinza el puente de la nariz.

Carla da un paso atrás y la mira con la boca abierta y un gesto que va entre la sorpresa y la ofensa.

—Me pone nerviosa que me toques, nena —dice Virginia y suelta un bufido de ansiedad.

Después se frota las sienes y cierra los ojos un instante tratando de serenarse y recuperar la compostura. Cuando los abre, se encuentra con la mirada fija de Carla sobre ella. Nota como el

corazón se le acelera y la tensión vuelve a sus hombros mientras que la garganta se le cierra impidiendo que el aire entre con facilidad en sus pulmones. Por primera vez, Virginia siente algo parecido a un ataque de ansiedad y la impotencia de no poder controlar todo lo que la quema por dentro, se adueña de ella haciendo que se gire bruscamente y vuelva a lo que estaba haciendo.

Se queda muy quieta, mirando el documento falso que tiene delante y casi ha terminado, pero está tan colapsada en ese instante, que ni siquiera sabe lo que tiene que hacer para continuar.

—¿Quieres que te espere arriba?

La voz de Carla le llega distorsionada como si hubiera interferencias entre ellas. Virginia no contesta, solo apoya los codos sobre la mesa y cruza las manos por detrás de su cabeza mientras su pecho se infla con fuerza tratando de encontrar un aire que parece que no llega.

De repente nota una mano en la base de la banqueta giratoria en la que se encuentra sentada y su cuerpo se voltea cuando Carla la hace girar dejándola frente a ella. Virginia deja caer los brazos a ambos lados de su cuerpo y la ladrona le aparta el pelo de la cara con los dedos al mismo tiempo que se coloca entre sus piernas y sus manos bajan por su rostro hasta que la acuna por las mejillas y comienza a besarla de manera lenta y suave. No la invade, deja que el aire pase entre las bocas para que Virginia no se ahogue y, aunque al principio la falsificadora no parece responder, enseguida insinúa la punta de la lengua y se entrega a un beso más profundo en el que descarga parte de la ansiedad que siente. Carla no le da tregua ni se anda con remilgos, mientras el beso se prolonga y se vuelve ardiente, sus dos manos trabajan en desabrochar el pantalón de Virginia.

—Levanta el culo —le susurra en una orden directa.

Virginia obedece apoyando los pies en la barra que hay en la banqueta para ello y Carla aprovecha el movimiento para bajarle el pantalón y las bragas antes de que vuelva a sentarse. Virginia se aferra a su cuello cruzando los brazos por detrás y abre las piernas sin resistencia cuando las manos de la ladrona se lo exigen, después, simplemente se deja hacer.

Carla la acaricia en su zona más íntima, recorre cada milímetro de piel ardiente y húmeda mientras la besa sin descanso absorbiendo toda la energía de Virginia con sus labios. Le acaricia el clítoris hasta que lo tiene tan hinchado, que la pelvis de la falsificadora se mueve con exigencia buscando más contacto, es entonces cuando la ladrona rompe el beso y la penetra lentamente mirándola a los ojos porque no quiere perderse su expresión. A Carla siempre le gustó mirarla cuando estaba tan excitada, el temblor de su labio inferior la ponía enferma y los jadeos y suspiros anhelantes que escapaban de su boca se convertían en una corriente que le recorría todo el cuerpo y la hacía arder como una antorcha. Nada de eso ha cambiado y, mientras Virginia tiembla de placer como una hoja ante el vaivén de los dedos de Carla que cada vez se mueven con más rapidez, las dos se miran del mismo modo que lo hacían antes, hasta que Virginia no puede contenerse y el orgasmo la sacude con violentos espasmos que la hacen aferrarse con fuerza al pelo de Carla, retorciéndolo con los dedos hasta que su cuerpo se relaja y ahoga un último suspiro sobre su hombro.

Esta vez son los ojos de Virginia los que se encharcan, lo hacen de inmediato en cuanto el orgasmo termina y su cuerpo, debilitado y a la vez extrañamente tenso porque no consigue relajarse del todo, tiembla por dentro porque todas las emociones se le escapan sin que pueda contenerlas. Se aferra con fuerza a Carla y no le permite que la separe de ella cuando la ladrona nota los espasmos de su llanto silencioso. No quiere ver cómo la mira, ni sentir la humillación de saber que Carla la rechaza cuando ella ya no puede respirar si no la tiene al lado. Virginia se hunde completamente como no recuerda haberlo hecho nunca, y lo único que la consuela es saber que Carla no la suelta, que la mantiene pegada a ella y se aferra a su cuerpo con una fuerza

desmedida.

Los minutos pasan en un silencio que solo rompen los hipidos que Virginia todavía no controla, ha dejado de llorar, pero su cuerpo parece tener vida propia y obedecer a algún tipo de necesidad que hasta ahora desconocía. Se separa lentamente de Carla y no levanta la vista porque no se atreve a mirarla, solo quiere recuperar la dignidad que en su opinión ha perdido, así que se desliza por la banqueta hasta quedar de pie y se sube la ropa interior y el pantalón. Después vuelve a sentarse y se da la vuelta para seguir trabajando a pesar de que los ojos le escuecen tanto, que apenas puede centrar la vista.

—Voy a lavarme y a por un poco de agua, te sentará bien beber —escucha decir a Carla.

Son algo más de las once de la noche cuando cruzan la puerta del apartamento de Carla. Apenas han hablado, cuando Carla le ha preguntado por qué está tan nerviosa, Virginia ha dicho que no quería hablar del tema, así que ella no ha insistido.

—Calentaré un poco de caldo para cenar, es lo único que puedo hacer rápido —dice Carla.

—Yo no quiero nada, si me das una manta me tumbo en el sofá.

La voz de Virginia parece de ultratumba cuando habla. Carla comienza a estar realmente preocupada por el estado decaído y nada propio de su exnovia y se pregunta hasta qué punto tiene derecho a tratarla del modo que lo hace. Es muy consciente de que entre ellas la llama sigue muy activa, que no es solo ella la que sigue enamorada de Virginia y que una conversación al respecto sería conveniente. No pueden estar follando porque no saben controlarse y después ignorar que ha sucedido, pero a Carla le aterra que para Virginia solo sea una aventura, algo que es inevitable porque están pasando tiempo juntas, pero que cuando termine, ella quiera seguir con su vida al lado de Eloy.

—No vas a dormir en el sofá de la manera que tienes las cervicales. Dormirás en mi cama y si no quieres tenerme al lado, me vengo yo aquí.

Las dos se fijan en la mancha de sangre que todavía decora el suelo del apartamento. Carla se fue después de la agresión, huyendo aterrada sin mirar atrás.

—Lo limpiaré después, venga, ven.

La lleva hasta su habitación, donde la cama sigue deshecha por el lado izquierdo. Virginia va directa hacia el derecho y se sienta sobre el colchón con una pesadez que a Carla le da la sensación de que en ese momento carga con todo el peso del mundo. Mientras que Virginia se desviste y se prepara, Carla le calienta una taza de caldo que lleva a la habitación con otro ansiolítico.

—Por favor, no me hagas suplicarte, Virgi —le dice tendiéndole ambas cosas—. Te ayudará a dormir, y mañana estarás mejor del cuello, y también de lo que sea que te pasa y no quieres contarme.

Los ojos de Virginia se clavan en ella con firmeza antes de meterse la pastilla en la boca y tragársela cuando se bebe toda la taza. Carla recoge la taza complacida y se dirige hacia la puerta para dejarla descansar.

—Carla.

—Dime —dice girándose hacia ella.

—No hace falta que te vayas al sofá.

Capítulo 20

Carla y Virginia esperan dentro del coche a que Teresa llegue a la tienda de antigüedades. Se han levantado temprano y apenas se han dirigido la palabra salvo para darse los buenos días.

Virginia está mucho más relajada, el dolor de sus cervicales se ha reducido hasta convertirse solo en una molestia, lo que le duele más es su orgullo, haberse mostrado tan débil delante de Carla no entraba dentro de sus planes, y eso la hace estar un poco incómoda.

—Ahí llega el enano gruñón —anuncia la ladrona haciendo un gesto con la cabeza.

Virginia se gira y ve al hombrecillo abrir la tienda, ahora solo falta que llegue la verdadera dueña. Carla menea las rodillas de manera sistemática cada vez más rápido, Virginia sabe que está nerviosa, mañana se cumple la semana de plazo que le dieron los chinos y todavía no saben nada de Iñaki. La mujer fuerte y serena que es, vuelve a habitar en ella y se gira hacia Carla colocándole una mano en la rodilla que hace que deje de moverse en seco.

—Para ya, encontraremos a ese cerdo —le asegura convencida.

—Eso es fácil de decir —lamenta Carla—, pero a la que van a ejecutar y tirar en una cuneta va a ser a mí.

—Nadie te va a hacer nada, joder —se enfada Virginia, que solo de pensarlo se le anuda la boca del estómago—. Tú confía en mí, o en Teresa en este caso —añade poniendo los ojos en blanco, lo que provoca la risa nerviosa de Carla.

—Hablando de Roma, ahí viene —dice la ladrona mirando por el retrovisor de su lado.

Deciden darle cinco minutos una vez entra y después se bajan del coche y cruzan la puerta de la tienda de antigüedades. Esta vez no tienen que lidiar con el mal humor del hombrecillo que, en cuanto las ve, les hace un gesto con la cabeza y de nuevo lo siguen por el largo pasillo hasta el despacho de Teresa.

—Qué puntualidad —dice la mujer, sacando de nuevo dos vasos.

—Joder —chasquea la lengua Carla.

—Te callas y bebes —la reprende Virginia en voz baja.

—Pasad, queridas, no os quedéis ahí como dos pasmarotes. ¿Tenéis lo que acordamos?

Esta vez es ella la que va directa al grano, lo cual agradecen porque el tiempo no les sobra.

—Sí —responde Virginia sacando un sobre de su bolso.

Los ojos de Teresa bailotean chispeantes y sonrío extendiendo la mano.

—Antes lo nuestro —exige Virginia.

Teresa sonrío y les pide que se sienten señalando los dos vasos. Las tres mujeres beben a la vez, solo que en esta ocasión, Carla se atraganta con el líquido ambarino y tose varias veces hasta que le viene una arcada que a duras penas puede contener.

—Si vas a vomitar te vas al baño, que después se queda un olor ácido por aquí muy incómodo —dice Teresa señalando una puerta a su izquierda.

—¿Estás bien? —le pregunta Virginia aguantándose la risa.

Carla asiente como toda respuesta, aunque su cara de asco es evidente.

—Teresa, tenemos algo de prisa —inquieta la falsificadora.

—Claro, cariño, yo también soy una mujer muy ocupada. No puedo contaros mucho sobre ese desgraciado, si es listo se habrá escondido como la rata traidora que es, pero sí queréis

encontrarlo, deberías empezar por ir al puerto deportivo de L'Ampolla. Me consta que tiene un barco comprado bajo una identidad falsa, Martín Mateo.

—¿Y ya está? —protesta Carla ofuscada.

—¿Qué más quieres, querida? Querías información y te la he dado, eso es lo que sé, creo que es un cambio justo.

Virginia arquea las cejas y suelta un bufido sin decir nada. Vuelve a sacar el sobre del bolso y se lo entrega a Teresa, que lo abre ansiosa y comprueba complacida el resultado de un trabajo bien hecho.

—Es muy bueno —murmura poniéndose las gafas—, quizá hagamos más tratos tú y yo —dice señalando a Virginia.

La falsificadora no contesta y se pone en pie.

—Venga, Carla, vamos. Gracias por todo, Teresa, es un placer hacer negocios contigo.

—Lo mismo digo, ya sabéis dónde estoy.

—L'Ampolla está a menos de una hora de aquí, tenemos tiempo de sobra —dice Virginia cuando se suben en el coche, tratando de dar ánimos a una Carla cada vez más tensa.

El puerto de L'Ampolla no es muy grande, lo que les produce alivio porque saben que sea para bien o para mal, las respuestas que buscan llegarán rápido.

—Espera, ponte esto —le dice Carla a Virginia entregándole una gorra—. Si Iñaki está por aquí, a mí no va a reconocermme con este color de pelo, pero a ti sí, y solo falta que nos vea y se largue.

Virginia se recoge el pelo en una coleta perfecta y después de calarse la gorra, se pone unas gafas de sol que le dan un aire de turista adinerada e insufrible que hace reír a Carla. Ella también se pone unas gafas de sol, más por tapar el hematoma que por ocultar su mirada verdosa. El sol les da de lleno y las pecas de las mejillas de Carla resaltan haciendo que a Virginia le entren ganas de pellizcárselas.

—¿Qué? —pregunta Carla con una mueca nerviosa ante la sonrisa chulesca de una Virginia que ha recuperado por completo su seguridad.

—Que te comería entera —espetea y comienza a caminar.

Carla se queda clavada en el sitio, de nuevo tiene la sensación de que sus piernas son dos bloques de piedra como el primer día que la vio. Le tiembla el cuerpo entero y ni siquiera le ha dicho nada obsceno.

Virginia se detiene al ver que no la sigue y se vuelve hacia ella abriendo los brazos con un gesto de impaciencia.

—¿Vienes o no?

Carla se impulsa como si le hubieran dado una patada en el trasero y llega hasta su lado en silencio. Nerviosa. Tensa. Excitada. Con ganas de que se la coma.

Las dos caminan en silencio como si fueran dos amigas que pasean haciendo turismo por la zona. Observan cada barco amarrado con detenimiento en busca de alguna pista sobre Iñaki, pero no lo ven por ningún sitio y en el camino de regreso es cuando deciden comenzar a hacer preguntas.

Tampoco tienen muchas opciones, solo tres personas están sobre las cubiertas de sus barcos y una permanece en el muelle haciendo tareas de mantenimiento. El primer hombre al que preguntan, además de parecer molesto porque lo han interrumpido en su tarea, asegura no conocer a ningún Martín Mateo o en su defecto, a Iñaki Taverno. Con el segundo corren la misma suerte, el hombre es más simpático y hasta se siente mal por no poder ayudarlas, pero no conoce al tipo que le describen.

—Mierda —lamenta Carla mientras caminan hacia el trabajador de mantenimiento.

—Tranquila —dice Virginia.

Con el tipo les pasa exactamente lo mismo, por la descripción dice que le suena haberlo visto alguna vez, pero no es capaz de ubicarlo en ningún barco ni aportarles más datos. Solo les queda el último tipo que lija la madera de una barca con pintura verde desgastada, si no, tendrán que darse una vuelta y volver más tarde en busca de alguien diferente.

Cuando se acercan a él, el hombre las mira con desconfianza y por la pinta que tiene, las dos comprenden que han dado con la persona perfecta.

—Buscamos a Martín Mateo —dice Carla.

—Sí, ya os he escuchado preguntarle al tonto de Luisito —gruñe haciendo un gesto hacia el trabajador de mantenimiento.

—¿Le conoce? —insiste Virginia.

—¿Quién pregunta?

—Somos amigas del colegio, lo buscamos para que venga a la cena...

—Claro, bonita, y yo me chupo el dedo —la interrumpe el viejo soltando un escupitajo que se confunde entre la espuma del agua.

A Carla le vuelve a subir una arcada por el esófago.

—Aquí nadie tiene amigos, ¿entendéis? Y mucho menos dos mujeres tan —el hombre las mira de arriba abajo con una lascivia que las asquea a ambas.

—Está bien —acepta Virginia con tono hastiado, después abre el bolso y saca un billete de cincuenta que le muestra al hombre con cuidado de que nadie más lo vea.

—Quizá sepa algo —dice el viejo y Virginia resopla conteniendo la rabia.

Mete la mano en el bolso y saca otro.

—Habla, no tengo más.

—Ya, claro... —duda el viejo y hace un gesto hacia un amarre vacío que hay un poco más allá.

—¿Qué? —inquieta Carla comenzando a desesperarse.

—Vuestro amiguete amarra su yate ahí.

—¿Y dónde está? —insiste Carla.

—Y yo qué coño sé. Dame la pasta.

—Por cien euros tendrás que decirme algo más que eso, abuelo, aquí hay muchos amarres vacíos. ¿Cómo sé que no me tomas el pelo? —escupe Virginia sin que le tiemble la voz, con esa seguridad tan propia de su carácter sereno.

—Yo soy de fiar, mocosa —dice ofendido, como si lo único de valor que le quedase fuese su palabra—. Si te digo que es suyo, es que lo es. El barco es de los buenos, un yate pequeño, pero de los que valen una buena morterada. Se llama Virginia.

—¿Perdón? —pregunta descolocada.

—El barco, cojones. Todo buen capitán pone nombre a su yate, el de ese tipo que buscas se llama Virginia.

Las dos se miran sorprendidas por el dato y después Carla alza una ceja con gesto de victoria. Ella siempre le decía a Virginia que Iñaki seguía enamorado de ella y la que entonces era su novia, lo negaba con rotundidad, alegando que a Iñaki le gustaban todas. Ahora sus sospechas se confirman y a la falsificadora no le queda más remedio que aceptar la evidencia.

—¿Sabe a qué hora se ha ido? —pregunta Carla ante el mutismo repentino de Virginia.

—No se ha ido hoy, se fue hace un par de días, tal vez tres, no lo he visto desde entonces.

—¿Y no sabe dónde puede estar?

—Pues claro que no, coño, ¿crees que soy un chismoso? Se habrá llevado a un par de buenas mozas como vosotras y habrá echado el ancla por ahí hasta que lo dejen seco. Yo lo haría —dice mostrando una sonrisa a la que le faltan varios dientes.

—Gracias por todo —Virginia le entrega los billetes con cuidado de que sus dedos no se rocen y las dos vuelven al coche.

Capítulo 21

—Estoy muerta —dice Carla derrotada en cuanto vuelven al coche.

Su cuerpo ha caído a plomo sobre el asiento mientras Virginia la mira muy seria, exigiendo una explicación a ese comportamiento pesimista.

—Si Iñaki está navegando por ahí, va a ser imposible localizarlo y lo sabes, no me mires así —dice irritada, cansada de vivir con esa sensación de angustia que la persigue desde que su amigo la traicionó.

Virginia ni siquiera parpadea, solo la mira girada hacia ella, con un codo apoyado en el asiento y el otro en el volante.

—El plazo que me dio Yin vence mañana, y ni tengo el dinero ni los putos jarrones.

Carla se masajea las sienes y suelta un suspiro de agotamiento mental.

—En eso te equivocas, nena. El dinero lo tenemos, así que relájate y llévame a ver a ese tal Yin, ya va siendo hora de que me lo presentes.

—¿A conocerlo? ¿Tú te has vuelto loca? —se escandaliza Carla mirándola con los ojos muy abiertos, calibrando hasta qué punto le habla en serio.

—¿Loca? Déjame que te explique algo, Carla. No acabarás en una cuneta con un tiro en la nuca, primero se cebarán contigo haciéndote todo tipo de cosas que no quiero ni imaginarme y después acabarás hecha trizas y servida como carne en alguno de sus restaurantes.

Carla se queda más blanca que una lechuga.

—Tengo el dinero que te dieron de adelanto, eso tiene que servir para negociar. Seguramente querrá más, por las molestias o por intereses, se inventará cualquier patraña, pero con más tiempo no hay problema, puedo conseguirlo.

—No voy a permitir que te arruines por mi culpa —dice Carla con la voz temblona.

—Por ti me iría debajo de un puto puente, Carla.

—Pues hace años no pensabas igual, porque me dejaste.

—Joder —cabecea frustrada Virginia—. Ahora no es momento de hablar de eso.

—¿¿No?! ¿Y cuándo lo es?!

Carla grita histérica, ida, descontrolada por el miedo y por los nervios.

—Te fuiste porque ibas a dejarlo, me dejaste atrás para encarrilar tu vida y mírate, eres una jodida falsificadora. ¿En qué momento pasó eso? ¿Me dejaste solo porque te estorbaba para tus nuevos planes?

Virginia la mira pasmada y la deja despotricar hasta que se cansa. Carla se ha puesto roja y la cara le brilla por el sudor nervioso acumulado. Baja la ventana y saca la cabeza por ella como si se estuviera ahogando, hasta que un par de minutos después, vuelve a meterla dentro con la expresión más serena.

—¿Has acabado?

La pregunta de Virginia le hace hervir la sangre, pero Carla se controla, le duele la garganta de hablar tan rápido y chillando y siente que si no se relaja, le dará un infarto, así que se encoge de hombros y no le contesta.

—Muy bien —dice Virginia y la coge del mentón con tal firmeza, que Carla no puede oponerse y tiene que mirarla—. Está claro que necesitamos hablar sobre eso, yo te debo una

explicación —admite ante el asombro de la ladrona—, pero ahora no es el momento, primero hay que conseguirte tiempo. ¿Entiendes eso?

Carla ni siquiera la mira cuando asiente sobre la mano que le sujeta el mentón.

—Nena... —le susurra Virginia con un tono tan dócil que Carla se estremece.

Esta vez sí que la mira, no puede evitarlo porque cuando quiere, Virginia es peor que una encantadora de serpientes.

—Ahora te necesito serena, si nos presentamos delante de ese chino y te ve con esa cara, estamos vendidas. Necesito a la Carla que yo conozco, a esa que no le daba miedo nada y que entraba en los sitios con la cabeza alta incluso cuando días antes había robado en ellos.

A Carla le entra un cosquilleo en el estómago al recordar la euforia de esos momentos, el sentirse intocable tras un trabajo perfecto en el que nadie había podido identificarlos.

—A la Carla que se sentaba sobre mis piernas y me chuleaba hasta conseguir lo que quería —sigue diciendo Virginia.

—Está bien.

La ladrona asiente y carraspea cuando Virginia deja su rostro libre. Después se atusa el pelo, se seca la humedad que acumulaba en los ojos y bebe un poco de agua.

—¿Dónde está ese Yin? —pregunta Virginia poniendo el motor en marcha.

De vuelta a Tarragona han pasado por el apartamento de Carla para coger el dinero y después han ido directas a la dirección que ha indicado la ladrona, donde se reunió por primera vez con Yin para aceptar el encargo que la lleva por la calle de la amargura. El coche está aparcado a un par de calles de un restaurante chino aparentemente normal, aunque Carla sabe que en la parte trasera, Yin hace todo tipo de negocios que no tienen nada que ver con la comida.

—¿Estás segura? —pregunta Carla nerviosa—. Esta gente es peligrosa, Virgi, si te pasa algo no me lo perdonaré nunca.

—No me va a pasar nada, ni a ti tampoco. Tú déjame hablar a mí, ¿de acuerdo?

Carla suelta un bufido y asiente antes de que las dos salgan del coche. Caminan en silencio hasta la parte trasera del restaurante, situado en la zona comercial de un polígono industrial donde un día entre semana a esas horas, no está muy concurrido. Virginia en realidad sí que está nerviosa, pero sabe que si ella titubea, acabará con la serenidad de Carla y no tendrán nada que hacer.

Cuando llegan a la parte trasera del restaurante, uno de los tipos que agredió a Carla, el gorila que le aplastó el pecho como si fuera una hormiga, se pasea de un lado a otro como si comprobase algo en el móvil. Las dos saben que vigila la puerta.

Carla nota que le tiembla todo el cuerpo, sobre todo cuando el hombre repara en ella y la mira entre divertido y sorprendido de que haya sido tan estúpida de aparecer por allí.

—Vengo a ver a Yin —dice Carla con toda la seguridad que es capaz de reunir.

—¿Y ella?

El hombre sondea a Virginia durante varios segundos que se les hacen muy largos.

—Viene conmigo, es mi socia.

—Socia —repite y esboza una sonrisa siniestra antes de abrir la puerta metálica que da acceso al interior—. Vamos.

Carla mira a Virginia con la mandíbula apretada y ella le guiña un ojo con tanta seguridad, que por un momento llega a pensar que lo tienen todo controlado. Obviamente, eso no es así y, en cuanto la puerta metálica se cierra, el gorila se vuelve hacia ellas y las apunta a la cabeza con un arma que ha sacado de la parte trasera del pantalón. Otro asiático se ha unido a él colocándose detrás de las mujeres con un arma mucho más imponente que la pistola que ven de frente.

Virginia no tiene claro cómo se comunican entre ellos o si saben de su presencia a través de alguna cámara que ella todavía no ha localizado, pero al momento aparecen otros tres, entre ellos una mujer menuda y llena de arrugas que podría ser la abuela de todos.

—Las manos en la pared —ordena el gorila.

Las dos mujeres obedecen y de inmediato la señora las cachea en busca de algún arma. Enseguida nota el sobre abultado que Virginia guarda en el bolsillo de dentro de la chaqueta y la mujer la obliga a que se gire. Lo coge con sus manos huesudas y arrugadas mientras Virginia la mira nerviosa pensando que a lo mejor sí que ha sido una imprudencia presentarse allí ellas dos solas con el dinero encima.

Ya es tarde para lamentarse y tampoco puede demostrar el terror que siente, así que se mantiene firme, con la mirada clavada en la anciana mientras comprueba el contenido y le hace un gesto de afirmación al gorila. Sorprendentemente, le deja el sobre en el bolsillo y se aparta dando su aprobación.

—Adelante —indica el gorila sin dejar de apuntarlas.

Las piernas de Virginia todavía tiemblan cuando comienzan a caminar, Carla simplemente se limita a seguir los pasos de su exnovia, con la mirada clavada en su culo porque eso es lo único que logra distraerla, más bien hipnotizarla. El gorila abre una puerta y las hace pasar. En el habitáculo, no muy grande y sin ventanas, encuentran a Yin sentado en una mesa que hay al fondo, contando montañas de billetes en una máquina en compañía del esmirriado, el otro tipo que agredió a Carla.

Si el esmirriado es un tipo de tamaño pequeño, Yin lo es todavía más. Carla no había llegado a verlo en pie, las dos veces que habló con él, el hombre no se levantó de su silla. Virginia lo observa pensando en que ese mequetrefe no sería nadie si no tuviera el ejército de matones que lo acompaña.

—¿Vienes a saldar tu deuda? —pregunta muy quieto, con la mirada clavada en Carla.

—Traemos el dinero —se adelanta Virginia dejando claro que ahí manda ella.

Yin le clava una mirada furibunda e ignora completamente a Carla para dirigirse a ella. Virginia saca el sobre y se lo entrega. Yin ni siquiera hace amago de cogerlo, le hace un gesto con la cabeza al esmirriado y este saca el dinero y lo cuenta con expresión concentrada.

—Está todo —dice tras unos minutos de silencio tenso.

—Con eso la deuda que Carla tiene contigo está saldada —sentencia Virginia.

Yin menea la cabeza de lado a lado como un muñeco, negando con severidad.

—Es el dinero que le adelantaste.

—Carla falló en su entrega. Teníamos un acuerdo que no ha cumplido, y eso me ha generado problemas. Me ha dejado mal, ahora mis socios van a pensar que yo no cumplo, y Yin siempre cumple.

—Le quitaste veinte mil euros, quédatelos por las molestias.

Carla contiene el aliento mientras escucha la conversación, pasmada por la serenidad que muestra Virginia y por lo convincentes que suenan sus palabras cuando se dirige a ese matón despiadado.

—Claro que me los quedo, lo considero una ofrenda, pero no es suficiente. Carla aceptó traer los jarrones y debe cumplir.

—Sabes de sobra que su compañero la traicionó —esquepe Virginia tan tensa, que nota como las cervicales se le vuelven a cargar hasta que parece que tiene una roca sobre los hombros.

—Ese no es problema de Yin —dice en tercera persona, perturbando a Virginia—. Entiendo que ahora mandas tú, si has sido capaz de conseguir el dinero, serás capaz de encontrar mis

jarrones. Tenéis otra semana, ni un día más. No habrá más plazos ni negociaciones, si no cumplís, tendré que dar ejemplo.

Yin se da la vuelta y se sienta a mirar cómo la máquina sigue contando billetes, sin aclarar en qué consiste exactamente ese ejemplo, aunque ninguna de las dos lo necesita.

—Está bien —acepta Virginia—, pero pagarás la mitad de lo acordado. Un cuarto de millón.

Carla la mira boquiabierta, a punto de escupir el corazón por la boca. Yin sonríe de un modo indescifrable, después junta las manos sobre el regazo y asiente.

—Una semana, ahora fuera de aquí.

Capítulo 22

Cuando salen del restaurante, las dos caminan con paso militar hasta que salen del radar del gorila de la puerta. Entonces Virginia se gira y cuando ya no siente sus ojos clavados en la espalda, suelta un resoplido y se lleva las manos a la cabeza con gesto incrédulo.

—La madre que me parió —dice sin contener una sonrisa nerviosa.

Las dos se miran y comienzan a reírse para dejar libre la tensión acumulada y que sus músculos se relajen un poco.

—Pensaba que nos mataba —dice Carla con las mejillas rojas de la risa—, y encima vas tú y le pides que nos pague.

Virginia esta vez suelta una risilla nasal y cabecea.

—¿Y qué iba a hacer? No vamos a perseguir a Iñaki por los mares por la cara. Una cosa es que no hayas cumplido con el plazo y otra que no te pague nada.

—Eres una puta loca —dice Carla señalándola con el dedo—. Siempre con tus nervios antes de dar un golpe, y después te enfrentas a tiparracos como este sin que te tiemble el pulso. Eres muy rarita, en serio.

—He estado a punto de cagarme en los pantalones, Carla —admite Virginia volviendo a soltar aire.

Tiene la sensación de que la tensión que recorre su cuerpo no se va a terminar nunca.

—Pues no lo parecía, a mí me temblaban hasta las orejas.

Virginia le coge una mano y la coloca sobre el centro de su pecho para que note los latidos desbocados de su corazón, que todavía no se ha ralentizado ni un poco.

—Te aseguro que estaba muy nerviosa.

Carla no puede seguir pensando, tener la mano ahí le quema la piel y la arrastra por su pecho hasta subirla al cuello y cogerle la barbilla. Sus labios impactan con violencia contra los de Virginia, que recibe el beso abriendo la boca para buscar su lengua y presionarla con la suya. Las dos mujeres se funden en un abrazo para acompañar el beso, que prolongan hasta que les duele la mandíbula por la presión ejercida. Cuando se separan, Virginia mira hacia delante tratando de situarse mientras que Carla se pregunta el motivo de esas explosiones que las precipitan a besarse de manera repentina, explosiones de las que después no hablan y que a ella la tienen muy confundida.

—Vamos —dice Virginia cuando localiza su coche.

—¿Es que no vamos a hablar nunca de esto? —explota Carla echando a andar.

—¿De qué?

—De lo que pasa entre nosotras, Virginia, ¿o solo te entretienes conmigo por qué no puedes follarte a tu marido?

Virginia se detiene en seco y se gira hacia ella con tanta furia, que Carla demuda el gesto agresivo y lo cambia por uno más sumiso.

—Vas a hacer que me explote la puta cabeza, Carla —dice Virginia ofuscada—. No consigo centrarme ni controlar todo lo que me pasa desde que has vuelto, dame un respiro y deja de agobiarme de una vez, coño.

La deja plantada en el sitio y sigue caminando con paso firme hasta su coche, donde se deja

caer en el asiento y cierra los ojos durante los minutos que Carla decide quedarse fuera para controlar su rabia. Virginia tiene la sensación de que ha perdido el control de su vida y eso la tiene aterrada. Sabe que tiene que hablar con Carla, sobre su marcha hace ocho años y sobre lo que está pasando ahora, pero ningún momento le parece bueno porque sabe que cuando se enfrente a esas conversaciones, ya no habrá vuelta atrás, tendrá que tomar una decisión que afectará a su vida actual y ahora mismo no tiene la cabeza para pensar en todo, y para ella lo más importante es que Carla deje de correr peligro.

—Sube al coche —ordena bajando la ventana.

—¿O qué? —la provoca Carla, todavía dolida por sus palabras.

—Nena, no me hagas bajar. Sube, por favor —suplica Virginia suavizando el tono.

Esa forma de hablarle siempre le funciona, Virginia lo sabe, y eso irrita a Carla de un modo exasperante. Se sube en el coche cerrando de un portazo que retumba con fuerza, pero la falsificadora no protesta y conduce hasta su apartamento en un silencio incómodo que solo rompe la sintonía de la radio cuando Carla la enciende.

—¿Nos podemos centrar en encontrar los jarrones o quieres seguir comportándote como una cría? —espetea Virginia en cuanto entran en su casa.

Carla nota como la sangre le hierve por las venas.

—Aquí la única cría eres tú, que huyes como una cobarde. Pero sí, tranquila, puedo centrarme en los jarrones.

Virginia la mira largamente. Tiene ganas de empujarla sobre el sofá y hacerle el amor hasta que el cuerpo le diga basta, pero se mantiene quieta, prudente, y con la confianza que nunca ha perdido con ella, abre la nevera y se coge una cerveza de la que bebe como si hiciera días que no ingiere líquidos. Carla la imita y el regusto amargo del líquido parece que logra contener el fuego que les arde a ambas.

—Vale, seguimos suponiendo que los jarrones los tiene Iñaki —dice Carla sentándose en el sofá.

—Sí. No puede haberse deshecho de ellos todavía, no es tan tonto —opina Virginia sentándose a su lado.

Carla apoya los codos en las rodillas y deja que su mirada se pierda por el salón sin buscar un punto fijo.

—Si está navegando va a ser imposible dar con él. Deberías desaparecer, Virginia, vuelve a tu vida con tu marido y no pongas un pie en Tarragona durante una buena temporada. Yo buscaré a Iñaki y...

—¿Te quieres callar ya? No me voy a ir a ningún sitio, joder. Lo vamos a encontrar, ese cabrón va a pagar por lo que te ha hecho, nena, eso te lo juro. Y si no damos con él a tiempo, huiremos las dos juntas, esta vez no te voy a dejar tirada.

Sus palabras se quedan flotando en el aire, en el silencio absoluto que las sigue cuando Virginia se concentra en seguir bebiendo y Carla la mira con la boca abierta, sorprendida por lo que acaba de decir.

—Necesitamos un plan —dice Virginia antes de que Carla pueda decir nada—. Hay que conseguir los registros del puerto para saber la ruta que ha tomado el barco de Iñaki.

Carla la mira pensativa y, tras unos pocos segundos, en su cara se dibuja una sonrisa traviesa que pone en alerta a Virginia, que también sonrío cuando comprende que se le ha ocurrido algo.

—¿Qué?

—Sé cómo hacerlo, pero necesitamos a Ángel.

Capítulo 23

A Ángel no necesitaron insistirle, en cuanto Carla lo llamó ayer por la tarde, se presentó en su apartamento cuando salió del taller y escuchó con atención lo poco que sabían sobre el paradero de Iñaki.

—Yo puedo entrar y conseguir los registros con la ruta que ha tomado, pero para eso necesito que Virginia vigile la entrada mientras tú distraes al guardia —dijo mirando a Ángel, que asintió mientras sus labios se ensanchaban.

—¿Solo hay un guardia? —quiso asegurarse Ángel.

—Sí —confirmó Virginia con su memoria prodigiosa.

No era lo que andaban buscando cuando llegaron al puerto de L'Ampolla, pero su instinto siempre la hace sondear toda la zona en busca de cámaras, vigilantes, policías patrullando o cualquier cosa que pueda suponer un impedimento para sus planes, aunque no los tenga.

—Deformación profesional —se defendió ante la mirada traviesa de ambos.

—Bien, en cualquier caso da igual que haya uno o haya dos. En un puerto tan pequeño es fácil llamar la atención. Lo haremos de madrugada, cuando todavía no haya amanecido. A esa hora el hombre estará hasta las pelotas, cansado y deseando llegar a casa. Para cuando se dé cuenta de lo que pasa, ya nos habremos marchado —decidió Ángel.

Y ahí están ahora, con un coche alquilado bajo una de las identidades falsas de Virginia que han aparcado no muy lejos del puerto. Los tres llevan ropa oscura, ellas se han recogido el pelo y ocultado la melena bajo una gorra. Ángel está en el asiento del conductor y ellas dos en el trasero mientras Carla, con un portátil sobre las piernas, hackea las dos únicas cámaras que pueden grabarlos cuando se acerquen o se alejen del puerto.

A esas horas las calles están desiertas, el verano todavía no ha llegado y a los turistas no les interesa el pueblo costero hasta entonces.

—Listo —anuncia Carla.

Virginia alterna miradas entre ella y Ángel intentando contagiarse de su tranquilidad, pero no puede. La ansiedad le sube por el pecho devorándola por dentro como hace tantos años, eso fue lo que la llevó a dejar el grupo. Por muy segura de sí misma que es, se ponía muy tensa antes y durante los robos. Era algo superior a ella, algo irracional que no podía controlar de ningún modo, y meterse cocaína como le proponía muchas veces Iñaki, no entraba en sus planes.

Ahora se siente exactamente igual, la inquietud le hace bombear las sienes y apretar la mandíbula. Nota el cuello engarrotado y sus piernas rebotan sin descanso sin que pueda controlarlas. Carla la mira un instante y al ver su comportamiento nervioso, recuerda lo mal que lo pasaba su exnovia. Lo había olvidado por completo y por un momento, se siente culpable por haberla llevado a revivirlo de nuevo.

—Tranquila —dice y le pone una mano sobre la rodilla—, esto es una chorrada, Virgi. Solo vamos a coger información, será un momento.

—Lo sé —dice ella y carraspea.

Conoce de sobra las habilidades de Carla con los ordenadores, después de hacerse experta en todo tipo de cerraduras, dio un paso más y aprendió lo necesario para cargarse cualquier sistema de alarma, desactivar cámaras o desbloquear ordenadores en tiempo récord, aunque si tiene que

elegir entre controlar sistemas o colarse en sitios a robar cosas, Carla prefiere lo segundo.

Virginia muchas veces se preguntaba qué aportaba ella al grupo, pero su memoria fotográfica y la capacidad innata de registrar cualquier movimiento y calcular los tiempos mientras dirigía a cada miembro del equipo, resultaban tan útiles que de haberse quedado, Iñaki, Carla y Ángel están seguros de que aquel día donde todo se torció y estuvieron a punto de cogerlos, se hubiera evitado si Virginia hubiera estado al otro lado de la radio controlando la situación. Pero ella no estaba, y ahora el grupo está disuelto e incluso uno de ellos ha traicionado a otro.

—Deberíamos ir ya —dice Ángel.

Virginia coge aire y se centra del mismo modo que solía hacerlo siempre. Puede que sienta ansiedad y ese miedo agónico a que todo se tuerza y los cojan, pero una vez se bajen del coche, sabe que podrá controlarlo hasta que terminen, aunque sus músculos estén tan tensos que parezcan piedras.

—¿Lleváis los transmisores? —pregunta comprobando que el suyo funciona.

—Sí —responden Carla y Ángel al mismo tiempo.

—Pues venga, cuanto antes lo hagamos, antes nos marchamos.

Los tres se bajan del coche. Ellas dos comienzan a correr como si fueran dos amigas haciendo deporte a horas intempestivas mientras que Ángel abre el maletero y coge lo que necesita. A partir de ahí dejan de verlo y ellas corren por la zona portuaria hasta que encuentran un rincón que les ofrece oscuridad e intimidad para que Carla vuelva a sacar el portátil de la mochila para anular el control de seguridad del club náutico.

Virginia, con la espalda pegada a la pared, otea toda la zona en busca de cualquier movimiento sospechoso que pueda perjudicar sus planes.

—Estoy en posición —escucha decir a Ángel por el comunicador que tiene en la oreja derecha.

—Espera —ordena Virginia y él guarda silencio.

La falsificadora mira a Carla.

—Un segundo —dice su exnovia sin que Virginia tenga que preguntarle nada—. Listo.

Carla aprieta una tecla y sonríe satisfecha. Virginia vuelve a hacer una inspección visual sobre la zona mientras espera a que guarde el portátil en la mochila y se la cuelgue en la espalda, después se ponen el pasamontañas y Virginia da la orden.

—Adelante, Ángel.

Las dos se quedan quietas escuchando el ruido que las olas hacen un poco más lejos, en la zona de baño. Entonces se escucha un chispazo fuerte, después otro y, finalmente, la cubierta de uno de los barcos comienza a arder de manera repentina. Alguien grita *fuego*, el propio Ángel, y segundos después ven salir al guarda corriendo hacia las llamas.

—Vamos —ordena Virginia.

Las dos mujeres corren hacia la entrada del edificio que ahora está vacío y Carla se cuela en el interior, mientras que Virginia se queda en la puerta vigilando que no se acerque nadie. Ángel está escondido, su cometido es generar la distracción, pero también quedarse a la espera por si al guarda le da por volver antes de que ellas hayan acabado.

Los ojos de Virginia lo escanean todo como los de un camaleón, va mirando el reloj al mismo tiempo que habla con Carla, que le explica que ya está en la sala. El guarda ha cogido un extintor y trata de apagar el fuego con la ayuda de alguien que pasaba cerca.

—Venga, Carla, los bomberos y la policía están a punto de llegar —la insta nerviosa.

No ha terminado de decirlo cuando la ladrona aparece por la puerta y la coge del brazo. Virginia respira aliviada y da la orden a Ángel de que abandone la zona. Cuando ellas llegan al

coche, agotadas por una carrera que les ha parecido muy larga, su compañero ya las espera dentro con el motor en marcha.

—Vamos —jadea Virginia cuando las dos se meten dentro.

El Ford Fiesta alquilado se cruza con el camión de los bomberos y, segundos después, con la Policía Local. El corazón de los tres late desbocado, pero cuando pasa el peligro, les viene ese subidón que tanto les gusta. A Virginia en ese momento siempre le parece que todo el sufrimiento anterior merece la pena, son sentimientos contradictorios que no se explica, pero ahora está eufórica, hacía mucho tiempo que no sentía eso y debe reconocerse a sí misma que lo echaba de menos. Ángel suelta un grito de victoria golpeando el volante con fuerza, y ellas, en lugar de ganas de gritar, lo que sienten son ganas de comerse. Las dos se giran al mismo tiempo y se besan entre risas y jadeos porque todavía no han recuperado el aliento. Ángel las observa a través del espejo y sonríe recordando los viejos tiempos, pensando que ojalá todo volviera a ser como antes.

—¿Lo tienes? —pregunta Virginia cuando todos se calman.

Carla abre el portátil e introduce el lápiz de memoria donde ha copiado la información que buscaban. Mientras Ángel conduce de vuelta a Tarragona, ellas descartan nombres hasta que dan con el de Martín Mateo.

—Aquí estás, cabrón —dice Virginia señalando la pantalla con el dedo.

Carla abre su ficha y tras leer varios datos que no entienden, descubren que el Virginia salió del puerto tres días antes con destino al puerto de Menorca.

—Está en Menorca —dice Carla algo turbada.

—Pues habrá que hacerle una visita —decide Virginia.

—Yo también voy —añade Ángel desde el asiento delantero.

—¿Y tu trabajo? —pregunta Carla.

—Estoy hasta los huevos de trabajos de mierda, si me dais cincuenta mil cuando consigamos los jarrones, me monto mi propio taller y me retiro de esta mierda.

—Cuenta con ello, Ángel —le asegura Virginia.

Capítulo 24

El grupo de tres no ha viajado hasta Menorca. Después de que Ángel y Carla cogieran un macuto con sus cosas, pasaron por Barcelona para que Virginia dejara su coche y cogiera las suyas. Allí tuvo una fuerte discusión con Eloy que sus compañeros no presenciaron porque la esperaban en la calle, junto al taxista que los llevaría hasta el aeropuerto.

—¿Cuándo va a terminar esta mierda, Vir? —preguntó Eloy irritado.

—Pronto —contestó ella tajante, sin alterar el tono como él.

—¿Pronto? Tenemos trabajo, joder. Entiendo que tengas un calentón al volver a ver a tu exnovia, pero ya está bien de tanta gilipollez.

Ella se giró de golpe, agitada y nerviosa porque no quería estar allí.

—Considera que estoy de vacaciones, y no vuelvas a hablar de mis calentones cuando vas siempre con la polla fuera.

Eloy golpeó la puerta del armario con fuerza, sobresaltando a Virginia, que nunca lo había visto así.

—¿Me vas a dejar?

—¿Qué? —preguntó pasmada.

—Ya me has oído, ¿me vas a dejar?

—Vamos a ver, Eloy —contestó con voz cansina—. Entre tú y yo hace tiempo que no hay nada, y tú estás con Amparo, ¿qué más te da lo que yo haga?

—Me da mucho, recuerda que somos un matrimonio bien avenido.

—Sí, cuando salimos a la calle. No sé qué te pasa, pero no tengo tiempo para hablar de esto.

—Tenemos un negocio, Vir, no me toques las pelotas, que vuelvas a las andadas solo nos puede traer problemas —dijo cortándole el paso cuando se disponía a salir.

Ella le puso una mano en el pecho y lo apartó de su camino.

—Me gusta mi trabajo tanto como a ti —añadió melosa—. Solo dame unos días más para ayudar a Carla. Te aseguro que no tengo intención de volver a robar.

Virginia, que sabía que ya se lo había vuelto a meter en el bolsillo, le dio un beso en la mejilla y salió de la habitación.

Ahora hace un rato que han aterrizado en Mallorca, la isla vecina donde se encuentra Iñaki. Virginia y Eloy tienen una casa aquí y ha considerado que les será más fácil pasar desapercibidos si la utilizan.

—¿Y cómo vamos a Menorca? —pregunta Carla sin acabar de entender su plan—. Iñaki está allí, tendremos que movernos constantemente y depender de los ferris...

—No dependeremos de los ferris —la corta Virginia—. Eloy y yo siempre alquilamos un pequeño yate cuando vamos por allí. Ya he llamado para que me lo reserven, de ese modo nos moveremos sin problemas, y a nuestro aire.

La casa de Virginia no es muy ostentosa, como ninguna de sus propiedades siguiendo esa línea de actuación que ella y su marido se han impuesto para no llamar la atención. Aun así, a Carla le fascina la piscina y lamenta que el tiempo no acompañe todavía para usarla.

—Puedes quedarte esa habitación —le dice a Ángel señalando la que hay frente a la suya.

La casa tiene una tercera, pero está convertida en un despacho donde ambos trabajan cuando

están en la isla.

—Tú duermes conmigo —dice mirando a Carla fijamente.

No le está preguntando su opinión ni le ha ofrecido el sofá, lo ha dado por hecho sacando a esa Virginia decidida que hace temblar a Carla.

—¿Cuándo podemos coger el yate? —pregunta Ángel después de dejar su macuto sobre la cama.

—Tú no vas a coger nada, el alquiler incluye un capitán de absoluta confianza —espeta Virginia, todavía un poco tensa por la discusión con Eloy.

Ángel asiente sin quejarse, tampoco tiene licencia.

—¿Y cuándo estará disponible? —insiste el mecánico.

—A partir de las cuatro es nuestro mientras estemos aquí, día y noche.

Carla y Ángel miran el reloj al mismo tiempo, son poco más de las doce del mediodía.

—Voy a comprar algunas cosas —dice Ángel mirando la nevera vacía—. Cerveza sobre todo.

Virginia le da las llaves de la moto que tienen en el garaje y utilizan para moverse por la isla cuando están allí. Las dos mujeres se quedan solas, sin nada que hacer salvo ventilar un poco la casa y preparar las camas.

—¿Por qué tienes ansiedad?

La pregunta de Virginia hace detenerse en seco a Carla, que paseaba por el patio dirección a la piscina, cuya agua transparente destella bajo los reflejos del sol, mantenida todo el año por el servicio que la pareja tiene contratado.

—¿A qué viene esa pregunta?

Virginia coge una silla de las que hay debajo de la carpa y la saca hasta ponerla donde le da el sol. Se la ofrece a Carla y después saca otra para ella.

—El otro día me diste relajantes musculares para el cuello, dijiste que te los habían recetado para la ansiedad.

Carla ni siquiera recuerda habérselo dicho, pero lo lamenta.

—¿Y qué? —dice la ladrona a la defensiva.

—Solo pregunto.

—Es por lo de Yin.

—Y una mierda —espeta Virginia—. Dudo que después de lo de Yin tuvieras tiempo de ir al médico, a ti esto te viene de antes. ¿Qué te pasa?

—Y yo qué coño sé —bufa Carla y estira las piernas colocando un pie encima del otro.

—Siempre hay un motivo para la ansiedad, nena, no aparece sola.

—¿Ahora te preocupas por mí? —pregunta a la defensiva.

—Es evidente que sí.

La respuesta seca y sincera de Virginia la deja un poco descolocada.

—No tenemos nada mejor que hacer, ¿por qué no me lo cuentas?

—En eso te equivocas, te recuerdo que tenemos una conversación pendiente. ¿Por qué no hablamos sobre eso y te olvidas de mi puta ansiedad?

—Hagamos una cosa, tú me cuentas lo de tu ansiedad y después yo te digo por qué volví al mundo criminal —propone Virginia echándose hacia delante.

El pelo le cae en cascada por delante del hombro derecho y Carla se queda hipnotizada unos instantes que Virginia aprovecha para acercar su silla y colocarla justo frente a la suya, dejando las piernas estiradas de la ladrona por debajo de ella.

—Habla, nena —le susurra haciendo que todo su cuerpo se estremezca—. ¿Por qué tienes

ansiedad?

A Carla le irrita mucho que tenga ese efecto sobre ella, pero sabe que es inevitable y que luchar contra ello solo la pone de mal humor.

—Porque estoy cansada, Virgi —admite suspirando—. Agotada. Últimamente me sentía sobrepasada, necesitaba parar un poco, poder ir por la calle sin mirar atrás, sin estar pendiente de si me siguen o si habré metido la pata. Quería un respiro, unos meses de tranquilidad en algún pueblo de montaña. Por eso acepté el trabajo de Yin, ya te lo dije, con lo que iba a pagarme podría haberme retirado una buena temporada. Me asfixio, Virginia.

—Ven —la voz de Virginia es un susurro cuando se palmea las piernas y le pide que se siente sobre ellas.

Carla no protesta, se levanta y obedece abrazándose a su cuello. La falsificadora le pasa los dedos por las mejillas y traza recorridos suaves entre sus pecas haciéndole cosquillas.

—No me puedo separar de ti —susurra Virginia sin apartar la mirada de sus mejillas, como si fuera una confesión más para ella misma que para Carla.

Una verdad que debe admitirse y que no se hace real si no la dice en voz alta.

—Lo hice una vez y no quiero volver a hacerlo.

A Carla le está temblando el cuerpo tanto por fuera como por dentro. El torbellino de sentimientos que han desatado esas palabras no la dejan respirar, tampoco pensar ni reaccionar. Solo la mira, pasmada y exaltada, queriendo gritar de alegría y también de rabia mientras se pregunta en qué lugar las deja eso.

—¿Y tu marido? —balbucea desconcertada.

Virginia encoge los hombros sin contestar, ni siquiera se lo ha planteado. La realidad que ha salido de su boca la acaba de golpear con fuerza, sin que se lo esperase, y ahora no tiene ganas de preocuparse por Eloy.

—No te déjé por nada, Carla, y lo sabes —comienza a explicar Virginia.

La abraza y se inclina hacia delante para apoyar la cara sobre su pecho un momento, necesitada de su calor.

—Mi primo me había conseguido el trabajo de camarera del que te hablé. Las cosas me fueron bien durante un año más o menos, pero después mi primo tuvo una trifulca con un cliente y el dueño terminó por despedirnos a los dos. De repente nos vimos en la calle sin trabajo, y su novia acababa de tener un bebé. Buscamos empleo como desesperados durante un par de semanas, pero era temporada baja para la hostelería y ni él ni yo sabíamos hacer otra cosa. El dueño del apartamento que teníamos alquilado amenazó con echarnos si no le pagábamos el alquiler, fue un cúmulo de cosas, nena, necesitábamos dinero rápido y atracamos un par de gasolineras. Yo sabía que aquello era una patata caliente, que mi primo era un canelo que no sabía contenerse y que era cuestión de tiempo que nos pillaran si seguíamos, pero tampoco lo podía dejar tirado cuando él me había ayudado cuando se lo pedí.

—¿Y entonces?

Carla la escucha atenta, todavía impactada y muy nerviosa por lo que Virginia le ha confesado hace un instante.

—Decidí que si tenía que seguir era mejor hacerlo sola, sin él, el riesgo sería mucho menor. Y se me ocurrió planear una estafa, algo sencillo, robar la cartera de una chica y suplantar su identidad para pedir un crédito.

Ahora Carla arquea las cejas, entre divertida y sorprendida.

—Practiqué su firma en casa durante un par de horas y enseguida me di cuenta de que se me daba muy bien copiar las rúbricas. Lo hice con la de mi primo y la de su novia, y a la vista de

cualquiera era imposible saber si lo habían escrito ellos o yo —dice con orgullo.

—¿Y por qué no acudiste a nosotros? —la interrumpe Carla—. Podrías haber vuelto y conseguir dinero fácil y rápido.

—Por varios motivos, el primero era que, de algún modo, estaba convencida de que algún día tú ibas a conseguir dejarlo, pero si yo volvía sabía que no ibas a hacerlo, que ni siquiera te lo plantearías.

—Pues ya ves que no lo he hecho, ni estando tú ni sin estar.

—Ya... —dice Virginia suspirando.

—¿Y el otro motivo?

—No quería seguir robando, nena. Sabes lo nerviosa que me pongo, y suplantar identidades me resultaba demasiado fácil. Una peluca, un poco de labia, que de eso me sobra —añade con una sonrisa socarrona—, y un par de firmas que me salían solas. Más tarde conocí a Eloy cuando me pasaron el contacto de un tipo que podía conseguirme lo que necesitaba para comenzar a crear identidades falsas. Él me propuso hacerlo a gran escala, documentos, partidas de nacimiento, testamentos, certificados de defunción, cartas de recomendación. Eloy tenía los contactos y se encargaría del trato con la gente, yo solo tenía que sentarme frente a una mesa y trabajar, se acabarían esos nervios agobiantes y el temor a que la policía apareciese en cualquier momento.

—¿Te enamoraste de él?

Virginia le clava la mirada y hace una mueca apretando los labios.

—En parte sí, supongo. Llegó a gustarme mucho y estar con él me ayudaba a no pensar en ti. Aunque lo de casarnos no fue por amor, eso lo hicimos por apariencias, para no llamar la atención. El matrimonio ni siquiera está legalizado, yo falsifiqué los documentos.

—¿Hay algo que no sea falso en tu vida actual? —pregunta Carla con retintín.

—Tú, nena, tú y todo el puto dinero que tengo en varias cuentas. Puedes dejar de robar, Carla, y trabajar conmigo, tomarte ese respiro.

—¿Trabajar contigo y con tu marido?

—De eso ya me ocuparé yo, tú piénsatelo. Si me ayudas con las máquinas y los membretes oficiales yo solo tengo que ocuparme de los trazos manuales, seríamos más eficaces y rápidas, y a Eloy, por encima de todo, lo que le gusta es el dinero y abrir las piernas de todas las mujeres que puede.

—¿Cómo tu amiga la doctora?

—Por ejemplo.

—¿Tú y ella...?

Virginia la mira sorprendida.

—¿Qué? A esa le va todo, se le ve a la legua.

—Ya —se ríe Virginia—. Nos acostamos un par de veces hace tiempo, pero no pasó de ahí.

—Sigo enfadada contigo.

Carla se levanta de golpe y Virginia la mira suspirando.

—¿Cómo de enfadada? —pregunta levantándose y pegándose a ella.

—Un poco —contesta Carla notando el calor subírle por el cuerpo.

Las manos de Virginia han pasado de su cintura a sus costados, y ahora se han quedado ahí, a la espera.

—¿Y crees que te puedes olvidar del enfado por un rato? —le susurra y le da un beso en la mejilla.

—¿Para qué? —la voz de Carla sale estrangulada por el torrente de emociones que le

produce tenerla tan cerca.

—Para abrazarte y no soltarte.

Carla es la que se funde con ella en un abrazo intenso que casi corta la respiración de Virginia.

—No estoy enfadada contigo, lo estoy conmigo misma —reconoce Carla entre sus brazos, con la cara hundida en el hueco de su cuello.

—¿Por qué? —pregunta Virginia sin soltarla.

—Debí haberme ido contigo cuando me lo pediste. Todo este tiempo...

A Virginia le conmueve su tono y la intensidad con la que se aferra a ella.

—Pensar en el pasado no arreglará nada. Yo tampoco debí dejarte —reconoce ella—, pero ahora ya está hecho. Centrémonos en el presente, nena. Vamos a por ese cerdo, solucionemos el problema y después tú y yo...

Virginia deja la frase inacabada cuando reconoce el ruido de la moto que le ha dejado a Ángel regresando por la calle, llenando de una intriga insoportable a Carla.

—¿Tú y yo qué?

Carla se separa de ella y la mira con exigencia, irritada por dejarla así. Virginia le sonríe con ese gesto de suficiencia y cierto aire burlón que exaspera a la ladrona haciéndola resoplar.

—Tú y yo lo que tú quieras.

Virginia acompaña sus palabras pinzando el sexo de Carla con los dedos, haciendo que esta dé un respingo de impresión, después se ríe y sale corriendo mientras la ladrona la persigue balbuciendo palabras que no entiende. Todo ante la mirada atónita de Ángel, que acaba de abrir la puerta.

Capítulo 25

Los tres llegan al puerto de Menorca a media tarde bañados por un sol cuyos reflejos sobre el agua centellean cegándolos. Isaac, el capitán del yate alquilado por Virginia, hace el amarre y se sienta en la parte trasera a comer un bocadillo cuando ellos se disponen a bajarse.

—¿Hasta qué punto te fías de él? —pregunta Ángel mirándolo de reojo—. Si algo se tuerce, puede señalarnos.

—Ya te dije que es de confianza. Si tiene el título de Patrón de Embarcaciones de Recreo es gracias a nosotros. Yo me ocupo de mantener su título renovado y a cambio él está disponible para nosotros cuando estamos aquí. No hay de qué preocuparse, en serio. Isaac vive de las excursiones que realiza con el yate, y os aseguro que vive muy bien, no le conviene cabrearme.

—¿Nunca te haces preguntas? —dice Carla mirándola mientras caminan por el puerto buscando el Virginia.

—¿Preguntas?

—Ese hombre podría sacarse la titulación, seguro que le cuesta mucho más barata que lo que te paga a ti por ella.

—Sus motivos no me interesan, nena, ni los de nadie. Me dedico a lo que me dedico y si me pagas lo que pido, hago lo que tú me pides. Punto. ¿Te preguntas tú a quién pertenece lo que robas? Somos delincuentes, Carla, mejores o peores personas, pero delincuentes.

—Pero podrías dar una identidad falsa a un violador o un asesino en serie, ¿nunca te has planteado eso?

Carla no sabe por qué está preguntando esas cosas, pero su lengua está desatada. Virginia se detiene en seco y le clava una mirada furibunda.

—Detener a esos hijos de puta depende de la policía, no de mí, y no, no lo pienso porque de lo contrario, no podría dormir. ¿A qué coño viene esto?

La ladrona sacude los hombros con turbación cuando comprende el origen de sus preguntas. No es otro que el hecho de que se está planteando la oferta de Virginia para trabajar con ella, y de repente tiene una curiosidad muy rara al darse cuenta del alcance que tiene lo que hace su exnovia, que puede conseguir de todo.

—Perdona, es que estoy nerviosa.

Virginia le pasa un brazo por encima de los hombros, la atrae hacia ella y le besa la cabeza, después la suelta y siguen con su búsqueda como si la conversación no hubiera tenido lugar.

—Allí —señala Ángel con un movimiento de cabeza al cabo de unos minutos.

Las dos mujeres siguen su mirada y sus ojos descubren un yate reluciente amarrado a quince metros de su posición. No destacaría sobre los demás si no fuera por las enormes letras negras que decoran el lateral con el nombre de Virginia, que siente un escalofrío al verlo.

Se acercan a la embarcación sin reparo, esta vez no tratan de esconderse porque su objetivo está localizado. Ese es el barco de Iñaki sin lugar a dudas, aunque utilice una identidad falsa.

—No está aquí —dice Ángel.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta Carla.

Virginia nota la tensión en la voz de la ladrona, la misma que se expande por su cuerpo ante la idea de saberse muy cerca de su objetivo.

—Porque no se ve movimiento, y no creo que esté viviendo en el barco, se habrá alojado en algún hotel —opina el mecánico.

—¿Buscan a Martín?

Los tres se giran sorprendidos hacia el origen de la voz. Se trata de una señora en la que no habían reparado, que toma el sol en la cubierta del yate de al lado mientras su marido o amante, lo prepara para salir a navegar.

—Sí, ¿sabe dónde podemos encontrarlo? —contesta Virginia sin dar más explicaciones.

Viendo la pinta de la mujer, sabe que no hace falta, es la típica chismosa que se fija en todo, y que probablemente conozca a todos los que tienen un barco cerca del suyo.

—Aquí no, eso seguro —dice como si el hecho le ofendiera de buen grado—. No sé para qué tiene un barco tan bonito si no lo utiliza, siempre que viene aquí, se queda amarrado hasta que se marcha.

—¿Y él dónde está? —trata de cortar su verborrea Carla.

—Estará con la duquesa esa, en la villa Varta.

—Cállate ya, Manuela, ¿y si son de la policía? —interviene irritado el hombre.

Ella dedica una mirada descarada a las tres personas que tiene delante y cabecea.

—¿Policías estos? —cuestiona con una risa sardónica—. Tú no te enteras de nada, anda, vámonos antes de que se esconda el sol.

El hombre pone el motor en marcha y la embarcación comienza a recular ante la mirada atónita de Carla, Ángel y Virginia.

—Alucinante —dice Ángel cuando la embarcación ya se ha retirado lo suficiente—, ahora resulta que el mamón este está con una duquesa.

—Puto cerdo —masculla Carla exasperada.

—Esa mujer ni es duquesa ni señora de nada —explica Virginia saliendo de su estado de sorpresa inicial—. Es una subastera profesional.

—¿Qué? —pregunta Carla volviéndose hacia ella con los ojos muy abiertos.

Ángel abre la boca, pero la vuelve a cerrar sin saber qué decir, atónito.

—Si Iñaki está con ella, es probable que sea esa mujer su contacto para colocar los jarrones. Estará organizando una subasta, estoy segura.

—¿Cómo sabes todo eso? —pregunta Carla sin salir de su asombro.

—Porque la conozco, he estado en su casa un par de veces, y de villa nada, eso os lo aseguro. En eso es como Eloy y yo, si no llama la atención, la policía no se fija en ella y puede hacer sus negocios. Es una casa, grande y con terreno, muy bonita —puntualiza afirmando con la cabeza—, pero no es una villa. La tipa es un poco excéntrica y como no quiere llamar la atención con sus posesiones, lo hace diciendo que es duquesa.

—¿Por qué dices que no es duquesa? —pregunta Ángel, intrigado por esa cuestión.

—Porque yo le falsifiqué ese título de duquesa de Varta y le cree la identidad.

Capítulo 26

Después de alquilar un coche bajo una de las identidades falsas de Virginia, los tres están aparcados a cincuenta metros de la puerta una vez que el capitán del yate que los ha llevado hasta Menorca, les haya dado la dirección de la duquesa, a la que ha llevado en alguna ocasión.

—¿Cuánto rato estaremos aquí? —pregunta Ángel cuando le ruge el estómago.

—El que sea necesario para confirmar que ese traidor está aquí —confirma Carla.

—Hay una cámara en la puerta —dice Virginia, cuyos ojos llevan rato rastreando la zona.

Carla saca un bloc de notas del bolso y anota el dato como si fueran a dar un golpe. Incluso dibuja un croquis de la entrada ante la mirada divertida de Virginia.

—Si hay fuera, también las habrá dentro —añade Ángel.

—Vamos a relajarnos. Ahora solo estamos aquí para averiguar si esa mujer del puerto decía la verdad.

—Si Iñaki está aquí, los jarrones también —insiste Carla trazando trazos nerviosos sobre los que ya tiene dibujados.

—Relájate, nena —le pide Virginia, que comprende su inquietud.

Ahora sí que están cerca de encontrar a Iñaki, y encontrarse cara a cara con el amigo que la ha traicionado y dejado su vida pendiendo de un hilo, tiene que ser muy difícil. Virginia le pone la mano sobre el muslo y aprieta, aunque Carla, en lugar de calmarse, se excita.

—No hagas eso —pide con una sonrisa tonta que Virginia le devuelve junto a un guiño.

—Parad de meteros mano, parece que estamos de suerte —anuncia Ángel escurriéndose por el asiento—. La puerta se está abriendo, agachaos.

Las dos mujeres, sentadas en el asiento trasero y nerviosas por la repentina noticia, imitan a su amigo y se escurren hasta que solo son sus ojos los que acechan con interés entre los asientos. La puerta corredera termina de abrirse por completo y de ella sale un todoterreno gris que gira en la dirección opuesta a la que se encuentran ellos sin que ninguno pueda ver con claridad a los ocupantes.

—¿Qué hacemos? —pregunta Carla nerviosa mientras ve alejarse el vehículo por la calle.

—Yo me quedo aquí por si no era él, vosotras seguidlo —dice Ángel abriendo la puerta para bajarse.

Virginia no se lo piensa y salta entre los asientos para situarse al volante y ponerse en marcha antes de que el coche se les escape. Carla lo hace después, todavía turbada por los nervios que siente, mirando por el cristal trasero a su compañero, que se ha calado una gorra y se ha sentado en un poyete a fumar como si estuviera esperando a alguien.

—No los pierdas —dice Carla.

—Tranquila, está controlado —confirma Virginia.

Siguen el coche hasta el centro, donde lo ven poner el intermitente para entrar en un aparcamiento subterráneo. La falsificadora, no duda y los sigue también al interior. Cuando ve que el todoterreno pone el intermitente para aparcar, ella espera para dejarle maniobrar y después pasa lentamente con la seguridad de que no se van a fijar en ellas.

—Son dos —dice Carla mientras Virginia maniobra para aparcar a un par de plazas más adelante, justo en el lado opuesto para dejar el coche de cara y ver con claridad a los ocupantes

cuando se bajen.

Las dos se quedan muy quietas en el interior del coche, con las luces apagadas para no llamar la atención. La puerta del copiloto del todoterreno se abre y por ella se baja una mujer muy elegante y predispuesta.

—Es ella, esa es la duquesa —confirma Virginia en el momento que se abre la otra puerta.

Carla nota como las entrañas se le revuelven cuando ve bajar a Iñaki, risueño y trajeado, mientras parlotea con la duquesa y ella se ríe por su comentario.

—Hijo de puta —bufa y su mano va directa hacia la puerta.

—No, quieta —la detiene Virginia con gesto hábil—. Abordarle aquí solo le pondrá en alerta y escapará con los putos jarrones, Carla. Tranquilízate...

—Eso es fácil decirlo, no es a ti a la que le ha jodido la vida.

A Virginia el reproche no le sienta nada bien, para ella es tan personal como para Carla, pero decide morderse la lengua al entender que su exnovia está desbordada.

—Ahora ya sabemos dónde está, nena, y si está con ella es porque la subasta debe ser muy pronto.

Las dos vuelven a recoger a Ángel de donde lo han dejado y de ahí se dirigen hacia el puerto para regresar a Mallorca.

—Iñaki debe haberse asociado con ella para esto —deduce Virginia—. Él consigue los jarrones y ella los coloca en la subasta.

—Sin importarle que a mí me maten —susurra Carla con la mirada clavada en las ondulaciones que la embarcación provoca en el agua mientras navegan.

—Eso se lo haremos pagar, tú tranquila —le asegura Ángel—, pero ahora hemos de centrarnos en elaborar un plan.

Virginia mira al mecánico agradecida por no tener que ser ella la que una vez más trate de calmar los ánimos de Carla, a veces tiene la sensación de que Carla piensa que no le importa lo que Iñaki le ha hecho, cuando en realidad, es lo único que la mueve para estar allí. No le importan los jarrones ni el dinero que puedan ganar con ello, ella solo quiere tener a ese cerdo delante para que le diga a la cara el motivo por el que ha vendido de ese modo a una de los suyos.

—Lo primero que hay que descubrir es cuándo será esa subasta —dice Carla más calmada.

—Llamaré a Eloy —dice Virginia.

—A él no lo necesitamos —espetea Carla en pleno ataque de celos.

—Nosotros no podemos conseguir esa información sin levantar sospechas, Carla —dice Virginia armándose de paciencia—. A Eloy no le costará nada enterarse utilizando sus contactos. Sé que no te gusta, pero es lo que hay.

Carla hace una mueca de asco que provoca la risa de Ángel y una cara de circunstancias en Virginia, aunque la realidad, es que a la falsificadora le pone mucho ver a Carla celosa.

—Vale, de eso se ocupa tu marido —acepta Ángel—. Ahora hemos de pensar en lo demás.

Los tres guardan silencio cuando la embarcación se detiene una vez han entrado en el puerto. Seguirán hablando cuando lleguen a casa de Virginia.

Capítulo 27

Hace un rato que han llegado a Mallorca, Ángel está dándose una ducha y ellas dos en la cocina. Virginia mira horrorizada el interior de la nevera, llenada por su amigo el mecánico con pizzas, bandejas de lasaña y cervezas de dos clases.

—No entiendo que esté tan delgado si se alimenta con esta mierda —espetea mientras Carla mete la mano y coge una cerveza.

Todavía no se ha sacudido del cuerpo la mala sensación que le ha dejado ver de nuevo a Iñaki. La falsificadora la mira de soslayo y coge otra cerveza al mismo tiempo que saca las pizzas y las deja sobre la mesa.

—Mira, para que escojas —dice Virginia—. ¿Cuál quieres?

Carla fija la mirada en las seis cajas que su exnovia ha extendido sobre la mesa y tras confirmar lo que ya ve a simple vista, explota en una risotada que desata la que Virginia se ha estado aguantando.

—Qué cabrón, todas son de cuatro quesos.

—Seguro que lo ha hecho para que no discutamos —dice Virginia burlona mientras recoge cinco y las mete en el congelador, donde deben estar.

Cuando se vuelve, Carla está justo delante de ella bloqueándole el paso. El corazón de Virginia se acelera desbocado cuando la ladrona cierra la nevera con brusquedad y la empuja a ella hasta que su espalda impacta contra el electrodoméstico. Carla le pone una mano en el pecho y con la pierna empieza a moverse entre las de Virginia hasta separarlas y meter la suya para presionar y comenzar a restregarse a la vez que le besa el cuello.

—Ángel debe estar a punto de salir del baño —susurra la falsificadora notando como el bajo vientre comienza a arderle.

A Carla no parece importarle el hecho, porque le atrapa los labios y le desabrocha el pantalón.

—Uno rápido —dice provocándole un calambrazo entre las piernas.

Virginia no se queda atrás y hace lo mismo. Las dos cuelan sus manos por debajo de la ropa interior de la otra y comienzan a masturbarse con la necesidad ferviente del momento, sin miramientos, obedeciendo al repentino calentón. Carla contiene los jadeos como suele hacer siempre y en esta ocasión, Virginia también se ve obligada a hacerlo por respeto a su amigo. Su cuerpo se tensa cuando nota el burbujeo incontenible a punto de desbordarla y todo se intensifica cuando Carla alcanza el mismo grado de satisfacción a la vez que ella. El orgasmo casi las ahoga mientras se aferran una a la otra con una fuerza desmedida, con la cara hundida sobre el hombro contrario mientras los últimos latigazos de placer atraviesan sus cuerpos hasta dejarlas exhaustas.

Se quedan abrazadas unos minutos, en silencio, con los ojos cerrados dejándose envolver por la tranquilidad de un momento que solo se ve sobresaltado por el sonido del teléfono de Virginia.

En ese instante las dos alzan la cabeza y se miran a los ojos. Carla tiene la mirada brillante y el gesto tan relajado que Virginia sabe que si estuvieran en la cama, ya se habría quedado dormida. Le da un beso en los labios y se separa lentamente señalándole la silla para que se siente. Ella se lava las manos con tranquilidad, sabe que el móvil seguirá sonando hasta que lo coja, lo sabe porque es Eloy y Carla acaba de ver el nombre en la pantalla.

—Qué oportuno —espete de mala gana esperando su turno para lavarse las manos cuando Ángel aparece por la puerta.

—He de contestar y lo sabes —le dice Virginia con gesto serio.

El mecánico pasa entre ambas y coge la pizza para meterla en el horno, ajeno a lo que acaba de suceder.

—Dime —contesta Virginia retirándose hasta la ventana de la cocina.

Ángel está sacando otra pizza del congelador, mientras que Carla tiene su mirada clavada en ella haciéndola sentir incómoda.

—La subasta es pasado mañana, por la noche.

—Qué eficaz eres cuando quieres —dice Virginia sorprendida.

—Lo que quiero es que acabes con esa mierda de una vez y vuelvas, tenemos mucho trabajo y no puedo estar dando largas siempre.

—También puedes hacerlo tú —contesta hastiada.

—No soy tan bueno ni tan rápido, y tú lo sabes.

Virginia no puede evitar una sonrisa de regocijo que no hace más que aumentar los celos de Carla.

—¿Y el contenido de la subasta? ¿Eso lo sabes?

—No, pero me han dicho que hay cosas gordas y algunas muy comprometidas, imagino que tanto secretismo será por tus jodidos jarrones.

—Tal vez, en cualquier caso eso, da igual, si está Iñaki los jarrones también. ¿Crees que podrías conseguir invitaciones para la gala?

Si Carla hace un momento sentía celos, lo de ahora no sabe descifrarlo.

—¿Invitaciones? ¿Qué pretendes, Vir? —pregunta Eloy nervioso.

—No lo sé, ¿puedes o no?

—Sí, claro que puedo, pero solo conseguiría dos y serían para ti y para mí. Tengo trato con la duquesa, pero no tanta confianza como para colar a tus amigos, además, no pienso mezclarme en vuestras mierdas, como esto salpique nuestra reputación...

—Joder, Eloy, tú consíguelas, ¿quieres? Me aseguraré de que nuestro negocio no se vea comprometido, te lo prometo —concluye Virginia persuasiva.

Cuando cuelga y alza la mirada, siente que los ojos de Carla la han atravesado como un rayo.

—¿Puedes conseguir invitaciones para la subasta? —pregunta Ángel sorprendido.

—Sí, pero solo para Eloy y para mí.

Carla no dice nada ni falta que le hace, la tensión de su mandíbula hace que Virginia casi pueda escuchar cómo le chirrían los dientes.

—Si se te ocurre algo mejor, soy toda oídos, Carla.

La ladrona niega mordiéndose la lengua, todavía no tienen ningún plan, pero si uno de ellos puede acceder por la puerta de entrada sin levantar sospechas, podría ser muy útil, porque está claro que si quieren recuperar los jarrones, los van a tener que robar, Iñaki no va a dárselos.

—Ven —dice Virginia de repente.

Cuando Carla alza la vista se la encuentra delante ofreciéndole la mano para que la acompañe.

—Tú vigila la pizza, anda —le dice a Ángel—, enseguida venimos.

El mecánico no rechista, se queda con la cerveza de Virginia y va desembalando la segunda pizza mientras se hace la primera.

—¿Qué? —pregunta Carla una vez salen al patio.

—Que te relajes —suelta Virginia—. Me parece que antes he sido muy clara, quiero estar

contigo, así que olvídate de Eloy y deja de poner malas caras, joder. Me pones nerviosa.

Virginia se masajea el hombro de manera inconsciente mientras mira hacia la puerta.

—No puedo evitarlo, me pone celosa —reconoce Carla resoplando—, que todos estos años tú y él...

—Ahora me vas a decir que tú no has estado con nadie —protesta Virginia.

—Sí, pero no es lo mismo.

—Ah, ¿no? —a la falsificadora se le escapa la risa con la pregunta y Carla se contagia.

—Perdona, es que me da miedo.

—¿Miedo de qué, nena?

—De que venga y te convenza de que lo elijas a él. En estos días no hago más que mostrarte mi versión más débil, también la más estúpida y a veces infantil. Yo no soy así, Virgi, y tú lo sabes —Carla se va poniendo cada vez más nerviosa ante la mirada de pasmo de Virginia, que no se esperaba semejante confesión—. Sé que fui yo la que se presentó en tu casa, pero te aseguro que no estaba preparada para verte todavía y eso me trastocó mucho aquí dentro —añade tocándose el pecho.

—Lo sé, cariño, a mí también me pasa. Estoy tan desbordada emocionalmente que me cuesta gestionar todo lo que me despiertas —resume con palabras tan precisas, que Carla asiente de manera efusiva.

—Pero yo no estoy con nadie, Virgi, soy tuya desde que abriste la puerta.

—En realidad la abrió Eloy —bromea Virginia para calmar la tensión.

—Vete a la mierda —protesta Carla entre risas y Virginia la sujeta por la cintura y la pega a su cuerpo poseyéndola por completo.

—Yo he sido tuya siempre, Carla. Esta pausa de ocho años ha sido eso, una pausa para llevarnos al momento en el que estamos ahora. Míralo de ese modo y olvídate de lo demás. Tú necesitas desconectar de esa vida tan estresante y yo ahora estoy en posición de ofrecerte una salida. Sigue siendo ilegal, pero no tan arriesgada.

Carla la mira embelesada, ha dejado de escucharla en el momento que le ha dicho que siempre ha sido suya. Esa es la frase que su mente está repitiendo en bucle hasta que la voz de Ángel la devuelve a la realidad.

—¡La primera pizza ya está! —vocifera desde el interior como un muerto de hambre.

Las dos mujeres sonríen y se besan.

—No te prometo que no me ponga celosa si lo veo —puntualiza Carla divertida pasando por delante.

Virginia lanza una mano rápida hacia su sexo y le da un pellizco que hace que Carla de un respingo y después salga corriendo hacia el interior de la vivienda entre risas.

—Necesitamos los planos de la villa de la duquesa esa —anuncia Ángel.

Las dos mujeres acaban de entrar en la cocina casi sin aliento.

—¿Qué? —pregunta Carla con las mejillas ardiendo.

—Los planos, si pretendemos entrar allí a por los jarrones, necesitamos saber cómo es esa casa y sobre todo, dónde se encuentran —dice antes de morder un trozo.

Virginia se deja caer en la silla sintiéndose imbécil, por un momento ha llegado a verlo todo muy fácil. Ella entra con Eloy, les da acceso a sus compañeros y ellos roban los jarrones. Pero las cosas obviamente, no son así de sencillas.

—El que se encargaba de planificar estas cosas era Iñaki —dice aceptando el trozo que le entrega Carla.

—Pero él no está, hemos de hacerlo nosotros solos. La cuestión es, ¿cómo conseguimos los

planos? —pregunta Ángel con la boca llena.

Los tres mastican en silencio hasta terminar la primera pizza, pensativos, barajando todas las opciones teniendo en cuenta el poco tiempo del que disponen.

—Necesitamos a Iñaki —concluye Virginia cuando Carla se levanta a por la segunda pizza.

La ladrona se gira hacia ella y la mira con la boca abierta unos instantes mientras su cabeza asiente de manera muy lenta.

—Es cierto —reconoce—, sin él lo vamos a tener muy difícil. Hay que pillarlo a solas y hacerlo rápido.

Ángel se ríe y por poco se atraganta masticando con las ansias de contestar.

—Hay que volver a ser malos en el puerto —dice ansioso, recogiendo un par de trozos que se le han escapado de la boca ante la mirada de pasmo de las mujeres—. Lo único que puede hacer salir a ese cerdo es su puto barco.

—Cierto —corroborra Virginia—. Carla, contacta con Yin, vamos a necesitar que nos eche una mano.

Capítulo 28

Son casi las cuatro de la mañana cuando Virginia, Carla y Ángel ponen su plan en marcha. Ese es el tiempo que dos hombres de Yin han necesitado para aterrizar en la isla después de que Carla contactase con él por orden de la falsificadora.

Mientras esperaban, los tres han atracado con el yate en el puerto de Menorca y aprovechado para cerrar los ojos unas horas.

—Vale, cuando digas, jefa —dice Ángel junto a la escalerilla del yate que da acceso al agua. Virginia lo mira ceñuda.

—Yo no soy la jefa.

—En realidad sí —puntualiza Carla a su lado—, desde que aparecí en tu casa, asumiste el control de la situación. Y te lo agradezco.

Virginia le pasa el pulgar por el pómulo con suavidad, el moratón sigue siendo visible por mucho maquillaje que se ponga.

Inmediatamente después, dirige la vista hacia el mecánico y le hace un gesto de asentimiento. Ángel, enfundado en un traje de neopreno, desciende hasta meterse en el agua. Una vez allí, Virginia le entrega una garrafa de gasolina de cinco litros y un encendedor en una bolsa estanca. Esta vez el plan es mucho más sencillo que en el puerto de L'Ampolla, tener su yate amarrado les da un acceso fácil y tranquilo.

Ángel nada arrastrando la garrafa evitando las luces. La oscuridad de la noche y que nadie espere a un intruso por el agua, son sus aliados para ejecutar su plan. Tarda casi diez minutos en llegar hasta el Virginia, el yate del traidor de Iñaki. Allí accede por la escalerilla con cuidado de no ser visto y derrama la gasolina por toda la cubierta hasta dejar la garrafa vacía. Después vuelve a la escalerilla y desde allí, saca el encendedor de la bolsa estanca y le prende fuego al yate.

La llamarada es inmediata y, por un instante, lo ciega al mismo tiempo que lo maravilla, pero Ángel ya ha cumplido su misión y se vuelve a meter en el agua para nadar de regreso, esta vez mucho más rápido al no tener que arrastrar con él ninguna garrafa.

Virginia y Carla observan embelesadas las llamas desde lejos. El movimiento ha sido casi inmediato, alguien ha dado la voz de alarma y ya hay gente corriendo por el muelle. Los bomberos y la policía acuden casi al mismo tiempo que Ángel regresa y se quita el neopreno. Virginia lo mete en una bolsa de rafia que ya contiene varias piedras que suman al menos diez kilos, su amigo se seca con una toalla que le entrega Carla y cuando termina la utiliza para secar cualquier rastro de agua que ha dejado en el barco. Después la meten en la bolsa junto al neopreno, la cierran y la tiran por la borda eliminando cualquier rastro de su delito.

Cuando Iñaki Taverno llega al puerto quince minutos después de recibir la llamada de aviso, no se puede creer lo que está viendo. Los bomberos están terminando de refrescar su barco, ese que compró con las ganancias de los tratos que últimamente hace con la duquesa y que todavía no ha tenido tiempo de disfrutar. El blanco impoluto de la cubierta ahora es una capa negra de madera quemada y resquebrajada a la que se han unido los cristales reventados de la cabina. Aunque lo que más le perturba, es que de las letras de Virginia que tan orgulloso estaba, tan solo

se aprecia la inicial.

Frustrado y con las manos en la cabeza, vocifera como un loco exigiendo a la policía que le dé una explicación mientras los tres amigos disfrutan de las vistas con unos prismáticos y una sonrisa que se les sale del rostro. No solo lo han hecho salir de su escondite, también le han arrebatado algo.

—Jódete, cerdo —masculla Carla satisfecha.

A Iñaki un agente de la Policía Local lo ha invitado a tranquilizarse y pasarse por la comisaría para formalizar la denuncia. El ladrón, que sabe que eso le puede acarrear más problemas que soluciones por mucha identidad falsa que tenga, asiente con la cabeza y comienza a alejarse de la zona de los hechos cabizbajo.

Iñaki camina por el muelle sin poder evitar mirar atrás cada pocos pasos, todavía no puede creerse lo que acaba de sucederle, por eso no se da cuenta de que un poco más adelante, aprovechando la oscuridad y que todas las miradas están puestas en su yate, hay dos chinos esperándolo por orden de Virginia. El ladrón no tiene ninguna posibilidad cuando se le echan encima porque no los ve venir. El primero le aporrea la parte trasera de la cabeza con un palo hasta dejarlo aturdido y el segundo le pone el cañón de una pistola en la cintura situándose a su espalda mientras lo sujeta retorciéndole el jersey.

—Camina y no intentes nada —le ordena con voz escalofriante.

El traidor obedece todavía mareado por el golpe y comienza a caminar con pasos cortos y arrastrados, sabiendo que no tiene nada que hacer. A él, el trayecto por los muelles se le hace muy largo, pero apenas tardan tres minutos en llegar al yate donde lo esperan sus viejos amigos.

Iñaki sube a la cubierta empujado por los asiáticos y cada vez más asustado. La oscuridad arriba es absoluta y, por un momento, tiene la sensación de que en la embarcación no hay nadie, pero después abren la puerta de la cabina y al fondo de las escaleras ve que hay luz.

—Muévete —ordena de nuevo el chino que lo encañona.

Los tres hombres comienzan a descender y cuando llegan abajo, Iñaki barre la estancia preguntándose por qué está allí. El chino que lo ha golpeado coge una silla y la coloca en el centro de la pequeña estancia, allí le atan los pies a las patas y las manos juntas por detrás del respaldo antes de retirarse hacia la escalera. Uno de ellos sube y se queda vigilando la entrada, el otro se queda abajo con las manos juntas reposando delante de sus partes y la pistola bien visible por si a Iñaki le da por intentar algo.

—¿Qué coño queréis? —le pregunta el ladrón comenzando a desesperarse.

El chino no se inmuta y una puerta se abre. Iñaki se gira hacia la procedencia del ruido y observa boquiabierto como de ella salen sus tres compañeros.

—Hola, Iñaki —dice Virginia mirándolo fijamente.

—Virgi... —titubea él.

—¡Puto cabrón!

La voz repentina de Carla los sobresalta a todos, sobre todo cuando se acerca a él sin que ninguno se lo espere y se saca un arma de detrás del pantalón que nadie sabía que llevaba. Se detiene delante de Iñaki y le apunta a la cara mientras la mano le tiembla y los ojos casi se le saltan de la cara por culpa de la rabia que siente.

—Carla, ¿qué haces? —pregunta Ángel asustado.

—Nena, deja el arma —le pide Virginia acercándose por un lado.

—No te acerques —masculla Carla rabiosa y da un paso hacia Iñaki, que tiembla de pies a cabeza.

—Carla, te lo puedo explicar —lloriquea apretando los ojos como si temiera que el disparo

llegase en cualquier momento.

—No quiero tu puta explicación, me vendiste.

—Carla, cariño... —insiste Virginia.

La mano de Carla sigue temblando como un flan. Nota que la pistola le pesa y que las piernas le fallan. La ira que le recorre el cuerpo no la deja ni moverse y, por un instante, incluso ella siente miedo de lo que puede llegar a hacer. La duda ensombrece su rostro y desliza la mirada hacia Virginia, su pilar para no caerse.

—Venga, nena, dámela. Muerto no nos sirve —susurra con voz serena.

—Tiene razón, Carla —la apoya Ángel desde atrás—. Si te lo cargas, seguirás teniendo el marrón con Yin.

Virginia da un par de pasos y se sitúa a su lado. De manera lenta y sin sobresaltar a Carla, va alzando la mano hacia la pistola mientras Iñaki sisea lo que a ella le parecen oraciones. La mano de Virginia se coloca en la parte alta del cañón y lentamente ejerce presión hacia abajo hasta que Carla baja el arma.

—Ya está, dámela a mí —le susurra Virginia.

Los ojos de Carla son dos cascadas cuando le cede el arma a Virginia. Siente un extraño alivio y al mismo tiempo la rabia de no haber sido capaz de darle su merecido, pero lo que no se espera es lo que pasa justo después.

—Ella no ha podido pero yo sí —dice Virginia.

La falsificadora se acerca a Iñaki, lo coge del pelo con una mano y con la otra le mete el cañón de la pistola en la boca.

—La dejaste allí para que la cogieran, puto cabrón de mierda —le dice acercándose al oído con una frialdad inquietante.

A Iñaki le tiembla el cuerpo entero mientras sus ojos, abiertos como si tuviera dos palillos que le impiden cerrarlos, miran con terror la pistola que tiene en la boca.

—Te dio igual que tuviera el trato cerrado y que le hubieran dado un adelanto. Tú sabes cómo funciona esto y lo que iban a hacerle...

—Virginia, ¿qué haces? —se atreve a preguntar Ángel.

Como toda respuesta, aprieta el cañón contra la boca de Iñaki hasta que ya no puede entrar más, haciéndole sentir arcadas que se mezclan con el pánico.

—Todavía tienes los jarrones, ¿verdad? —pregunta y él asiente entre sollozos.

—Virgi, deja el arma.

Esta vez es Carla la que se lo pide, aunque con poca convicción, como si fuera lo que se espera de ella, pero no lo que desea.

Virginia mira a Iñaki unos instantes en silencio mientras trata de calmarse. La rabia repentina ha comenzado a recorrer su cuerpo cuando ha visto la reacción de Carla, como si hasta ese momento no hubiera sido del todo consciente de lo que le ha podido pasar a Carla por culpa de ese cobarde, traidor y egoísta.

—¿Están en casa de tu amiga la duquesa?

Iñaki asiente, pálido, y Virginia le saca la pistola de la boca.

Capítulo 29

Virginia Madrazo, sin soltar la pistola en ningún momento, ha cogido otra silla y se acaba de sentar delante de Iñaki como si no hubiera nadie más en la habitación.

—Ahora me vas a contar por qué traicionaste a Carla —dice y le hunde el cañón de la pistola sobre la rodilla derecha.

—No fue nada personal —responde Iñaki entre toses, atragantado por su miedo mientras mira a Carla con ojos suplicantes, esperando que ella intervenga.

—Por mí te puede reventar las dos rodillas —espetea la ladrona.

—Hemos estado años trabajando juntos, cubriéndonos unos a otros —comenta Virginia con una frialdad que estremece a Iñaki—, así que explícamelo porque no lo entiendo.

—Solo fueron negocios, Virginia, de verdad.

—¿Negocios? ¿Cuánto vale su vida para ti?

Iñaki baja la cabeza avergonzado, incapaz de mirar a Carla a los ojos.

—Llevaba tiempo trabajando para la duquesa —comienza a explicar mientras mira ese cañón que cada vez presiona más sobre su rodilla—. Le conseguía cosas para las subastas. Esa zorra paga bien, cobraba por el trabajo y después me daba una comisión cuando colocaba la pieza. Cuando Carla me ofreció lo de los jarrones juro que no se me pasó por la cabeza traicionarla, pero se lo comenté en confianza a la duquesa y los párpados se le abrieron como dos ventanas. Me ofreció el doble de lo que me quedaría haciendo el trabajo con Carla después de hacer reparto y...

—Y decidiste que era mejor traicionarla y quedarte con la pasta —concluye Virginia decepcionada—. Supongo que no debería sorprenderme, entre ladrones no hay lealtad, aunque pensaba que entre nosotros eso era diferente.

—Lo siento —se disculpa Iñaki—, si pudiera volver atrás te juro que lo haría. Me he sentido mal cada día desde entonces.

—Seguro que has estado fatal a cuerpo de rey con la duquesa —ironiza Ángel, que tiene ganas de partirla la cara—. La dejaste malherida, sabías que iban a pillarla.

—Pensé que era mejor que la cogiese la policía antes que esa gente para la que trabajaba.

—Vaya, qué considerado eres —ironiza Virginia.

La falsificadora le quita el cañón de la rodilla y se lo pone entre las piernas, el chino que custodia la escalera sonríe. Iñaki gimotea.

—Puedes esperar arriba —le dice Ángel al chino.

El hombre se da la vuelta con gesto ceñudo y el mecánico ocupa su lugar, quedando a solas los cuatro miembros de la que un día fue una banda muy unida.

—Carla ahora le debe mucho dinero a los chinos y si no lo paga está muerta —el cañón de la pistola se retuerce entre sus pelotas, Iñaki se queda inmóvil, sin respirar.

—Aparta eso de ahí, Virginia. Tengo dinero de sobra, les pagaremos —dice abriendo los ojos de par en par.

—Por supuesto que sí —responde ella regocijándose por dentro.

Virginia no aparta el cañón.

—¿Cuánto? —pregunta Iñaki.

Carla hace cálculos rápidamente cuando Virginia se vuelve hacia ella. Si Iñaki ha dicho que la duquesa le ha pagado el doble de la parte que le correspondía y que lleva tiempo trabajando para ella, debe tener una cuenta muy abultada. Piensa en los ciento cincuenta mil que Virginia ha pagado en su nombre, en los veinticinco que los chinos le quitaron en su apartamento y en todas las molestias.

—Medio millón y los jarrones y estamos en paz.

—¿Medio millón? —se escandaliza Iñaki, pero se le pasa cuando Virginia carga la pistola—. Vale, vale —gimotea de nuevo, rojo como un tomate por el estrés—. Medio millón, me parece justo.

—Y los jarrones —le recuerda la falsificadora.

—No puedo daros los jarrones, Virginia. Los tiene la duquesa en una habitación vigilada las veinticuatro horas.

—La deuda de Carla no estará saldada si no entrega aquello por lo que la contrataron, y tú lo sabes. Además, ahora ya saben quién es el verdadero culpable, si ella no cumple, tú también caerás.

Iñaki aprieta la mandíbula, conoce el funcionamiento de ese mundo igual que ellas y sabe que Virginia tiene razón.

—Demuestra ese arrepentimiento tuyo y quítame las ganas que tengo de apretar el gatillo y volarte las pelotas por traidor.

—Podríamos robarlos durante la subasta —dice pensativo.

Virginia afloja la presión de la pistola, Iñaki suspira con alivio.

—Yo conozco la casa, sé el código de la puerta donde guarda los objetos.

—¿Tanto confía en ti esa mujer? —se sorprende Virginia.

—En realidad no, lo cambia cada día, pero lo ha abierto varias veces delante de mí y descubrí que tiene un patrón numérico —el ladrón no puede ocultar una sonrisa de triunfo, Virginia se contiene.

—¿Y el guardia? —pregunta Ángel.

—Podemos deshacernos de él. Solo necesito pensar un poco, pero con eso ahí no puedo.

Iñaki mira la pistola desesperado, Virginia la retira y la coloca sobre su propia pierna sin dejar de apuntarlo.

—Esa noche no solo se subastan los jarrones —los ojos de Iñaki comienzan a brillar como hace años cuando planeaban golpes.

Virginia se muerde los labios conteniendo las ganas de levantarse y abrazar a Carla de pura alegría. Cuando ha pedido que le llevaran a Iñaki ni siquiera había planeado como abordar el tema, pero después ha ido improvisando y conduciendo la situación hasta que Iñaki llegue a pensar que la idea de robar los jarrones es suya. Y lo ha logrado.

—Tiene un montón de joyas y unas cartas encontradas entre unos libros de los años veinte en Francia. Al parecer están escritas por la reina de entonces, dirigidas a su amante. Cualquier coleccionista pagará una fortuna por ellas.

Iñaki por su cuenta no se había planteado hacerse con el botín, pero con su antiguo equipo al completo sabe que es posible, incluso muy fácil teniendo en cuenta los datos que ya tiene sobre la casa de la duquesa y todo lo que hay en ella. Darle ese medio millón a Carla no supone nada si recupera a su antigua banda y roban todo lo que hay en esa cámara.

—La he cagado con Carla y lo siento —dice removiéndose en la silla, tratando de soltarse sin éxito—, pero puedo arreglarlo. Si nos organizamos como en los viejos tiempos, podemos salir de allí con un botín de casi tres millones.

Virginia, Carla y Ángel se miran entre ellos dubitativos.

—Venga, joder —insiste Iñaki, que a esas alturas solo piensa en el dinero—. Le doy el dinero a Carla para que le pague al chino. Después damos el palo, salvo los jarrones, lo demás cabe en una mochila. Si lo hacemos bien, podemos salir de allí con todo sin que la duquesa se entere. Soltadme ya, coño.

—En una subasta los objetos suelen estar expuestos para que los compradores puedan verlos. ¿Cómo vamos a robarlos delante de todo el mundo? —pregunta Carla.

—En una subasta normal, sí, pero esta es clandestina, llena de objetos robados. La duquesa no va a exponer nada, no lo hace nunca. Cada objeto es mostrado en una pantalla gigante y solo se entregan a sus nuevos dueños al final de la gala. ¿No lo veis? Para cuando la gala termine, nosotros ya habremos salido de allí con todo. Ahora tenéis que dejarme ir, me estoy retrasando mucho y la duquesa podría sospechar.

—¿Y cómo sabemos que no vas a jodernos? Ya traicionaste a Carla —apunta Ángel, apoyado sobre el hombro contra la pared.

—Tiene varios motivos —contesta por él Virginia—, pero los más importantes son dos. El primero es que esos dos hombres de ahí fuera tienen orden de convertirse en su sombra y de pegarle un tiro si el chino no tiene los jarrones a tiempo, el segundo es que si por algún motivo logra evitarlos y huir, nosotros nos encargaremos de hacerles llegar la dirección de toda su familia.

La amenaza de Virginia suena tan convincente que hasta Ángel siente un escalofrío.

—Ya os he dicho que me arrepiento y que estoy dispuesto a subsanar ese error. Si me soltáis, le haré la transferencia del dinero a Carla ahora mismo para que veáis que voy en serio.

—Muy bien.

Virginia se levanta y sin dejar de apuntarle con la pistola, le hace un gesto a Ángel para que lo libere de las ataduras. Iñaki se frota las muñecas en cuanto se siente libre y saca su móvil del bolsillo interior de la chaqueta.

—¿A qué cuenta quieres que envíe el dinero?

Carla mira a Virginia, ella no dispone de ninguna cuenta segura donde recibir semejante cantidad, por lo que la falsificadora le da una de las suyas, de las que solo están a nombre de ella en algún paraíso fiscal. Iñaki teclea durante unos segundos e inmediatamente después, Virginia recibe la notificación del ingreso y asiente mirando a Carla.

—¿Estamos ya en paz? —pregunta Iñaki con las manos en alto.

Virginia mira a Carla y, hasta que ella no asiente, la falsificadora no baja el arma.

—Muy bien, estamos en paz —declara Virginia—. Planificar los golpes era cosa tuya, ¿qué propones?

Iñaki no oculta su sonrisa de satisfacción y de nuevo ese brillo de emoción aparece en su mirada.

—No tenemos mucho tiempo. Alguien de nosotros tiene que colarse como invitado y no puedo ser yo.

—¿Para qué? —pregunta Virginia sin revelar que ya tiene acceso. Todavía desconfiada.

—Para que sea nuestros ojos —la mente de Iñaki está hirviendo y trabaja a toda velocidad.

Ya sabe cómo hacerlo.

—Habrà que anular el sistema de seguridad y otro de nosotros debe esperar fuera con una furgoneta...

Iñaki hace como siempre hacía, hablar en voz alta pero sin dirigirse a ninguno, más bien lo hace consigo mismo para contestarse a sus propias dudas.

—Yo puedo conseguir invitaciones —dice Virginia.

Iñaki la señala y asiente.

—Vale, eso es perfecto. Debo volver y seguir pensando. Mañana por la tarde nos reunimos aquí otra vez. Ocupaos de conseguir una furgoneta para la huida y todo el equipo necesario para anular el sistema de seguridad, intercomunicadores para nosotros...

—Sabemos lo que hace falta —lo interrumpe Carla.

—Sí, claro, perdona.

Cuando Iñaki se marcha, los tres se quedan en silencio hasta que arriba ya no se escucha ningún ruido. Después se miran entre ellos y estallan en carcajadas, la cosa ha ido mucho mejor de lo que esperaban.

Capítulo 30

Virginia, Carla y Ángel, a pesar de haberse acostado cuando amanecía, se han levantado tras unas pocas horas de sueño. Durante el desayuno, que más bien podía haber sido la comida, han estado hablando largo y tendido sobre la charla con Iñaki mientras alternaban la conversación con llamadas para conseguir todo lo que necesitan para el golpe.

—Le hemos sacado medio millón —dice Carla sin terminar de creérselo—. Lo acojonaste de verdad —añade mirando a Virginia.

—Ese dinero es tuyo —rebate Virginia mirando con asco las bandejas de lasaña que Ángel desembala.

—De los tres —declara Carla—. Tú recuperarás los ciento cincuenta mil que me diste para saldar la deuda con Yin, yo los veinticinco que me robó ese chino de mierda y lo demás lo dividimos en tres partes iguales. Al final no voy a perder tanto.

Virginia se vuelve hacia ella con gesto irritado.

—¿Qué no pierdes tanto? Casi te matan por su culpa, y te recuerdo que esto no termina hasta que le entreguemos los jarrones a esa gente.

—Lo sé, no me olvido de lo que ha hecho, solo digo que nos ha dado una pasta, y recuerda que cuando lo hagamos, Yin nos pagará otros doscientos cincuenta mil.

—Deberíamos encontrar la manera de hacerle pagar a Iñaki lo que hizo, este cabrón se piensa que aflojando la pasta está todo solucionado —dice Ángel—. Encima le va a salir mejor que antes, le va a dar el palo a la duquesa y se lleva setecientos cincuenta mil, con eso recupera lo que le ha dado a Carla y todavía le sobra. Y eso suponiendo que se guarde algo para él o que no nos la juegue.

—Vamos a seguir su plan —dice Virginia—, que a nadie se le olvide que seguimos necesitando esos dichosos jarrones, pero estaremos alerta y ya pensaremos la manera de devolvérsela. Por ahora los chinos lo tienen vigilado y no tiene motivos para traicionarnos. A sus ojos, ha juntado a la antigua banda y seguro que el muy imbécil ya está planeando algún palo más gordo y succulento.

A primera hora de la tarde, los tres están ya en el yate cuando Iñaki hace acto de presencia precedido por los dos chinos, que de nuevo esperan arriba mientras ellos hablan.

—¿Tenéis todo lo que necesitamos? —pregunta precavido en cuanto tiene a sus tres compañeros delante.

—Una furgoneta para la huida equipada con lo necesario para hackear el mejor sistema de seguridad. Transmisores tan pequeños que no los verás ni aunque los busques y un par de invitaciones para la subasta —relata Ángel.

Iñaki asiente y explica sobre un plano que él mismo ha dibujado de la casa, qué es cada estancia, dónde están las cámaras de seguridad, los accesos, los guardias y lo más importante, la sala donde se guardan los objetos.

—¿Cómo pretendes que lo hagamos? —pregunta Virginia, siempre directa al grano.

—Ángel y Carla se disfrazarán de camareros. La duquesa ha contratado un servicio por todo lo alto y habrá decenas de ellos, solo necesitáis un traje y corbata fina para ambos, nada de

pajarita —puntualiza el ladrón mientras el mecánico toma nota.

—¿Y cómo entramos? —pregunta esta vez Carla.

—En cuanto la gala se inicie, yo saldré a fumar y entraréis conmigo. El de la puerta me conoce y no cuestionará que os acompañe a la entrada del servicio, no será la primera vez que alguno de los camareros se despista y acaba donde no debe. Una vez dentro, esperaremos a que se inicie la subasta de los jarrones y actuaremos. Tú Virginia no solo tendrás que vigilar la sala y asegurarte de que todo sigue en orden, también tendrás que pujar por los jarrones para hacernos ganar tiempo. Eso va a ser lo más difícil de sacar de allí por su volumen —sigue narrando muy tranquilo, con la seguridad de quien tiene controlado hasta el último detalle.

—¿Y cómo vamos a hacerlo?

—Con uno de los carros que se utilizan para dejar bandejas de canapés. Los del servicio se los llevan cuando están vacíos y los devuelven llenos. Están cubiertos por un mantel blanco que llega casi hasta el suelo, como los de los hoteles pijos. Ángel esperará en el pasillo con uno de esos mientras Carla y yo entramos en la sala y la vaciamos. Después vosotros dos —dice señalando a Carla y Ángel—, salís con el carro como si fuerais a la furgoneta a cargar algo y os las tendréis que ingeniar para llegar a nuestra furgoneta con los jarrones. En cuanto estéis fuera, nos avisáis y Virginia y yo saldremos con el pretexto de que nos dé el aire o cualquier excusa. Para cuando se den cuenta de que la cámara está vacía, nosotros ya estaremos llegando al puerto.

—¿Y qué hay del tipo que custodia la puerta de esa cámara donde lo guardan todo? —pregunta Ángel anticipándose a lo que iba a decir Carla.

—De ese me encargo yo, como he dicho, todos me conocen, puedo acercarme a él sin levantar sospecha alguna y noquearlo sin que se lo espere. Si tenemos las imágenes congeladas nadie se dará cuenta, y ellos dan parte cada diez minutos. Carla y yo habremos salido de esa cámara en menos de tres —asegura prepotente—. Eso nos da tiempo suficiente para que saquéis los jarrones y Virginia y yo salgamos de la casa.

—Parece un buen plan —comenta Virginia pensativa, su cabeza lleva rato maquinando desde que Iñaki ha dicho que en la cámara entrará con Carla.

—Porque es un buen plan, como siempre, sin fisuras. Hemos hecho trabajos mucho más complicados que este, es dinero fácil.

—Está bien —acepta Virginia mirando a Carla y Ángel.

—Genial, en ese caso me marchó, no deberíamos vernos más hasta mañana en la subasta. Recordad, empieza a las ocho y a la duquesa le gusta la puntualidad —dice mirando a Virginia.

Ella asiente e Iñaki se marcha, de nuevo, seguido de cerca por los asiáticos.

Cuando vuelven a Mallorca, Ángel coge un taxi para ir a comprar los trajes que él y Carla necesitan para hacerse pasar por camareros, mientras que ellas van directas a la casa.

En cuanto cruzan la puerta, Virginia nota un olor que le resulta muy familiar y la hace detenerse en seco. Carla la mira confundida sin entender lo que sucede, pero no le da tiempo a preguntarle cuando Eloy aparece por la puerta de la cocina.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Virginia sorprendida—. Pensaba que venías mañana.

—No parece que te alegres mucho de verme —dice él acercándose a ella, ignorando por completo a Carla, a quien su presencia le ha caído como una roca en el estómago.

—No digas gilipolleces —contesta Virginia tratando de mostrarse serena.

Eloy se acerca a ella y le da un beso en los labios. Carla desvía la mirada, incómoda.

—Alguien ha dormido en mi lado de la cama, Vir, así que no me tomes por imbécil. Los tres sabemos lo que pasa aquí.

—Pues si lo sabes no lo compliques, Eloy. Esto no afecta en nada a nuestro trabajo y lo

sabes.

—Ya... —musita él mirando a Carla—. Sabía yo que no era buena idea dejar que se quedara.

—Eloy, no me hagas cabrear —se crece Virginia a la defensiva—. Tú y yo solo tenemos un acuerdo. Punto. Hace tiempo que tú haces tu vida y yo la mía, y además estás con Amparo, ¿a qué coño viene esto ahora?

—Viene a que has desatendido nuestro negocio por completo desde que ella apareció en la puerta de nuestra casa, Vir.

Virginia suelta un resoplido y lo esquiva para ir a la cocina a por un poco de agua, Carla permanece inmóvil, tratando de contener la lengua y no meterse en una conversación donde sabe que no pinta nada a pesar de que le afecta directamente.

—Ya te lo dije, hasta que no resuelva su problema no voy a volver, así que si tanto te preocupa, deja de tocar las narices y colabora. Solo falta un puto día, Eloy. Mañana vamos a esa subasta y al día siguiente podemos volver a Barcelona.

Eloy mira a Carla sin ocultar su animadversión hacia ella, el sentimiento es mutuo, y la incomodidad de Virginia muy evidente.

—Está bien, ¿hoy qué hacemos? ¿Dormimos los tres juntitos? —ironiza Eloy mirando a Carla.

—Antes duermo en el suelo —salta la ladrona, harta de contenerse.

—Basta ya —interviene Virginia haziada.

Les dedica una mirada fulminante a ambos, primero a Eloy y después a Carla, pero cuando llega a esta última, su expresión se relaja y coge aire para soltarlo lentamente.

—Me iré con Carla a un hotel —concluye finalmente.

—Déjalo —dice Eloy más sumiso, como si solo hubiera pretendido cabrearlas a ambas—. Iré yo al hotel, he venido un día antes para aprovechar y tratar de hacer algún contacto nuevo, ya sabes —dice mirando a Virginia.

Sí que sabe, es muy típico de su marido. No hace un viaje en vano, vayan donde vayan, él vuelve con un nombre, el amigo de un amigo, el primo de, el padre de... Siempre pensando en el negocio.

—Además, Amparo también ha venido, me está esperando allí —añade sonriente.

Virginia pone los ojos en blanco.

—Lo siento —le dice la falsificadora a Carla cuando Eloy se marcha—. A veces es igual de tocapelotas que un niño.

—Da igual —dice la ladrona sonriendo y colgándose de su cuello—. Me has elegido a mí y no a él.

—Ya te lo dije, nena —Virginia la sujeta del trasero y la invita a que enrosque las piernas alrededor de su cintura—. No volveré a dejar que te me escapes —dice antes de tirarse junto a ella en el sofá.

Capítulo 31

Villa Varta, 20:00h, noche de la subasta

Virginia Madrazo y Eloy Mendoza hace diez minutos que han cruzado la puerta de la villa como invitados. Han saludado a la duquesa adulando su atuendo y expresando lo magnífica que se encuentra para regocijo de la señora, que sonreía gesticulando con las manos para restar importancia a los comentarios. Cuando la duquesa de Varta les ha presentado a Iñaki como un buen amigo, Virginia ha fingido no conocerlo y ha aceptado que él le besara la mano como un caballero.

—Menudo soplapollas —dice Eloy cuando se mezclan entre los invitados.

—Cállate y busca a alguien a quien puedas hacerle la pelota —le susurra Virginia con una sonrisa permanente que hace sonreír a su marido.

—Me vas a deber una muy gorda cuando acabemos con esto, todavía no comprendo cómo he podido aceptar.

—Porque me quieres —dice Virginia—, pero sobre todo porque me necesitas. Así que deja de quejarte como un crío y finge que estás encantado de estar aquí.

—En realidad lo estoy, ¿ves a aquel con el puro en la boca?

Virginia dirige la mirada hacia una de las mesas que los camareros acaban de llenar con copas de cava.

—Es un capo de la mafia italiana que quiere instalarse en Barcelona para hacer negocios. ¿Sabes la cantidad de trabajo que tendríamos si cierro tratos con un tipo así?

—Pues vamos, desde allí tendré más controlada la sala.

Carla y Ángel tienen la furgoneta aparcada en la misma calle de la duquesa. Un vehículo negro de alta gama con cristales tintados que no llama la atención en exceso teniendo en cuenta el tipo de vehículos que hay aparcados. Los dos esperan impacientes, ya han hackeado el sistema de seguridad y puesto en bucle un vídeo de dos minutos que muestra algo de movimiento y no una imagen congelada que levantaría sospechas de inmediato.

Tres golpes en la puerta trasera los sobresaltan y Ángel abre con las prisas de quien no quiere ser visto.

—Venga, vamos —les dice Iñaki con un cigarro en la boca.

Los dos salen de la furgoneta vestidos de camareros y lo siguen. Carla intenta quedarse en último lugar, pero para que no haya sospechas, Iñaki la coge del brazo y entra junto a ella como si se la estuviera ligando y Ángel solo fuera el compañero resignado que tiene que aguantar la escena.

—Esta preciosidad y su colega llegan un poco tarde —dice Iñaki sin mirar al de seguridad de la puerta, como si el hecho no tuviera importancia.

El hombre apenas les presta atención, cansado de ver al pelele que siempre anda con la duquesa. Iñaki los conduce hacia la puerta trasera y los lleva a la zona donde se ha instalado el servicio, allí los deja y él vuelve y entra por la puerta principal.

—Ya estamos dentro —anuncia Carla por el comunicador.

Virginia siente un cosquilleo recorrerle el pecho cuando la escucha, no sabe si es porque el plan ya está en marcha o porque ha escuchado su voz.

Cuando la subasta comienza, todos los presentes guardan silencio mientras la duquesa, subida en una tarima frente a una enorme pantalla donde se muestra el primer objeto, lo describe como si fuera un hijo, detallando la procedencia, su historia y su valor.

La puja comienza a partir de cien mil euros, Eloy permanece en silencio absoluto mientras mira a unos y a otros levantar la mano y decir cifras, Virginia sin embargo, solo tiene ojos para Carla, que viene empujando un carro lleno de exquisiteces y se acerca hacia ella sin dejar de mirarla.

—¿Una tostada de paté y nata? —ofrece Carla mirando la bandeja con gesto extraño.

—Eso no es nata, nena —le susurra Virginia acercándose a ella sutilmente—, es queso, aunque la nata me la comería en otro sitio.

Carla siente como Virginia la desnuda con la mirada en un instante y su cuerpo comienza a arder como si hubiera entrado en combustión instantánea.

—No hagas eso aquí —le dice entre dientes—, que tengo que estar centrada.

—Pues sal de mi vista y no vuelvas a provocarme con ese traje ceñido y esos labios tan rojos.

Carla sonríe satisfecha y sigue empujando el carro hacia delante.

—A mí nunca me decías esas cosas —dice Eloy con los ojos en blanco.

—Tú no te pintabas los labios.

Los minutos van pasando con normalidad hasta que el siguiente objeto de la subasta son los jarrones.

—Es la hora —anuncia Virginia.

Ve por el rabillo del ojo como Iñaki se esfuma entre la gente y Ángel, que venía con uno de los carros, se da la vuelta y desaparece. A partir de ese momento su corazón se acelera de un modo descontrolado que conoce muy bien y que no se detendrá hasta que no salgan de ahí. Los jarrones aparecen en la pantalla y Virginia frunce el ceño porque le parecen espantosos para los problemas que les están causando.

Carla e Iñaki se reúnen en la puerta de los baños del servicio tal y como habían acordado. Al momento aparece Ángel con un carro como si estuviera despistado y al levantar la falda, les muestra una mochila a cada uno que Iñaki se ocupó de dejar por la tarde en uno de los armarios de la cocina. Una de ellas es para los jarrones, la otra para lo demás. Después solo tendrán que dejarlas bajo el carro y Ángel lo llevará hacia las furgonetas del cáterin que hay en la entrada, una vez allí, serán Iñaki y Eloy los que recogerán ambas mochilas y saldrán por la puerta principal como si nada. Si son invitados, nadie les hará preguntas.

La puja por los jarrones se abre en medio millón de euros. Eloy se mantiene atento y al mismo tiempo disgustado cuando la gente empieza a aumentar la cifra de cincuenta mil en cincuenta mil. Virginia traga saliva y sigue observándolo todo a su alrededor, comprobando que nada ha cambiado y la gala transcurre con normalidad.

Iñaki, Carla y Ángel han llegado al pasillo donde se encuentra la sala que guarda todos los objetos. Los dos guardias de seguridad que hay en una sala al fondo de ese mismo pasillo, no sospechan nada, charlan entre ellos mientras escuchan el partido de fútbol de esa noche y dedican alguna mirada a las pantallas, donde todo les parece en orden a pesar de que llevan viendo el mismo vídeo de dos minutos desde hace media hora.

—Esperadme aquí —dice Iñaki.

Los tres están a la vuelta de la esquina para que el guardia que custodia la puerta no los vea. Iñaki se coloca bien la chaqueta del traje y comienza a caminar mientras finge una conversación

por teléfono en dirección al guardia. Este lo mira solo una vez, al reconocerlo, vuelve a clavar la mirada en la pared de enfrente, por eso no es capaz de reaccionar cuando Iñaki llega a su altura, lo coge por el pelo y le estampa de cabeza contra la pared con todas sus fuerzas. El guardia cae al suelo inconsciente e Iñaki les hace un gesto a sus socios para que vayan hacia él.

Ángel empuja el carro y lo coloca frente al cuerpo para bloquear la visión de cualquiera que pase hasta que Iñaki introduce el código de acceso y la puerta se desbloquea.

—Cógelo por los pies —le ordena a Carla.

Entre los dos arrastran el cuerpo inerte del guardia al interior de la sala y dejando a Ángel fuera para vigilar, comienzan a abrir cajas y a vaciar contenidos.

—Estamos dentro —anuncia Carla a Virginia.

—De acuerdo, por aquí todo va según lo previsto —contesta la falsificadora.

—¿Nadie da más? —vocifera la duquesa frotándose las manos.

Virginia mira a Eloy y este a un lado y a otro con frustración. Por fin parece que han dejado de pujar por esos jarrones, aunque han elevado su precio a ochocientos cincuenta mil euros y ahora él tendrá que pagar novecientos a petición de su mujer. Todavía no entiende lo que pretende Virginia haciendo eso, pero Eloy se limita a obedecer aunque tenga que perder dinero con la compra, porque la falsificadora lo ha amenazado con dejar el negocio que ambos tienen, y entonces la pérdida para él sería infinitamente mayor.

—Novecientos —dice hastiado levantando una mano.

La duquesa de Varta dirige una mirada reluciente hacia él y lo señala esplendorosa.

—Adjudicado al caballero por novecientos mil euros.

—¿Qué cojones? ¿Ese ha sido tu marido, Virginia? —pregunta Iñaki al escucharlo todo por el comunicador.

—Sí, esos trastos son muy grandes y hemos pensado que es menos arriesgado hacerlo así.

—¿Y el chino? No me la estaréis jugando, ¿verdad?

—El chino va a tener que pagar más si los quiere, tantas molestias requieren una negociación del precio. Ahora deja de hacer preguntas y daos prisa, joder.

Iñaki mira a Carla con severidad, tenso, con una mochila abierta donde ya había metido uno de los jarrones.

—A ti se te da de puta madre planificar los golpes y a ella la logística, si dice que es mejor así, es que lo es, deja el jarrón y sigue —dice Carla convencida.

El ladrón no tiene mucha alternativa, ya está metido en el meollo y en cualquier caso, está con Carla, y sabe que Virginia jamás la perjudicaría a ella. Así que abre las cajas que contienen las joyas de la subasta, también un puñal de origen asiático y las famosas cartas. Lo meten todo en una sola mochila y se olvidan de los jarrones porque esos le serán entregados a Eloy de manera legítima.

—Salimos —dice Carla.

Iñaki se detiene para meter la mochila bajo la falda del carro, Carla, con las prisas por salir de allí, se tropieza con él y por poco caen al suelo.

—Joder, Carla —masculla Iñaki, que ya no puede quitarse los nervios de encima.

—Perdona, es que ese tío podría despertarse en cualquier momento —dice apurada, mirando al guardia inconsciente.

—Olvídate de él. Ahora sigamos con el plan —ordena Iñaki.

Ángel asiente y se marcha con el carro a toda prisa por el pasillo. Iñaki y Carla lo siguen un poco más separados y a paso más tranquilo. Al llegar al final del pasillo, se dividen, ella sigue el mismo camino que Ángel hacia la cocina y él entra en la sala donde están Virginia y Eloy.

Tienen que dejar pasar unos minutos para dar tiempo al mecánico a sacar el carro, así que para calmar sus nervios, Iñaki coge una copa de cava que se bebe de un trago y después coge otra dispuesto a saborearla mientras espera a que empiece la siguiente subasta.

—Disculpe —le dice Eloy a la duquesa.

Iñaki los ve hablar y se pone tenso, pero inmediatamente se le pasa, es algo muy común. La duquesa suele saludar a todos sus compradores, hacerles la pelota y recordarles la gran compra que han hecho.

—Sé que no es el procedimiento, pero mi mujer y yo tenemos algo de prisa. ¿Le importa si dejamos el asunto zanjado? —le dice Eloy con su sonrisa más amable—. Tengo la transferencia preparada, solo necesito un número de cuenta y el dinero estará en su poder en menos de un minuto, pero antes me gustaría ver lo que he comprado.

—Por supuesto, querido, faltaría más —dice la duquesa mirando su reloj.

Por casi un millón de euros, no le importa que los invitados esperen cinco minutos al inicio de la siguiente subasta.

Mientras su marido convence a la duquesa, Virginia se ha ocupado de acercarse a Iñaki y distraerlo para que no los vea marcharse juntos.

—Esto no me gusta, Virgi. Sigo sin entender por qué ha tenido que comprarlos.

—Eloy y tú habéis entrado sin mochila, aunque el de la puerta no se diera cuenta, a cualquiera le puede llamar la atención que al salir llevéis una. Si sacamos los jarrones de manera legal, lo demás os lo podéis meter en los bolsillos.

—Pero perdéis dinero.

—Yo nunca pierdo dinero, Iñaki. Tú has pagado medio millón por la traición a Carla, ese chino hijo de puta pagará otro medio por la paliza que le dio, por tu culpa, por cierto.

Mientras ella convence a Iñaki de que todo está bien, la duquesa de Varta ha llegado junto a Eloy a la sala donde guarda sus tesoros y se ha encontrado con el guardia tirado en el suelo. Escandalizada y al borde del infarto, ha ido directa a la sala de seguridad, donde iracunda ha exigido explicaciones a sus hombres. Pasmados, han visto cómo las imágenes de los monitores se apagaban en ese momento y al volver a encenderse, mostraban a su compañero en el suelo y a Eloy dándole tortazos para despertarlo.

Carla y Ángel ya están en la furgoneta, él conduce a toda velocidad alejándolos de la villa Varta en dirección al puerto mientras que ella ha dejado de intervenir la seguridad de la duquesa para que todo vuelva a la normalidad.

Los hombres de la duquesa se comunican por radio e inmediatamente ordenan que impidan la salida de cualquiera de los invitados. Iñaki ve espantado cómo la seguridad aumenta, la puerta se cierra y varios hombres armados se sitúan tanto en la entrada principal como en el pasillo por el que se accede al resto de la casa.

—¿Qué coño pasa? —pregunta Iñaki mirando a Virginia.

—Y yo qué sé.

—Carla, Ángel... —susurra a sus compañeros sin obtener respuesta alguna—. Me cago en la puta, Virginia, ¿qué habéis hecho? —pregunta aflojándose el nudo de la corbata.

En ese momento el guardia al que ha golpeado vuelve en sí y no duda en señalar a Iñaki como el hombre que lo ha agredido. La duquesa ordena que lo detengan de inmediato y lo lleven ante ella. Sus hombres obedecen y a punta de pistola y sin que él abra la boca porque no sabe a qué se enfrenta todavía, lo arrastran ante la dueña y señora de la casa.

—¿Me has robado?

—¿Qué? —pregunta él perplejo mirando a Eloy—. No, joder, claro que no.

—Registradlo —exige irritada.

—Duquesa, yo...

Iñaki no puede seguir hablando porque dos hombres lo estampan con brusquedad contra la pared y lo cachean con esmero hasta que uno de ellos mete la mano en el bolsillo de su chaqueta y saca un anillo de los que iban a subastarse durante la noche.

—¡Eso no es mío! —grita histérico, con los ojos tan desorbitados que parece que le van a saltar de la cara en cualquier momento.

—Duquesa, esto estaba escondido en un armario de la cocina —dice uno de sus hombres entrando en la sala con una mochila.

La duquesa la vacía sobre la mesa y en ella aparecen todos y cada uno de los objetos robados, el puñal, las joyas y las cartas.

—Yo no he sido —dice Iñaki con la voz estrangulada en cuanto comprende la trampa.

De repente recuerda ese momento en el que Carla se ha tropezado con él, está seguro de que ha sido ahí cuando le ha metido el anillo en el bolsillo.

—¿No? —dice la duquesa roja de rabia—. Me has robado, lo has escondido todo en la mochila y pretendías cogerlo después. Si no fuera porque eres tan tonto que has olvidado el anillo en el bolsillo y que el bueno de Eloy ha querido concluir su compra en este instante, me habrías arruinado y para cuando me hubiese dado cuenta, ya habrías desaparecido.

Iñaki trata de dar todo tipo de explicaciones. Acusa a Eloy y a su mujer, nombra a Carla y Ángel, dos camareros que no están en ningún sitio. La duquesa ni siquiera lo escucha, ordena a sus hombres que se lo lleven y se ocupen de él y, mientras otro de sus hombres devuelve cada objeto a su lugar, ella cierra la transacción con Eloy, que quince minutos después, abandona la villa Varta con Virginia y los jarrones.

Capítulo 32

A Virginia y Eloy es Amparo la que los espera al final de la calle en un coche de alquiler, por supuesto, también con una identidad falsa.

—¿Todo bien? —pregunta divertida cuando ambos se suben en el asiento trasero.

—Todo perfecto —contesta Eloy, que se lo ha pasado bomba.

Amparo se gira y le da un beso en los labios a Eloy, después hace lo mismo con Virginia y pone el motor en marcha para dirigirse hacia el puerto.

—Deberías haber visto la cara que se le ha quedado, Vir, pobre gilipollas —dice Eloy sin aguantarse la risa.

Virginia no se ríe, no se siente orgullosa y no quiere pensar en lo que le va a pasar a Iñaki, pero lo que le hizo a Carla es imperdonable y a su juicio no se salda con dinero. Carla pudo haber muerto o acabado en la cárcel, y cada vez que Virginia la recuerda tirada en la entrada de su casa, malherida, derrotada y hundida moralmente, siente que los pulmones dejan de funcionarle. Una traición así no puede ni debe quedar impune.

—En fin —sigue hablando Eloy, ajeno al torbellino emocional que existe dentro de su mujer —, hemos perdido un dineral por comprar esta mierda, espero que cuando zanjes el asunto con ese chino de las pelotas, todo vuelva a la normalidad y me hagas ganar mucha pasta para que se me pase el disgusto.

—Tampoco hemos perdido tanto, tenemos el medio millón de Iñaki.

—Y el cuarto de millón que te pagará el chino —le recuerda Eloy.

—Ese es para Ángel, para que se retire y monte su negocio.

Eloy la atraviesa con la mirada, pero no dice nada.

—En cuanto a Carla, le enseñaré lo necesario para que me ayude, tiene buen pulso y aprende rápido.

Virginia nota de nuevo la mirada de Eloy caer sobre ella, pero no se inmuta.

—Quieres que seamos más efectivos, ¿no? Si somos dos sale el doble de trabajo. En cuanto a la casa, quiero que te mudes.

—Joder, ¿algo más? —pregunta Eloy con los ojos desorbitados.

Amparo disfruta como una niña pequeña desde el asiento delantero, sabe que Eloy es un gallito y un bocazas, pero que la que lleva los pantalones en ese matrimonio falso, es su mujer.

—Lo tengo todo montado en el sótano para trabajar, ¿quieres que nos la juguemos a trasladarlo todo? —comenta Virginia cuando llegan al puerto.

—No, claro que no. Además, Amparo y yo queremos mudarnos al apartamento de la playa.

—Pues no me toques el coño entonces —bufa Virginia y se baja del coche.

Cuando suben al yate, Carla, que ha estado con la mirada fija en el reloj desde que han llegado, salta a los brazos de Virginia sin poder contenerse. Las dos se abrazan hasta casi fusionarse y Virginia le besa el pelo sintiendo que por fin ha logrado su objetivo y Carla está a salvo, algo que no la dejaba descansar por las noches.

—Se acabó, nena, mañana vamos a ver a Yin, le damos los putos jarrones y nos olvidamos del tema.

—¿Y el dinero? Has perdido mucha pasta.

—Trabaja para mí y ayúdame a recuperarla.

Las dos se miran fijamente bajo la oscura luz de una luna oculta entre un manto de nubes. El yate ya ha salido del puerto y la brisa fría de la noche les congela las mejillas. Carla ensancha una sonrisa y se muerde el labio al mismo tiempo que asiente, después señala a Eloy con la cabeza, que está sentado junto a Amparo explicándole la hazaña.

—Ya he hablado con él, no será un problema. Se muda con Amparo y tú te vienes conmigo.

—¿A tu casa?

—¿Por qué no? Puedes cambiar todo lo que quieras, píntala a tu gusto, tira los muebles y pon otros, hasta puedes cambiar la distribución si te apetece. Es un buen barrio, Carla, y allí podemos trabajar sin llamar la atención, te enseñaré a hacer cosas que te dejarán con la boca abierta.

—No has de convencerme, me iría contigo a una cloaca.

—No seas cerda.

Carla se encoge de hombros y la besa, la presencia de Eloy ya no le molesta tanto, la de los dos chinos que envió Yin y ahora los acompañan, le molesta un poco más.

—¿Qué crees que pasará con Iñaki? —pregunta Carla compungida.

—¿Se preocupó él de lo que iba a pasarte a ti cuando te dejó allí tirada y malherida? —contesta Virginia, que desconocía que en su interior llegaría a albergar tanto rencor hacia ese hombre.

—No —contesta Carla apretando la mandíbula.

—Pues olvídate de él como lo hizo él contigo.

Llegan a Mallorca y Virginia acuerda un precio con el patrón del yate para que los lleve al puerto de L'Ampolla porque es la única manera que tiene de trasladar los jarrones sin dar explicaciones. Quedan en que se verán ahí en una hora para que tengan tiempo de ir a su casa y recoger las cosas.

—Espera, Vir —le dice Eloy cuando están dispuestos a marcharse a casa—. Amparo y yo no volveremos todavía, yo también voy a darme un respiro y nos quedaremos un par de días más, suficiente para que arregles tus asuntos con el tiparraco ese.

—Está bien, qué disfrutéis entonces.

Virginia y Eloy se dan un abrazo afectivo mientras Amparo se acerca a Carla y le pregunta cómo se encuentra.

—Estoy mucho mejor, ahora solo me tomo un analgésico por la noche. El día me carga mucho y acabo dolorida.

—Me alegro, si necesitas cualquier cosa, le dices a Virginia que me llame.

—Gracias —dice Carla y se despide de ambos con la mano.

Una hora más tarde, Virginia, Carla y Ángel están volviendo a la provincia de Tarragona con los jarrones y los dos chinos que no les quitan el ojo de encima.

Capítulo 33

Son las cuatro de la tarde cuando Virginia y Carla cruzan la puerta trasera del restaurante de Yin con los jarrones. Las preceden los chinos mientras Ángel las espera en el coche de Virginia.

Esta vez la anciana no las cachea ni las tratan como a despojos, simplemente las llevan frente al jefe, que sonríe complacido cuando dejan los jarrones sobre la mesa. El hombre los mira con atención, da vueltas alrededor de ellos y pasa sus dedos extrañamente cortos por las filigranas doradas que los decoran.

—Habéis cumplido —musita el hombre frotándose las manos.

—Ahora cumple tú —exige Virginia manteniendo el temple.

Yin se yergue y la mira con dos témpanos de hielo que congelan la sangre de ambas y por un momento logra hacer que sientan que de ahí salen fileteadas y rebozadas en los platos de los clientes. El chino hace un gesto apenas perceptible a uno de sus hombres y este abre un mueble y saca un macuto repleto de dinero. Entre él y otro, cuentan los fajos con la suma acordada y se los entregan a las dos mujeres como si fuera una bolsa de comida para llevar.

—Ha sido un placer negociar con vosotras —dice Yin sentándose a la mesa—. ¿Habéis comido?

Las dos se miran desconcertadas y las sobrecogen unas ganas irrefrenables de salir cuanto antes de allí.

—Sí, gracias. Ya nos veremos —concluye Virginia.

Coloca una mano en la cintura de Carla y se dan la vuelta.

—Eso espero —oyen decir a Yin—. No todo el mundo sabe redimirse de sus errores, podemos hacer mucho dinero juntos.

Las dos se vuelven un instante y le dedican una tenue sonrisa para no faltarle al respeto, después salen por la puerta y respiran como si dentro el oxígeno fuera insuficiente.

—Joder, hoy me ha dado más mal rollo que ningún día —dice Carla con mal cuerpo.

—Estoy de acuerdo —corrobora Virginia.

Ambas entran en el coche y le piden a Ángel que arranque cuanto antes. Él obedece y no pregunta, simplemente conduce hasta que están lo suficientemente lejos y se sienten a salvo.

—Para ahí —le pide Virginia y él detiene el coche en una zona de descanso.

Virginia ya le ha comentado a Carla su intención de darle todo el dinero a Ángel y ella está de acuerdo, así que le entrega la bolsa a su amigo.

—Espero que lo uses bien y salgas de esta mierda, Angelito —dice Virginia.

Él la mira pasmado con la bolsa en las manos.

—No reniegues, lo hemos hablado y queremos que te lo quedes todo. Es tuyo —zanja Carla—. Si al menos uno de nosotros sale de esta mierda, valdrá la pena.

—No sé qué decir —dice Ángel sobrecogido.

—Pues no digas nada y escóndelo, solo falta que nos atraquen ahora —bromea Virginia más relajada.

Los tres vuelven a Tarragona para dejar a Ángel, donde se despiden de él con la certeza de que el mecánico utilizará ese dinero para reconducir su vida.

Cuando su amigo se marcha, ellas se suben en el coche, se miran y se cogen de la mano con

el corazón tan acelerado que tienen la sensación de que van a desmayarse. Ocho años separadas, y para ellas es como si hubieran estado conectadas cada minuto de su vida.

Epílogo

Virginia Madrazo está sentada en el taburete giratorio desde el que trabaja siempre en el sótano de su casa. Ahora todo ha cambiado por completo, ya no es a Eloy al que se cruza cada mañana cuando se despierta, ahora abre los ojos y se encuentra con el pelo cobrizo y revuelto de Carla derramado por la almohada o sobre su pecho.

Ahora mismo está falsificando el pasaporte de una adolescente de origen rumano que ha sido rescatada de la trata de blancas por una organización clandestina, integrada por un grupo muy dispar de personas que aparentemente tienen una vida normal, pero que en su día fueron víctimas de abusos —ya fuese de una manera o de otra— y que han formado un grupo letal que se dedica al rescate de estas víctimas por sus propios medios, que siempre dejan un rastro de muerte a su paso. Una vez rescatadas, recurren a Virginia y Eloy para que les proporcionen documentación y con ello la oportunidad de comenzar de cero para las jóvenes rescatadas, trabajo por el que ellos no cobran jamás y del que Virginia se siente muy orgullosa, pero ahora sus ojos no están por la labor, están clavados en Carla Loza.

La ladrona colocó su propia mesa de trabajo bajo el hueco de la escalera y trabaja de espaldas a Virginia porque dice que si no se desconcentra.

Gracias a ella han abierto una nueva línea de mercado que tiene a Eloy frotándose las manos y adulando el trabajo de Carla a diario mientras Virginia se ríe y le dice que es un pelotero.

—¿Echas de menos robar? —le preguntó Virginia una tarde.

Acababan de tener sexo en el sofá y Carla se había quedado en silencio con la mirada clavada en el techo mientras acunaba una mano de Virginia entre las suyas completamente absorta.

—No —contestó sincera—, pero estaba pensando en Maya Vidal, supongo que sabes quién es.

—La ladrona. Sí, claro. Le he hecho muchas identidades falsas, ¿por qué piensas en ella? ¿Tú la conoces?

—En persona no, pero es un referente para cualquier ladrón que se precie.

—Cierto, pero esa mujer está a otro nivel, nena. No roba cualquier cosa, solo da golpes en los que sus beneficios una vez coloque la pieza, estarán por encima del millón de euros.

—Exacto —corroboró Carla—. A eso voy. ¿Sabes por qué es tan escurridiza?

Virginia se giró hacia ella, entre intrigada y sorprendida porque le estuviera hablando de aquella mujer con la que ella había tenido algunas charlas muy interesantes las pocas veces que habían coincidido.

—¿Por qué?

—Porque siempre da el cambiazco. Si roba una joya, un reloj, un cuadro o un puto jarrón... —dijo con los ojos en blanco ante eso último—. Robe lo que robe, lo sustituye por una réplica exacta, por lo que los dueños tardan mucho tiempo en darse cuenta del engaño y para cuando lo hacen, ella ya se ha deshecho de la pieza y se está pegando la gran vida.

—Sí, pero no acabo de entender a dónde quieres ir a parar.

—Lo que digo es que para que ella pueda hacer eso, tiene que haber alguien que le replique las piezas. Ese alguien podríamos ser nosotros, ese *modus operandi* de Vidal es el de muchos ladrones, las réplicas se pagan muy bien y con los contactos de Eloy y los míos quizá...

Después de aquella conversación, Virginia habló con Eloy y ahora el sótano tiene una impresora 3D que vale una fortuna. Han contratado a un estudiante de diseño industrial que les dibuja cualquier cosa que necesitan para que la máquina la construya y después Carla se encarga de darle el acabado con herramientas diminutas y pinturas.

En este preciso instante está con algo mucho más elaborado que tiene fascinada a Virginia, un anillo al que acaba de incrustarle el diamante falso que sustituirá al original.

—Llevas la delincuencia en la sangre, no sé cómo se me ocurrió intentar sacarte de aquello —susurra Virginia pegándose a su espalda.

Carla hace girar su taburete hasta quedar entre sus piernas, colocando las manos en su trasero para atraerla y pegarla a su cuerpo hasta que las dos suspiran excitadas.

—Querías algo mejor para las dos, ni siquiera te dabas cuenta de que tú también habías nacido para esto —Carla, aprovechando que Virginia solo lleva una camiseta y las bragas, se las ha apartado hacia un lado y la penetra lentamente sin dejar de mirarla.

A Virginia le tiembla la boca de excitación y sonríe barriendo el cuerpo de su novia con una mirada ardiente que desconcentra a Carla.

—No pares, cariño —suplica Virginia empujando la mano de la ladrona entre sus piernas.

Carla sonríe y la mira embelesada, incapaz de comprender cómo ha podido sobrevivir ocho años sin ella.